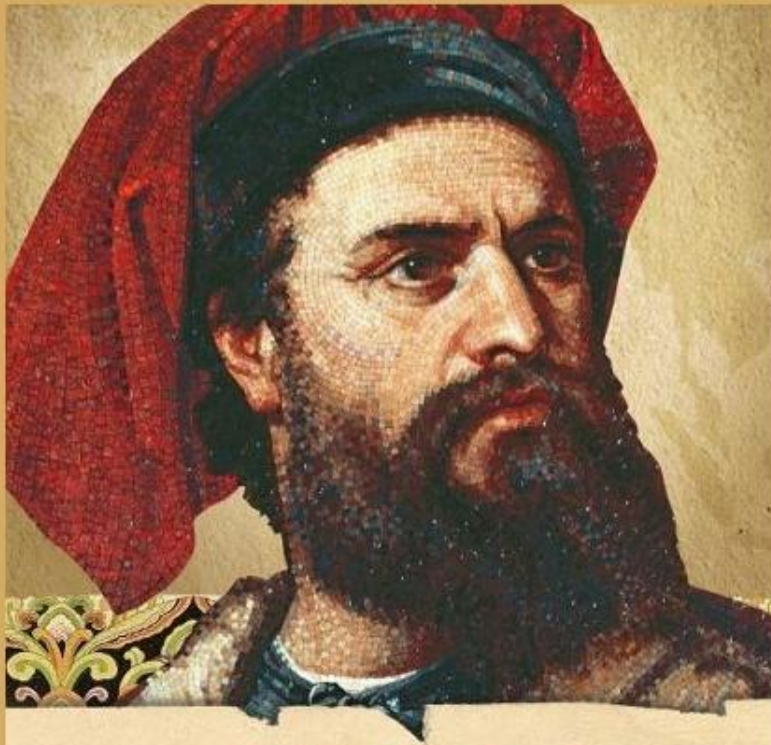


Biografía



MARCO POLO

C. Verdejo

Una aventura

Así debería llamarse, a modo de título general, la biografía de este hombre fabuloso. Pero no una aventura corriente, una y ya está. No; la vida de Marco Polo (¿1254-1323?) fue una aventura sin fin, un rosario de emociones, de sensaciones nuevas cada día, un constante ir y venir por el mundo, entonces desconocido, y que él descubrió palmo a palmo. Porque no hay que olvidar que Marco Polo fue el primer europeo que dio a conocer el Oriente a los occidentales. Su viaje constituyó la primera de las grandes exploraciones que se hicieron en aquella parte del mundo. Recorrió varios países extranjeros, enormes extensiones de tierras desconocidas, a través de desiertos, por entre gentes de distintas razas, algunas semi-bárbaras y con frecuencia hostiles.

Durante este viaje se reveló como un observador muy perspicaz, que supo dejarnos un relato completísimo del mundo mogol del siglo XIII, tan distinto de la Europa medieval. Hasta que él se lanzó a la aventura, se puede afirmar que los dos mundos vivieron completamente extraños uno a otro. A partir de su experiencia y movidos por la emoción de sus relatos, fueron muchos los que decidieron seguir sus huellas, para ir en busca de las regiones fabulosas que él describía con tanto color.

Poco se sabe de su vida en sí. No puede asegurarse con certeza la fecha de su nacimiento ni la de su muerte. Tampoco se conocen detalles de su intimidad, de su carácter, de su figura... Sin embargo, se conoce extensa y ampliamente todo lo relativo a su viaje. El mismo lo dejó escrito en su libro que, según parece, tituló sencillamente «*El Libro de Marco Polo*». Y guiados por estas narraciones y por algunas viejas crónicas que nos hablan de él, podemos escribir la biografía de este personaje, que más parece arrancado de la leyenda que de la propia realidad.

Capítulo 1

La familia Polo

Venecia era, en la época que nos ocupa, la ciudad que monopolizaba el comercio en el Mediterráneo. Tenía también el gran privilegio de gobernar a Constantinopla. Y en su afán de extender sus relaciones comerciales, adentrándose en Asia, a pesar de que los musulmanes les cerraban el camino, avaros de sus riquezas, eran muchos los venecianos que recorrían el mundo en busca de mercancías exóticas, tales como especias, pieles, piedras preciosas, perfumes y sedas. Se adentraban en Oriente todo lo posible, sin llegar jamás a la China, Japón, Persia, la India... Todo este mundo fantástico les estaba todavía vedado.

Debería de correr el año 1254, según las opiniones más fidedignas. En aquella Venecia del Medievo, con sus canales surcados de románticas góndolas, vivía la familia Polo. Su «palazzo» se abría a uno de esos canales. Y era una de esas familias por cuyas venas corría la sangre de los mercaderes arriesgados y audaces.

Messer Andrés Polo era un patricio de origen dalmata. Hombre muy hábil para negociar con aventureros y mercaderes que llegaran a la bella ciudad veneciana, tenía cimentado un sólido prestigio, dirigiendo un pingüe comercio desde su «palazzo».

Tenía tres hijos que le ayudaban en este menester. El mayor, según se decía, ejercía un activo comercio en Constantinopla, con sucursales en Soldaya y otras localidades. Los otros dos estaban afincados en la misma Venecia, y en el mismo «palazzo» de sus mayores. Se llamaban Niccolo y Maffeo.

Messer Niccolo Polo había contraído matrimonio recientemente. La esposa era dulce, sumisa, callada, buena, sencilla... Esperaba un hijo para dentro de poco. Y toda su ilusión estaba cifrada en esta esperanza y en el infinito amor que profesaba al marido, hombre joven y ambicioso, con deseos de engrandecer su fortuna y de extender mucho más sus actividades.

Un buen día sorprendió a la esposa con estas palabras:

—He decidido partir con mi hermano Maffeo.

— ¿A dónde? — inquirió ella, con el gesto temeroso.

—Hacia Oriente —repuso él muy resuelto—. Va a nacer nuestro hijo y quiero legarle riquezas fabulosas, muchas más de las que aquí podría conseguir en toda la vida.

—Pero nuestro hijo te necesitará así que nazca. Es mejor el cariño de un padre que todas las riquezas del mundo.

—No estoy de acuerdo contigo, mujer. Con riquezas se puede llegar al fin de la tierra. Y yo quiero que el heredero de los Polo sea un gran hombre.

—Ya tenemos bastante dinero para lograr todo eso, Niccolo. No es preciso correr riesgos.

—Oriente encierra todo un mundo de maravilla que los Polo hemos de descubrir. No es mi deseo permanecer siempre en Venecia. El «palazzo» me resulta pequeño para mis ambiciones.

— ¿Y yo...? ¿Es que te olvidas de mí, de mi cariño...? — preguntó llorosa.

— ¡Claro que no, mujer! El dinero que pienso ganar será para ti y para él — afirmaba, acariciando la cabeza inclinada de la esposa.

—No me agrada estar separada de ti. Y mucho menos cuando llegue el momento supremo del nacimiento que con tanto anhelo esperamos — gemía la mujer, aferrándose a una posibilidad remota.

—Mi recuerdo te acompañará. Hay que ser fuerte y aceptar el sacrificio. Es en bien de todos.

Y no se habló más sobre la cuestión. La esposa, agotados sus argumentos, optó por callar. Comprendía que nadie conseguiría hacer desistir a Niccolo que, juntamente con su hermano Maffeo, estaba muy ilusionado con la perspectiva del viaje y la esperanza de rasgar el velo de misterio que cubría las tierras lejanas. El triunfo es de los audaces. Y él estaba resuelto a triunfar.

Niccolo y Maffeo, soltero aún, estudiaron con afán la ruta que años antes siguieron dos franciscanos para llegar a Karakorum. Fueron dos enviados del Papa y el rey de Francia, respectivamente, a Mongolia, con el fin de intentar un acercamiento de los bárbaros. Pero nada lograron. Sin embargo, la ruta que siguieron para llegar hasta allí serviría ahora a los hermanos Polo para su gran aventura.

Hicieron los preparativos necesarios. Cargaron de mercancías sus barcos. Y llegó la despedida.

—Que la suerte os acompañe, hijos — deseó messer Andrés, orgulloso y satisfecho del espíritu emprendedor de sus vástagos.

—Nuestro regreso será triunfal, padre. Tú has de verlo — aseguró convencido Niccolo.

—Procura volver pronto. Tu hijo y yo te aguardaremos con impaciencia — pidió la esposa, con brillo de lágrimas en los ojos.

—Volveré, mujer. Y cuando así sea, serás la dama más envidiada de Venecia. Nadie lucirá joyas como las tuyas. Verás, verás como tengo razón — decía entusiasmado. Y partieron rumbo a Constantinopla.

Capítulo 2

Infancia

En el «palazzo» veneciano de los Polo había alegría y dolor, risas y lágrimas. Se saludaba con gozosa bienvenida el nacimiento de un varón, primogénito del aventurero messer Niccolo, perdido allá en tierras extrañas. Y se lloraba la ausencia de ese mismo mercader. La esposa, madre ya, se angustiaba ante la falta de un cariño tan necesario como el del marido, en instantes de íntima satisfacción, aquellos de la llegada del hijo deseado.

— ¿Por qué Niccolo ha de estar tan lejos? —se preguntaba inquieta—. ¿Por qué no pudo esperar este momento? Es tan hermoso nuestro pequeño...

Así llegó a la edad de quince años. Era un muchacho alto, fornido, sano de cuerpo, vigoroso de espíritu y con un fuerte temperamento varonil. Eso es al menos lo que se desprende de las pocas noticias que nos han llegado a través de los siglos.

Marco Polo estaba presto a la aventura. ¿Cuándo llegaría ésta?

Capítulo 3

Por rutas de Asia

Volvamos atrás en el tiempo y repasemos las andadas de Niccolo y Maffeo desde su salida de Soldaya, última vez que enviaron noticias a Venecia.

La verdad es que los dos hermanos estaban realmente deslumbrados por todo lo visto y por lo mucho que adivinaban les quedaba por ver si se decidían a adentrarse más aún en el corazón asiático. Era una tentación demasiado prometedora. Y estaban tan cerca de toda aquella maravilla, que les parecía un absurdo no aprovechar el momento, regresar al hogar.

— Yo soy partidario de seguir adelante — decía Niccolo.

— Por mí también, hermano, pero ¿y tu esposa? — replicaba Maffeo, algo avergonzado por el olvido en que dejaron a la familia.

— Ella es buena. Sé que esperará con amor mi regreso.

— Muy seguro estás. Y de eso te vales, Niccolo. Pero no creo prudente abusar. Es peligroso forzar el destino.

— Nuestro destino está en Oriente. Estoy convencido de que nos espera algo grande. ¡Ánimo, Maffeo! ¡No vaciles!

— Yo sólo vacilo por ti. A mí no me aguardan mujer ni hijo, pero tú... A estas horas ya serás padre. ¿No te alegra?

— Mucho. Y por eso quiero aprovechar el momento fortuito, sacar partido de este viaje, para que mañana mi hijo se sienta orgulloso de su padre. Nuestro regreso a Venecia ha de ser triunfal. Ahora sólo sería una simple y corriente aventura. De los Polo se espera algo más.

— ¡Adelante, pues! — decidió Maffeo, totalmente convencido e ilusionado.

Y se pusieron en camino. Cabalgaron hasta la ciudad, donde estaba Barca Kan, que era señor de una parte de la Tartaria, la occidental. Este señor se mostró muy complacido con la llegada de los dos latinos. Niccolo y Maffeo le regalaron cuantas joyas llevaban. Y él, para demostrarles su gratitud, les dio a cambio honores y muchas más riquezas de las que ellos podían soñar.

— Supongo que no te arrepentirás de haber venido — dijo Niccolo.

— Desde luego que no — repuso Maffeo, deslumbrado por tanto brillo.

Tan satisfechos estaban, que se quedaron un año en la ciudad, sin echar de menos Venecia y todo lo que en ella quedó. Pero entonces se encendió una guerra entre Barca Kan y el señor de los tártaros de Levante. Fue una guerra cruenta.

Viendo los Polo que el ambiente no era demasiado propicio para la existencia que soñaron, decidieron abandonar la ciudad y regresar a Italia. Ya habían visto y logrado bastante. Hora era ya de recordar un poco a la familia y el hogar.

¡Ah! Pero no iba a serles tan fácil ese regreso. A causa de la guerra, los caminos estaban cerrados. No se podía volver atrás. En cambio, sí se podía seguir adelante.

— Continuaremos por el camino de Levante, para regresar a Constantinopla por la ruta contraria a la que empleamos para venir — decidieron los hermanos al unísono. Así lo hicieron. Cruzaron el Volga, cabalgaron por un extenso desierto, largo de diecisiete jornadas, sin hallar ciudad alguna, pero encontrando, sin embargo, multitud de tártaros que vivían en los campos con su ganado.

Después de aquel desierto, hallaron la ciudad noble y grande de Bocara, la más hermosa de Persia. Y tan agradable les pareció, tan a gusto se sentían en ella, y tan necesitados estaban de reposo, que, habiendo llegado hasta allí de paso para Venecia, permanecieron tres años. ¡Vaya tranquilidad la de los Polo! ¡Y qué poca memoria la de messer Niccolo! ¿Es que realmente había olvidado a la esposa y al hijo que aún no conocía? Bueno, aunque los recordaba a veces, muy de tarde en tarde, era tan nuevo todo lo que le rodeaba, tan hermoso y extraordinario, que valía la pena vivirlo. Ya encontraría el momento de regresar. Ahora estaba muy bien en Bocara.

Llegó por entonces a la ciudad un embajador de Alau, señor de Levante y vencedor de la guerra sostenida contra Barca Kan. Este embajador era enviado al Gran Kan, señor de todos los tártaros, y nieto del temible Gengis-Kan. Se maravilló al ver a los Polo, porque era la primera vez que veía a unos latinos.

— Si vosotros me queréis creer, podéis conquistar grandes riquezas y honores — les dijo.

— ¿Cómo...? — preguntó ansiosamente Niccolo, iniciador de todas las empresas y ávido de fortuna.

— El Gran Kan no ha visto nunca a ningún latino, y sé que tiene grandes deseos de verlos. Si queréis venir conmigo, os llevaré sanos y salvos hasta él, y os aseguro que os hará gran honor y tendréis de tal visita gran utilidad.

Niccolo miró a Maffeo. Este demostró cierta inquietud. Eran muchos los años que llevaban fuera de la patria. Se imponía el regreso, aunque la promesa fuese muy tentadora. Pero Niccolo era más decidido.



Figura 1. Los hermanos Polo en presencia del Gran Cublai Kan de Tartana, mostrándole mercancías que trajeron de su patria. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

— De acuerdo. Iremos contigo — dijo resuelto.

Y Maffeo asintió, dejándose llevar como siempre por el ímpetu de su hermano.

Se unieron a la comitiva. Y en verdad que no fue un viaje de placer. Tuvieron que andar durante un año, sorteando precipicios, atravesando montañas, cabalgando por vericuetos y senderos difíciles. Muchos caballos murieron extenuados en el camino. Los tártaros no parecían acusar el cansancio. Estaban acostumbrados a viajar en aquellas condiciones. Pero los hermanos Polo tuvieron momentos de

auténtica desesperación, de negro pesimismo. Messer Niccolo se arrepintió más de una vez de haberse dejado arrastrar por el señuelo de honores y riquezas. Pero ya era tarde. No podía volver atrás. Había que proseguir hasta llegar a la ciudad del Gran Kan.



Figura 2. El Gran Kan despide a los hermanos Polo, mandándoles como embajadores suyos ante el Papa y dándoles como acompañante a uno de sus barones. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Y como todo en la vida, también aquel desdichado viaje tuvo su fin. Llegaron a la ciudad donde residía el Gran Kan, señor de todos los tártaros. Era éste un mogul de mediana estatura, pero recio; de tez amarilla, claro está, y bigotes lacios; rostro enérgico que sabía sonreír; ojos negros, de mirada curiosa, inquisitiva, penetrante. En cuanto conoció la llegada de los latinos, les hizo ir a su presencia. Se mostró más que complacido. No se cansaba de mirarlos y formular preguntas, que los Polo, buenos conocedores del tártaro, por el tiempo que llevaban residiendo en aquellas tierras, contestaban una a una. El Gran Kan no veía saciada su enorme curiosidad.

Preguntó acerca del emperador de Occidente, qué señor era, de su vida, de su justicia... Les pidió noticias del Papa, de la Iglesia de Roma y de todo cuanto se refería a los cristianos. Cublai, que así se llamaba, demostraba interés por todo.

Una vez hubo oído todo cuanto deseaba, pensó que sería muy interesante mandar un mensaje al Papa. Y nadie mejor que aquellos dos hombres, que parecían ser avisados y hábiles, para llevar a cabo la delicada misión.

— ¿Queréis ser mis embajadores cerca del Supremo Pontífice de vuestra Iglesia? — les preguntó.

— Con mucho gusto — respondieron ellos, viendo así la manera mejor de regresar a Italia, después de haber gozado y vivido verdaderas maravillas.

— Iréis, pues, y diréis al Papa que es mi deseo me mande seis hombres sabios, que sepan demostrar a los idólatras y a los demás gentiles que su ley es falsa y obra del diablo. Que sean seis hombres capaces de demostrar con razones que la ley cristiana es la mejor.

— Está bien. Cumpliremos tu encargo, señor.

— Además, quiero que me traigáis aceite de la lámpara que arde en el Sepulcro, en Jerusalén.

— También en esto serás servido — se apresuró a asegurar Niccolo, comprendiendo que el señor de los tártaros deseaba que regresasen a su corte y halagándole la idea.

Luego, Cublai Kan mandó llamar a Cogatai, uno de sus más fieles súbditos, al que ordenó que acompañara a los dos hermanos en la misión encomendada cerca del Papa. El tártaro aceptó complacido.

El Gran Kan mandó expedir credenciales que acreditaban a los tres como embajadores suyos, les entregó caballos y provisiones, y una tabla de oro, en la que constaba la orden de que en todas partes donde llegaran se les entregase cuanto les hiciera falta. Era como un salvoconducto de seguridad, gracias al que nada les sería negado durante aquel viaje excepcional.

Y así dispuestos, se pusieron en camino.

La caravana dejaba atrás leguas y leguas. Pero cuando hacía varias jornadas que cabalgaban, el barón tártaro que acompañaba a los Polo se puso enfermo.

— ¿Qué haremos ahora? — preguntó Maffeo.

— Seguir adelante, sea como sea — repuso el audaz Niccolo.

— Os ruego que me dejéis en la primera ciudad que hallemos. Prefiero morir en paz en cualquier rincón tártaro, que seguir este viaje en las malas condiciones de mi salud.

Los Polo se resistían a abandonarle. Eran hombres de corazón y querían atender bien a su compañero. Pero éste se sentía peor a cada instante y les suplicaba, con renovada insistencia, que le dejaran y prosiguieran solos el viaje.

Tanto insistió, que al fin comprendieron era lo mejor dejarle en buenas manos, para que se repusiera lo antes posible. En ruta no llegaría tal vez a sanar nunca, por las pésimas jornadas que se veían obligados a soportar.

Así es que le dejaron en la ciudad de Alau. Y ellos siguieron cabalgando, fiados en la buena estrella que les guiaría, gracias a la tabla de oro, que era como un talismán maravilloso.

Y, en efecto, allí donde llegaban les rendían honores y agasajos, proporcionándoles cuanto necesitaban y apetecían. Ahí es nada llevar una orden del Gran Kan escrita en tabla de oro.

Pero el viaje se prolongaba más y más, en contra de la voluntad de los Polo, que hubieran deseado encontrarse en Italia en seguida, después de una larga, pero rápida cabalgada. El mal tiempo, las crecidas de los ríos, las dificultades del camino y un sinfín de inconvenientes no les permitían cabalgar siempre a su gusto. Y con todo ello, tardaron tres años en llegar al puerto de Laias, con los cuerpos fatigados y los espíritus inquietos y angustiados.

Partieron de Laias y llegaron a San Juan de Acre en el mes de abril de 1269. Aquí supieron que el papa Clemente IV había muerto en Viterbo el año anterior.

— ¡Otra contrariedad! ¿Cómo cumplir ahora el encargo del Gran Kan?

— Iremos a visitar a messer Teobaldo de Plasencia, legado de la Iglesia Romana en Egipto. Es un sabio varón y una gran autoridad, que sabrá informarnos — decidió Niccolo.

Y allá que se fueron. Messer Teobaldo, varón de todas las virtudes, les recibió con amabilidad y cortesía. Y una vez le enteraron de la delicada misión que les llevaba hasta él, les dijo:

— Un gran bien para la Iglesia y un honor para la cristiandad este que me anunciáis, hijos míos. Los deseos del señor de los tártaros se verán satisfechos a su debido tiempo. Pero ahora, puesto que nuestro Papa ha muerto, os aconsejo humildemente que esperéis la nueva elección, y entonces podréis dar cumplimiento total al interesante encargo.

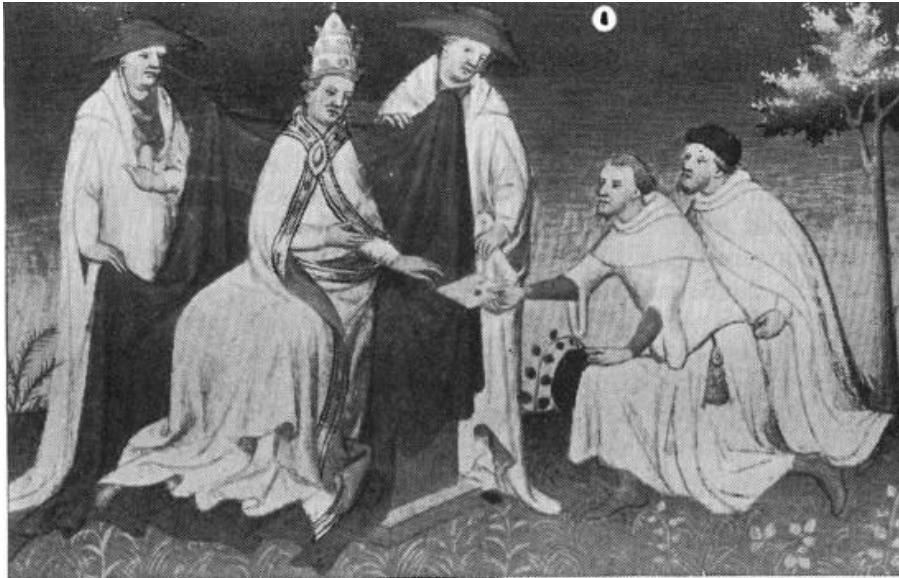


Figura 3. Los hermanos Polo rinden su embajada ante el Papa. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía Arborio Mella.)

— ¿Creéis que ha de tardar mucho la elección de nuevo Papa?

— No, hijos. Es una cuestión que a la Iglesia interesa solventar con rapidez. No creo que tardemos mucho tiempo en tener Papa. Y cuando así sea, habrá llegado el momento de decidir sobre tan delicado asunto. Yo me creo poco autorizado para disponer y elegir a los sabios doctores. Esperad, hijos, esperad.

Messer Niccolo y messer Maffeo se avinieron de buena gana a aquella tregua, que les permitiría llegarse hasta Venecia y visitar a su familia, olvidada durante tantos años. Con esta intención, se despidieron de messer Teobaldo de Plasencia, asegurándole que volverían a verse cuando el Papa fuese elegido, a fin de que él les aconsejase el modo de llevar a buen término la embajada que tenían encomendada. Abandonaron San Juan de Acre y fueron a Negroponto. Y de allí a Venecia, donde nadie sabía su llegada.

Capítulo 4

Padre e hijo

Marco Polo residía en el «palazzo» de sus mayores, con la pobre y triste compañía de la anciana criada, y bajo la custodia de algunos parientes, compadecidos del olvido en que su padre le tenía. El muchacho, de quince años, era inteligente y estudioso. Y en su mente, en los albores de su juventud, seguía anidando la idea de seguir el camino paterno. Le atraía el misterio de las tierras que su padre debía de estar recorriendo. Sentía pasión por las mil aventuras que ofrecían los países desconocidos. Y sólo esperaba la ocasión propicia para lanzarse a los viajes.

Inclinado sobre los viejos mapas, trazaba cientos de rutas, y cada vez con más conocimientos y razón, tras los estudios que con tanto afán llevaba a cabo.

Y así llegó el día en que messer Niccolo, sin que su hijo tuviera ni la más leve sospecha, se acercaba rápidamente a su viejo «palazzo», con la ilusión, ¿por qué no decirlo, si entonces era sincera?, de abrazar de nuevo a la esposa y conocer al hijo.

Con vivo estupor le recibió la anciana criada. No podía dar crédito a sus ojos. ¿Era posible que aquel caballero de porte exótico y gran opulencia fuese su señor? No. No podía ser él. ¿Y aquel otro era messer Maffeo? No. Tampoco era posible.

Pero, sí. Sí que lo era. Aquellos dos caballeros, ataviados con ricos vestidos orientales eran los mismísimos messer Niccolo y messer Maffeo, intrépidos viajeros que partieron de aquel mismo «palazzo» hacia la friolera de más de quince años. ¡Y qué cambiados estaban!

— ¿Dónde está mi mujer? — preguntó con ansiedad Niccolo, ansiedad que le nació de pronto, porque en tantos años no había demostrado interés alguno por verla o saber de ella.

— Murió — repuso la anciana, bajando tristemente la cabeza.

La noticia impresionó, al parecer sinceramente, al viajero. No esperaba, en verdad, tan desagradable sorpresa. Y aunque la existencia junto a la esposa fue muy corta, sentía auténtica pena por la desgracia ocurrida. Por unos instantes quedó sombrío y cabizbajo.

Atraído por las voces, Marco se presentó en el vestíbulo.

— ¿Qué ocurre? ¿Quiénes son estos caballeros? — preguntó.

Y antes de obtener respuesta alguna, al percatarse de las vestiduras que lucían los otros y ver la mirada, henchida de orgullo, de uno de ellos, comprendió de quiénes se trataba.

— ¿Sois mi padre...? — preguntó con timidez.

— Sí tú eres Marco, el hijo del que tiempo ha tuve noticia, hallándome en tierras de Constantinopla, lo soy — repuso Niccolo.

— Pues yo soy ese Marco Polo de que habláis.

Messer Niccolo estrechó entre sus brazos al joven Marco. Pues no era poca sorpresa, y bien agradable por cierto, encontrarse de buenas a primeras con un hijo que era ya todo un mocetón de quince años, arrogante y distinguido. Se mostró muy efusivo, enseñándole cuantas riquezas traía desde tierras lejanas, riquezas tan maravillosas como jamás viera el muchacho. Pero éste, al contrario de su padre, estaba receloso, frío, expectante. Para él no era ciertamente muy agradable la visita de un padre que hasta entonces no mostró el menor deseo de conocerle, y que había abandonado a su buena madre en trance de tener un hijo, con la excusa de ir a hacer fortuna. A pesar de que la madre procuró inculcar en el corazón de Marco el cariño hacia el ausente, bien es cierto que sin el roce, sin conocerle al menos, poco era el afecto que por él podía sentir. Quizá con el tiempo lograrse querer de verdad a messer Niccolo. Pero por el momento no era más que un desconocido, igual que aquel messer Maffeo, del que decían era su tío.

Las relaciones, pues, entre padre e hijo no podían ser más superficiales. Niccolo pedía noticias de la madre, de messer Andrés, muerto también, de la vida que hasta entonces llevaron. Marco, hijo obediente, le informaba con detalle. Pero demostrando que era por rutina, como una obligación. Sin embargo, Niccolo no podía menos de sentirse orgulloso del hijo recién encontrado.

— Hay que proseguir el camino, fray — decía Niccolo al fraile que demostró más decisión para volver atrás.

— Lo siento, hermano. Nosotros regresamos junto al Pontífice. Nuestra misión es predicar, no luchar.

Antes de despedirse y dar la vuelta, los frailes entregaron a los Polo las cartas y credenciales que les diera Gregorio X. Luego, se pusieron rápidamente en camino. Messer Niccolo y messer Maffeo, junto con Marco, decidieron seguir solos la ruta, a

pesar de los riesgos, para cumplir, aunque fuese al cabo de los años, la misión que les encomendó el Gran Kan.

Capítulo 5

De Lias a Persia

El viaje de los tres intrépidos Polo fue largo, muy largo. Duró casi cuatro años. Durante este tiempo pudieron admirar muchas maravillas y también sufrir muchas penalidades. Procuraremos admirar y sufrir con ellos, siguiéndoles paso a paso en su ruta a través del Asia. Marco, sagaz observador, apuntó todo lo que vio, admiró, sufrió y conoció. Gracias a esta previsión extraordinaria, podremos ahora satisfacer nuestra sana curiosidad.

Lias, el puerto donde los dos frailes carmelitas dejaron a los Polo, era ciudad eminentemente comercial. Los mercaderes de Génova y Venecia la visitaban con frecuencia, y todos los que querían adentrarse más en el Asia tenían que pasar forzosamente por ella. De ahí que los Polo la tomaran como punto de partida para su larguísima excursión.

Lias pertenecía a la Armenia Menor y estaba bajo la autoridad del Gran Kan. Desde esta ciudad los tres viajeros salieron para cruzar toda la provincia Menor e internarse en la Mayor, que también atravesaron de una punta a otra. En esta Armenia, Marco tuvo ocasión de comprobar un hecho singular que le habían relatado algunos de los muleros que les acompañaban en la caravana.

En los confines del mediodía, situado entre Rusia, Turquía y Persia, estaba el monte Ararat. Era un monte altísimo, en cuya cumbre se conservaba el Arca de Noé, que, según la tradición del pueblo israelita, allí se detuvo después del diluvio universal. Su celebridad por este hecho ha llegado hasta nuestros días. Y huelga decir que a Marco Polo le emocionó ver tan cerca lo que había leído en los libros.

Cierto día, en la región de Bakou, Marco descubrió una fuente de la que manaba aceite en abundancia. Manaba tanto que de todos los lugares llegaban hombres a cargar, sin que jamás se extinguiera.

— ¿Qué clase de aceite es ése, al que tanto valor parecéis darle? — preguntó a uno de aquellos hombres.

— Es un aceite que no es bueno para comer, forastero. Sirve para quemar, para curar la sarna y para otras muchas cosas — explicó el hombre—. Cientos de naves

se cargan de él y en toda esta región no se quema de otro aceite, sin que la tierra nos haya negado hasta hoy su bendición. Es una fuente inagotable.



Figura 4. En Bagdad, Marco escucha el relato de aquel milagro que Dios hizo en favor de los cristianos, cuando el califa les ordenó que trasladasen de lugar una montaña. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

¿Sabes de qué aceite se trataba, amigo lector? Pues nada menos que de petróleo. En aquel tiempo no le concedían todo el valor que hoy le damos. ¡Qué gran fortuna hubiera hecho Marco Polo de haber descubierto realmente lo mucho que valía aquel aceite que tan generosamente regalaba la tierra! Pero, claro, entonces no se conocían aún sus grandes cualidades y sus infinitas aplicaciones.

Dejando atrás las Armenias, los Polo prosiguieron su viaje subiendo hacia el reino de Georgia, país rico y montañoso, de gentes cristianas y valientes. Viajando a través de Georgia, Marco pudo cabalgar orillando el entonces llamado mar de «Gelunchelan», hoy mar Caspio. El joven veneciano se admiró de aquella inmensidad de agua nacida entre tierras, como un inmenso lago. De las orillas de aquel mar procedía precisamente la seda de Gilan, que tanta fama alcanzó en la Edad Media.

Y después de Georgia vino el reino de Mosul, con su variedad de habitantes: árabes, sarracenos y los cristianos llamados nestorianos y jacobitas, que tenían su propio patriarca, sin depender para nada de Roma. También en Mosul descubrieron los Polo las finísimas telas de seda y oro llamadas amosolinia, la actual muselina. Y ni que decir tiene que ni Niccolo ni Maffeo habían olvidado su profesión de mercaderes. Marco se extasiaba con todo, pero ellos sólo admiraban lo que pudiera producirles un beneficio. Admiraban las ropas, los perfumes exóticos, las joyas afiligranadas y curiosas y demás objetos vendibles. Y por eso en Mosul cargaron de amosolinin.

En su ruta hacia el sur la próxima etapa fue Bagdad. En esta ciudad residía el califa de todos los sarracenos del mundo. Su corte era esplendorosa y su poder casi ilimitado. Por el centro de Bagdad pasaba el río Tigris, por el que se podía navegar hasta el mar de las Indias. Por este río iban y venían los mercaderes con sus ricos cargamentos, convirtiendo todo su recorrido en un vistoso espectáculo de color, ya que podían verse gentes de las más diversas razas, ataviadas con las ropas más singulares, navegando en embarcaciones de lo más exóticas y transportando los más curiosos animales y las más extrañas mercancías. Las dieciocho jornadas de camino eran un constante salto de sorpresa en sorpresa.

Los Polo no emplearon el Tigris para llegar al mar. Prefirieron cabalgar bordeando el río, porque les pareció más fácil y cómodo de trasladar así su larga caravana. Y tras unas jornadas realmente apacibles y bonitas, llegaron al Golfo Pérsico, es decir, a las mismas puertas de Persia, país grande y hermoso.

Capítulo 6

Camino de Ormuz

Cabalgando, cabalgando, los tres viajeros y su caravana se internaron en las bellas tierras persas. A Marco Polo le produjo viva emoción visitar aquel país, porque recordaba haber leído en los libros de la Biblioteca veneciana que Persia era el país del que partieron los tres Reyes Magos para ir a adorar a Cristo en Belén. Precisamente en una ciudad llamada Saba tuvo ocasión de admirar la hermosa tumba en donde reposaban los cuerpos de aquellos tres soberanos persas que tuvieron el inmenso honor de conocer y venerar al Dios Niño. Pese a que Marco quiso averiguar todo lo posible acerca de ellos, sólo supo que uno era oriundo de la misma Saba, otro había nacido en Aya, y el tercero vivió en un castillo denominado Galasca, que se hallaba a tres días de camino de la ciudad.

En Persia se criaban los caballos y los asnos más soberbios del mundo. Los caballos eran de un gran valor, y los asnos eran grandes, fuertes y veloces. Los mercaderes de los más alejados lugares venían a comprarlos, y los mismos persas los exportaban a la India y otros países. Los Polo quedaron tan entusiasmados al verlos, que decidieron cambiar todos sus animales de montura y de carga por aquellos otros persas, de tan bella estampa y tan gran resistencia.

Con su flamante y vistosa caravana, en la que no dejaron de cargar varios fardos con telas de oro y seda y ricos tapices, los viajeros cabalgaron tierra adentro. Atrás iban quedando bellas ciudades y pintorescos poblados, en donde acogían siempre con lógica curiosidad la llegada de la, para ellos, exótica caravana, pues a pesar de que vestían ropas orientales, se notaba a cien leguas que los Polo eran latinos, y sobre todo el joven Marco, verdadero novato en el viaje.

Pero no todo eran ciudades y poblados plácidos, verdes bosques y hermosas llanuras, que permitían cabalgar con tranquilidad y rapidez. No. Atrás quedaban otras jornadas en las que tuvieron que permanecer largos días en un mísero poblado sólo porque un río bajaba hinchado y cruzarlo era imposible. No obstante, para Marco Polo todo ofrecía novedad y emoción. Vivía con intensidad todas y cada una de las jornadas.

Y se sentía muy satisfecho de haber abandonado el enorme y vacío «palazzo» de Venecia para correr aquella aventura sin fin.

Cierto día, la caravana acampó en una verde y jugosa llanura que se abría en los alrededores de la ciudad persa de Yasdi. Era un lugar en donde abundaba la caza. Había codornices, perdices y muchas otras clases de pájaros, desconocidos para Marco, pero que tenían una carne exquisita.



Figura 5. En Persia, Marco averigua cómo los tres Reyes Magos fueron a Belén a adorar a Jesús, y visita la tumba de los monarcas, en la ciudad de Saba. (Biblioteca Bodlaina, Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Los hombres de la caravana se dedicaron con evidente placer a cazar aquellas piezas, para luego asarlas a las brasas y deleitarse con su aroma y sabor. Marco Polo había aprendido a manejar con cierta soltura el arco, y cabalgaba junto a Niccolo y Maffeo persiguiendo el vuelo de las aves y truncándolo en el momento propicio con un buen disparo.

Los tres Polo, a lomos de sus veloces corceles persas, negros como el azabache y enjaezados ricamente, se alejaron bastante del campamento entusiasmados por la fiebre de la caza. De pronto, Marco distinguió por un extremo de la llanura una gran polvareda. Estaba muy lejos todavía, pero al muchacho le dio un salto el corazón.

— ¿Qué es aquello, padre? — preguntó con la mirada brillante.

— No te asustes, muchacho — sonrió Niccolo.

— No me asusto, padre, pero es que si son bandidos, tenemos que volver al campamento y prepararnos para luchar. Parece que vienen muchos.

— No son bandidos, sino asnos salvajes. Los hay en grandes manadas por estas llanuras, y son veloces como el viento. Ya lo verás cuando pasen por aquí.

Y sí. Realmente eran veloces y magníficos. Eran más grandes de lo común y con una bonita estampa, que les diferenciaba poco de un caballo. Tenían el pelo brillante y una espesa crin que jugaba al viento. Pasaron junto a los tres Polo en una manada compacta, estruendosa y envuelta en el polvo que levantaban sus cascos. No hicieron ni el menor caso de los viajeros; por el contrario, éstos tuvieron que apartarse si no querían ser arrollados por la desbocada masa.

— ¡Es impresionante! — exclamó Marco, cuando ya la manada se perdía a lo lejos, en su carrera desenfadada.

— Oriente es así, hijo mío. Todo impresiona y maravilla.

Crema fue un nuevo alto en el camino. Era un reino muy rico, con yacimientos de turquesas y minas de hierro. Pero lo que más entusiasmó a los Polo fue la habilidad que los nativos tenían como artesanos. Confeccionaban toda clase de objetos de talabartería, con una filigrana, una riqueza y un colorido excepcionales. Frenos, sillas, armas, arneses... todo era extraordinario. Y las mujeres bordaban verdaderas maravillas en seda y oro, trasladando la realidad de los pájaros y animales más exóticos a las cortinas, colchas, almohadones y telas.

Los hermanos Polo cargaban todo aquello de que se prendaban sus miradas. Todo les parecía hermoso, todo se les antojaba digno de figurar en su rica caravana. Y ésta era cada vez más larga y más difícil de trasladar.

Cada noche, mientras los hermanos discutían sobre los negocios realizados y las ganancias a obtener, Marco se retiraba a descansar. Si estaban en una ciudad, villa o poblado, se situaba en un rincón de su estancia, en la posada, y comenzaba a

escribir a la luz de una lámpara de aceite. Si acampaban en plena llanura, junto a un río, en mitad de un bosque, se abrigaba con las mantas, y allí, con la luz de la luna solamente, comenzaba a escribir. Pero ¿qué escribía Marco Polo? Pues nada menos que las notas diarias de todo cuanto veía, hacía y aprendía. Escribió todo lo relacionado con su extraordinario viaje, con una minuciosidad exagerada, para dejar constancia de aquellas maravillas a la posteridad, pues gracias a esas notas pudo luego escribir su libro y dar a conocer al mundo la existencia de países desconocidos hasta entonces, aunque presentidos.

Por alguna razón que los Polo no llegaron a comprender, los hombres de la caravana que hasta entonces les acompañaron y sirvieron fielmente se rebelaron, negándose a seguir adelante. Fue inútil que les prometieran riquezas. Fue inútil que quisieran indagar sus razones. Los árabes se cerraron en un hermético mutismo y los abandonaron sin más explicaciones. Quizá les asustó el peligro de lo que aún quedaba por viajar, quizá no compensaban ni con todo el oro del mundo el alejarse de sus ciudades y familias... El caso es que los Polo se encontraron solos, sin más ayuda que sus fuerzas y con una caravana larguísima.

— ¡Es una locura seguir solos el viaje! — dijo Maffeo.

— Pues hay que seguir, hermano. Ya encontraremos en otras ciudades quienes quieran servirnos.

— Yo también creo que hay que seguir. Nos bastaremos para guiar la caravana. Estoy seguro — afirmó Marco con ímpetu juvenil.

Y en efecto, la caravana se puso en marcha con todo entusiasmo. Antes de partir, el dueño de la posada les advirtió que fuesen bien prevenidos contra el frío, pues más allá del reino de Crema, *«la helada desgarrar las carnes, porque el invierno es muy crudo»*. El posadero tuvo razón. Los Polo iban embozados en gruesas capas que les cubrían la cabeza y el rostro hasta los ojos. Y debajo llevaban muchísima ropa. De otro modo hubiesen quedado como témpanos en mitad del camino. Ninguno de sus parientes venecianos hubiera reconocido en aquellos tres mercaderes que viajaban a través de Persia a los tres Polo que varios meses atrás salieron del «palazzo» rumbo a la aventura.

Al cabo de siete días de cabalgar en medio de un frío espantoso, con la suerte de encontrar abundante caza y los suficientes poblados para poder pernoctar bajo

techo en vez de acampar al raso helado, tropezaron con una montaña alta y escarpada que les cerraba el paso.

— Hay que subir sea como sea — dijo Niccolo.

— Supongo que las cabalgaduras estarán acostumbradas a estas escaladas, padre, y ellas nos facilitarán el camino.

— Eso creo, Marco.

— Y además, habrá alguna senda que nos lleve a la cumbre.

Desde luego había sendas, aunque muy escabrosas. Niccolo se puso a la cabeza de la caravana. La retahíla de animales de carga le seguía con paso lento y cansino. Maffeo iba en el centro, vigilando que ninguno de los caballos tuviera la tentación de salirse del camino. Y Marco cerraba la fila, observando con ojos escrutadores todo cuanto le rodeaba. Los tres se abrigaban hasta las orejas. El viento soplaba fuerte y les empujaba, impidiéndoles avanzar todo lo aprisa que hubieran deseado. El cuerpo de los tres hombres se inclinaba hacia adelante hasta casi acostarse sobre el cuello de sus cabalgaduras. La escalada era muy penosa. De trecho en trecho había alguno de los animales que se resistía a seguir, que se rebelaba contra las órdenes de los viajeros, que relinchaba dolorido al notar que el frío desgarraba sus carnes fatigadas bajo el peso de las mercancías.

— ¡Ánimo! ¡Ya estamos llegando! — les animaban los Polo.

Pero la verdad es que la cumbre no acababa de verse nunca. Las horas pasaban y la ascensión era cada vez más peligrosa, más cansada, más difícil.

— De un momento a otro voy a echarme a tierra y a negarme a seguir — decía Maffeo.

— ¡No seas loco, hermano! ¡Ya falta poco! — gritaba Niccolo.

Y seguían cabalgando monte arriba. De pronto, en una de las revueltas, los cascos de un caballo que andaba hacia el final de la retahíla resbalaron sobre la roca y, entre relinchos desgarradores, el animal se precipitó en el abismo, sin que ninguno de los Polo pudiera hacer nada por salvarle. Bastante trabajo tuvieron con que los demás animales, asustados al ver a su compañero, no se desbocaran y siguieran el mismo camino que él.

— Hemos perdido un buen caballo y un buen puñado de dinero — se lamentó Niccolo.

— Alabado sea Dios, padre. Ojalá las pérdidas se reduzcan a eso.

Y afortunadamente no hubo más incidentes desagradables en la penosa ascensión. Gracias a los inauditos esfuerzos, y a pesar de las muchas penalidades, lograron verse al fin en la cumbre sanos y salvos y sin más baja en la caravana que la de aquel desgraciado caballo y su carga.

Una vez en la cumbre se ofreció a sus ojos un paisaje singular.

— Bien vale la pena el sacrificio de subir para poder contemplar esta maravilla — murmuró Marco, abriendo mucho los ojos para llenarlos de paisaje hasta la saciedad.

La bajada de la montaña era más difícil que la subida. Se veía tremendamente empinada, como cortada a pico, y no parecía tener fin; tal era la profundidad que se abría a los pies de los tres viajeros. Y para mayor desconsuelo, ni una sola vivienda a la vista.

— Tendremos que seguir acampando al aire libre. No se ve lugar alguno para guarecernos. El panorama es más árido que el que dejamos atrás — dijo Niccolo.

— ¡Santo Dios! ¡Y con este frío que hiela los huesos! — exclamó Maffeo, el más asustadizo.

— El frío es sano — sonrió Marco, ensimismado en la contemplación del espléndido y sobrecogedor panorama.

A partir del pie de la montaña, en aquel hondo al que parecía imposible llegar, una extensa llanura se abría a los cuatro vientos. Y allí, a lo lejos, en esa llanura, una vista de águila podía distinguir una ciudad.

— Ya es todo un respiro saber que al menos encontraremos seres humanos dentro de un par de días a lo más tardar — se conformó Maffeo.

— Si es que conseguimos salvar ese par de días — dijo riendo Niccolo, a quien agradaba hacer rabiar a su hermano.

— No hables así, ¡caramba! — se enfadó el otro.

— Dejaos de bromas y descansemos, que buena falta nos hace — dijo Marco, que estaba deseando llegar a la mañana siguiente para reemprender el camino.

Al abrigo de un pequeño grupo de árboles que se alzaban en la cumbre azotados por el viento, montaron sus tiendas de campaña y se resguardaron en su interior, después de haber cenado y haber encendido un buen fuego que mantuviera cierto

calor en el ambiente y sirviera de defensa contra los posibles animales que rondasen por allí. Los caballos de carga también se dispusieron a descansar, tras de verse libres de las mercancías que agotaban las fuerzas de sus lomos, de comer con bastante generosidad y de ser convenientemente abrigados con sus respectivas mantas. El campamento estaba bien instalado. Con buena voluntad se podía resistir el descanso a la intemperie.

Y se resistió, ya lo creo. Apenas apuntó el sol en el horizonte ya estaban en pie los tres Polo, desayunando, desmontando el campamento y cargando nuevamente a los animales para reanudar la marcha.

— Me siento animoso, dispuesto a salvar todos los obstáculos que nos aguarden en el descenso — comentó Marco alegremente.

— También yo me siento feliz — replicó el padre.

— Y yo no voy a ser menos — terció Maffeo.

Una hora después de haberse levantado, la caravana se ponía en movimiento. De nuevo había que buscar las sendas menos peligrosas y más rápidas. Niccolo seguía siendo el vanguardista y Marco el de la retaguardia, mientras Maffeo se reservaba el centro, en donde le parecía estar más resguardado de cualquier contingencia.

Pero en honor a la verdad hay que decir que el descenso de la montaña, a pesar de la gran dificultad que presentaba por su cortante ladera, fue mucho más amable que el ascenso por la otra vertiente. Sí. Los Polo hallaron, como por obra de un milagro, muchos árboles cargados de frutas sabrosísimas que sólo esperaban ser arrancadas y comidas. Eran las frutas más exquisitas que hasta entonces encontraron en su camino. Además de hartarse sin tasa ni medida, hicieron acopio de ellas por lo que pudiera suceder en adelante. ¡Ah! Y no acabó ahí todo lo bueno. Los seres humanos que pensaban hallar en la ciudad que divisaron desde la cumbre y que Maffeo estaba suspirando ver, los hallaron mucho antes, porque en la misma ladera de la montaña los vieron y les hablaron. Es cierto que no existía vivienda alguna, en eso la vista no les engañó, pero en cambio eran muchos los pastores que llevaban a sus ganados a pastar en aquel paraje acogedor. Los tres viajeros bajaban tan confiados de que eran ellos los únicos hombres que cabalgaban por allí, que fue grande la sorpresa que tuvieron cuando, de pronto, se vieron ante un anciano recio que cuidaba su ganado. Y es que cuando menos lo esperaban, en los rincones más

escondidos, en cualquier revuelta del camino, se abría un vallecito, un prado jugoso, que desde la cumbre la vista les había escamoteado. Y allí, en ese valle o en ese prado, se reunían los pastores con sus familias y sus ganados. Vivían en simples tiendas de campaña o en grutas horadadas en la roca o la ladera. Eran gentes amables y sencillas. Y a los Polo les era grato hacer un alto en el escarpado camino para saborear las delicias de unos instantes de charla, de una comida compartida, de un descanso en común... Y otra circunstancia realmente asombrosa en aquel descenso plagado de sorpresas es que apenas quedó atrás la cumbre, los Polo tuvieron que empezar a quitarse ropa. Todo lo que antes era frío espantoso se convertía ahora en calor. El helor que penetraba antes en los huesos era ahora sudor que resbalaba por la frente y cara abajo.

— ¡Qué contrastes los de estas tierras! — se maravillaba Marco.

— ¡Es extraordinario! — confirmaba Niccolo.

Y así, de sorpresa en sorpresa, de alegría en alegría, dejando atrás muchos amigos, los tres Polo llegaron al pie de la montaña, en donde comenzaba la amplia llanura. Habían tardado dos jornadas en realizar el descenso. Pero habían sido dos jornadas bonitas y agradables.

La ciudad que vieron desde la cumbre de la montaña era Camadi. Antaño fue una ciudad importante, pero ahora no era más que una ciudad devastada y empobrecida por los continuos saqueos de los tártaros.

A todo lo largo de la llanura, con su sol ardiente y hasta abrasador, abundaban los dátiles y las ricas frutas del paraíso. Había también unos carneros tan grandes como asnos, blancos, bonitos y de carne muy sabrosa que pedía a gritos: ¡comedme! En realidad los tres viajeros no podían quejarse de su alimentación. Era más que buena, pues lo que no les ofrecía gratuitamente la Naturaleza lo compraban en las ciudades y poblados. Porque nos hemos olvidado de decir que, una vez quedó atrás Camadi, los Polo encontraron muchas otras ciudades, castillos y villas. Y en todos los lugares eran espléndidamente recibidos.

En su camino por la llanura hubo algo que captó la atención del observador Marco. Todas las ciudades, castillos, villas y poblados que surgían a su paso estaban fuertemente amurallados, provistos de recias defensas, muy difíciles de burlar. Y en la primera ocasión que le brindó la casualidad averiguó el porqué de aquello. Fue un

mercader que en una de las ciudades hizo amistad con Niccolo y Maffeo, a quienes pidió le dejaran unirse a su caravana para llegar hasta otra ciudad próxima. Ya en marcha, Marco se acercó al mercader y le preguntó:

— Tengo una curiosidad que me hormiguea desde que hemos empezado el viaje por esta llanura, y creo que vos la podéis satisfacer. ¿Por qué estas gentes utilizan las precauciones de tales murallas y defensas en sus ciudades y poblados?

— Para defenderse de los «caraunas», que vienen a robar — contestó el mercader.

— ¿Y quiénes son esos «caraunas»?

— Son una tribu de gentes malvadas y crueles, dirigidas por su rey Nogadar. Recorren el país constantemente y con sus encantamientos hacen aparecer noches ininterrumpidas de siete días, para burlar la vigilancia de la ciudad e invadirla por los cuatro costados. Asesinan a los viejos, saquean las casas y se llevan a los jóvenes para venderlos como esclavos. Hacen buenos negocios sobre la desgracia de los demás.

— ¡Qué horror! — se estremeció Marco.

— Los «caraunas» han sembrado el pánico en toda esta llanura. No hay hombre ni bestia que acampe al raso; antes revientan sin dejar de cabalgar para llegar a cualquier lugar fortificado y sentirse a salvo.

— ¿Y nadie ha intentado vencerlos?

— Es inútil. Son muchos. Se calculan en unos diez mil.

Marco Polo vio saciada su curiosidad, pero en cambio sintió nacer en su mente audaz la intriga, el deseo de saber más. Y el destino quiso que fuese protagonista de una emocionante aventura que vino a llenar aquel deseo.

En su marcha por la llanura y en sus frecuentes altos en todos los poblados y ciudades, los Polo vieron aumentar su caravana, pues los mercaderes que debían emprender viaje aprovechaban su paso para unirse a ellos e ir así más acompañados. Realmente los Polo reconocían que era más grato viajar con otras gentes, buenas conocedoras del país, que hacerlo solos, expuestos a muchos peligros que desconocían. Más he aquí que, por circunstancias que no se saben exactamente cuáles fueron, algunos de los que formaban la larga caravana, y entre ellas Niccolo y Maffeo, se adelantaron a los demás, apresurando el paso de sus cabalgaduras, tal vez para llegar antes a un refugio y disponer de un bien merecido

descanso. El caso es que Marco, jamás satisfecha su ansia de saber, retrasaba siempre el momento de encerrarse en los estrechos límites de una ciudad, y por eso se quedó con los rezagados, hablando con unos y otros, preguntando y aprendiendo. Mas bruscamente se les echó encima una de esas noches tan temidas, y en seguida se vieron rodeados por los gritos escalofriantes de gentes que eran ajenas a la caravana. Los «caraunas», pensó Marco. Y, en efecto, lo eran. Sin tiempo para darse cuenta de nada, todos los viajeros se vieron apresados por aquellos hombres temibles, de rostro cruel y sanguinario. Algunos que quisieron defenderse fueron muertos sin piedad, de la manera más brutal. Marco Polo no se resistió. Era inteligente y sabía que nada iba a ganar con ello. En cambio, tal vez más tarde se le ofrecería alguna posibilidad de escapar.

Los «caraunas» obligaron a los presos a cabalgar duramente por el camino contrario al que seguían, es decir, les hicieron retroceder. Pero seguían caminos y vericuetos que resultaban totalmente desconocidos para todos. Ni que decir tiene que la más grande desesperación hizo presa en los mercaderes. Tan sólo Marco, ante el asombro de sus compañeros y la ira de sus atacantes, conservaba toda su sangre fría.

— ¿Es que no tienes miedo? — le preguntó en voz baja un joven mercader, que temblaba sólo de pensar que pudieran venderle como esclavo.

— Yo no. Pienso salir muy pronto de entre las garras de esos «caraunas».

— No lo veo yo tan fácil.

— Claro que no lo es, pero no creerás que he viajado desde mi patria hasta aquí para morir como un perro o dejarme vender como esclavo — replicó Marco muy seguro de sí.

— Tus palabras me dan confianza. A dónde tú vayas iré yo. No me separaré de tu lado por nada del mundo — aseguró el otro.

— Entonces, pronto te verás tan libre como yo.

Esta esperanza corrió de boca en boca, y todos los prisioneros cifraron su libertad en Marco Polo. Todos le miraban y espiaban sus movimientos. Estaban dispuestos a seguirle al fin del mundo, porque su aplomo era lo único que lograba mantenerles en pie.

Los «caraunas» y sus prisioneros llegaron al fin a la guarida en donde se guardaban los tesoros robados y los hombres que en breve iban a ser vendidos. Aquel refugio no era más que una ciudad en ruinas, un montón de escombros, de los que se apropiaron los bandidos. Tal vez en tiempos lejanos fue una ciudad próspera. Pero el caso es que ahora, aun siendo simples ruinas, de todos los rincones salían gentes que recibían alborozados a los recién llegados. Siempre que los «caraunas» regresaban al hogar llevando botín, eran recibidos por sus familias con fiestas y alegría.



*Figura 6. Lucha de un reyezuelo contra los sarracenos. (Biblioteca Nacional. París.)
(Fotografía de Arborio Mella.)*

En aquella ocasión, como de costumbre, los prisioneros quedaron al cuidado de unos pocos hombres, mientras todos los demás se entregaban desenfrenados al placer de la comida, la bebida y el amor. Porque bien cierto es que las mujeres sabían rodear de ventura a sus hombres cuando éstos regresaban de alguna expedición y les ofrecían joyas y regalos robados de las caravanas. Poco tiempo después, embriagados por el torbellino de sus propias pasiones, rendidos tras la explosión de las orgiásticas fiestas, los «caraunas» se entregaron al descanso. Lo que poco antes era bullicio y gritería, ahora era silencio absoluto. La ciudad ruinosa

estaba sumida en la oscuridad; sólo en algún lugar se veían hachones encendidos y alguna que otra hoguera pequeña, de la que apenas quedaban unas brasas.

Marco Polo esperaba este momento. Sabía que tarde o temprano aquellos hombres, por fuertes y temibles que fuesen, tenían que descansar. Y la verdad es que el momento llegó antes de lo que imaginaba.

— Es la hora. Prepárate — dijo al joven mercader.

El muchacho cuidó de dar la voz de alerta a los demás prisioneros. El nerviosismo se apoderó de todos. Unos se sentían valientes y dispuestos a seguir a Marco. Otros temían las represalias si volvían a cazarlos. Los primeros no pensaban en nada. Los segundos vacilaban. Pero Marco Polo no dudaba. Estaba decidido a jugárselo todo por librarse de aquellos «caraunas». Dio instrucciones al joven mercader que le seguía ciegamente y a otro par de muchachos, fuertes y bien dispuestos.

— ¿Listos? — preguntó.

— ¡Listos! — respondieron los tres.

Los guardianes eran cuatro. Por eso fueron también cuatro los que salieron, haciéndose cargo cada uno de ellos de un guardián. Un par de puñetazos bien dados, por sorpresa, y Marco tumbó al que le correspondía. Lo mismo hizo su joven compañero. Y también logró tumbar al suyo uno de los otros dos muchachos. Pero el cuarto se escapó y dio la voz de alarma.

— ¡Rápido! — ordenó Marco—. ¡Tenemos unos segundos que hay que aprovechar! ¡Todos sabéis dónde están las cuadras! ¡Coged caballos!

Fue una desbandada general. Realmente todos se habían fijado bien, al pasar frente a ellas, dónde estaban las cuadras, pero al querer encontrarlas ahora, en la confusión de la huida, no todos conseguían dar con ellas. Sin embargo, fueron varios los que siguieron los pasos de Marco y alcanzaron los caballos cuando ya un buen grupo de «caraunas», despertados bruscamente del sopor en que les sumió la bebida y el jolgorio, les pisaban los talones. Los bandidos comenzaron a disparar sus arcos y a esgrimir sus armas de filo. Muchos infelices cayeron muertos o heridos. Mejor dicho, no muchos, sino todos, excepto Marco Polo, su joven amigo y otro mercader de cierta edad que desde el primer momento se había mostrado a punto de seguir al joven Polo hasta el fin del mundo.

Los tres emprendieron el galope, con ánimo disgustado al comprobar que los desdichados que quedaban atrás con vida pagarían las culpas de su fuga. Pero había que salvar la libertad y la vida, y no era cosa de pensar en sentimentalismos. Los caballos de los bandidos eran veloces, y obedecían sumisos el inquieto golpear de los talones de sus jinetes en los ijares. Mas apenas habían salido de la ciudad ruinoso cuando a su espalda oyeron el retumbar de otros galopes.

— ¡Nos alcanzarán! — gritó el joven mercader.

— ¡Galopa fuerte y no te preocupes de nada más! — ordenó Marco—. ¡Les llevamos alguna ventaja!

— ¡Será inútil!

— ¡Sigue adelante y no hables! ¡Guarda todas tus energías!

Fue una carrera loca, desesperada. Se jugaban la libertad, la vida y posiblemente un castigo cruel que les propinarían los «caraunas» enfurecidos si lograban cogerlos de nuevo. Pero la ventaja que les llevaban seguía existiendo. De pronto se hallaron en mitad de la llanura, sin árboles ni malezas que los protegieran. Los tres fugitivos formaban un espléndido blanco para sus perseguidores. Y, desde luego, los «caraunas» aprovecharon la ocasión. Sus flechas silbaban por encima de las cabezas de Polo y sus compañeros.

— ¡Echaos cuanto podáis! — gritó.

Y así lo hicieron. Los tres rodearon con sus brazos los cuellos de los caballos. Pero el joven mercader, ansioso y lleno de incertidumbre, se volvió un instante para ver cuál era la distancia que aún les separaba de los perseguidores, y no pudo ver nada, porque en el preciso instante de levantar un poco el cuerpo y volverse, una flecha se le incrustó en el costado y se desplomó del caballo lanzando un agudo grito de dolor y miedo.

— ¡Pobre muchacho! — murmuró Marco, sin volverse a mirar al compañero, porque sabía que ya nada podía hacer por él.

Apenas había pronunciado estas dos palabras, se dio cuenta de que estaba galopando solo, de que el otro compañero tampoco estaba ya a su lado. Pero no se volvió. Era inútil tratar de averiguar lo sucedido. Siguió galopando, aún con más brío, sin volverse una sola vez.

Lo que al otro mercader le ocurrió es que, al oír el grito del muchacho, sin poder dominar su inquietud, se volvió para ver qué sucedía y rápidamente cayó sobre él una lluvia de flechas que le acribillaron, sin dejarle tiempo ni siquiera a dar un grito. Marco Polo se aplastó todavía más contra el cuerpo del caballo. Animal y jinete formaban un solo cuerpo, difícil de distinguir en los claroscuros de la amanecida. Las flechas silbaban a su alrededor y el griterío endemoniado ensordecía el espacio. Pero ningún disparo daba en el blanco, porque Marco, experto jinete, galopaba en grandes zigzags.

Finalmente la llanura se acabó y Marco se adentró en un espeso bosque que resultaba buen refugio para despistar a los perseguidores. Al cabo de un rato, comprendiendo lo inútil de su intento y viéndose cerca de lugares habitados, los «caraunas» abandonaron su presa y regresaron a sus guaridas. Marco Polo estaba rendido, sudoroso, maltrecho. Desmontó y se dejó caer al pie de un árbol, mientras su caballo saciaba el hambre y la sed en la orilla de un pequeñísimo riacho que rumoreaba en aquel bosque. Marco quedó profundamente dormido, y no despertó hasta que los ardientes rayos del sol se filtraron a través del arbolado y dieron de lleno en su cara. Era pleno mediodía.

— ¡Qué bien me ha sentado este descanso! — exclamó desperezándose.

Se acercó al riacho, en cuya orilla seguía paciando tranquilamente el brioso caballo que le ayudó a salvarse. Marco le acarició agradecido y luego se sumergió en la refrescante agua. Bajaba poca, pero era suficiente para librar al cuerpo del polvo y el sudor que se pegaron a él durante la desesperada cabalgada.

Los pensamientos de Marco Polo se volvieron hacia todo lo que quedaba atrás. Un sentimiento doloroso se apoderó de su corazón al recordar que de tantos prisioneros sólo él había podido escapar del poder de aquellos malvados «caraunas».

— ¡Pobres gentes! ¿Qué habrá sido de ellos? — se preguntó—. En fin, doy gracias a Dios que ha tenido la bondad de conservar mi vida. Una vez limpio y descansado, Marco emprendió el galope. No sabía a dónde dirigirse, pero cabalgaba siempre al frente, confiando en que algo hallaría a su paso. Tenía hambre, y en aquellos arbolados no había frutas con que saciar el apetito.

Y el destino siguió favoreciéndole, porque cuando llevaba un par de horas galopando y ya el desfallecimiento amenazaba con dejarle en mitad del camino, en peligro de morir de inanición, avistó a lo lejos los muros recios de un castillo.

— ¡Animo, caballo! — gritó—. ¡Ya estamos cerca de la salvación!

Era aquél el castillo de Canosalmi. Y cuál no sería su sorpresa cuando, apenas entró en las murallas, se vio en brazos de su padre y rodeado por todos los mercaderes que el día anterior se les habían adelantado.

— ¡Hijo! ¡Qué susto hemos pasado!— exclamó Niccolo—. Creí que iba a perderte ahora que ya empiezas a ser realmente mío.

— Ha sido horrible padre. Sólo yo he escapado — murmuró Marco, obsesionado aún por la idea de que todos sus compañeros tuvieron tan desgraciada suerte.

Y mientras le servían abundante comida, que él tragaba con avidez, explicó a su padre y tío, a los demás mercaderes y a los hospitalarios habitantes del castillo, su excepcional y emocionante aventura. Todos le escuchaban boquiabiertos. Cuando Marco acabó su relato, un grito unánime escapó de todas las gargantas. Le aclamaban como héroe. Era el primer ser humano que lograba librarse de los «caraunas». Más aunque admiraban su valor e inteligencia, cuando les propuso ir a destruir la guarida de los bandidos, nadie quiso seguirle. Y él tuvo que abandonar su generosa idea, porque solo nada podía conseguir.

Lo que quedaba de la caravana se despidió de sus anfitriones del castillo de Canosalmi y se puso en camino. En el resto del viaje a nadie se le ocurrió volverse a rezagar. Cabalgaban en un grupo compacto.

Después de otros siete días de viaje, cruzando ríos poco caudalosos, contemplando infinidad de pájaros exóticos, entre ellos los papagayos, llegaron a la vista de Ormuz, el puerto al que estaba deseando llegar Niccolo desde que comenzó la expedición.

— ¿Qué haremos en Ormuz, padre? — preguntó Marco.

— Embarcar en veleros fuertes y rápidos que nos lleven cuanto antes a Pekín, pasando por los puertos del sur de la China — explicó Niccolo.

— ¿Entonces se acabó el viaje por tierra?

— Así es. El viaje resultará más fácil por mar que por tierra. Cabalgar por montañas, cruzar ríos, escapar de los bandidos..., todo eso es demasiado

complicado y fatigoso, hijo. No quiero perder mi pellejo a tan buena edad — rió el veneciano.

— Sí, claro — repuso Marco muy cabizbajo.

— ¿Te disgusta la idea de navegar?

— No es eso, padre. Es que me agradaba tanto visitar nuevas ciudades y escuchar las bellas historias que referían los santones...

— Cuando lleguemos al reino de Cublai Kan tendrás ocasión de ver cosas magníficas, de aprender mucho y escuchar relatos emocionantes.

Pero esta promesa le parecía a Marco todavía muy lejana. Sin embargo, no le quedó otro remedio que resignarse y entrar en Ormuz, última ciudad que verían sus ojos hasta llegar a la remota China.

Ormuz era muy comercial. A su puerto llegaban desde la India naves cargadas de especias, telas de oro, colmillos de elefantes y otros muchos tesoros que los mercaderes exportaban desde allí a todo el mundo.

El clima de aquella región era abrasador y poco sano. A no ser por los jardines que rodeaban la ciudad y la abundancia de agua que venía de fuera no se podría vivir en Ormuz.

— A veces llega un viento tan caliente desde las arenas del desierto — les dijeron, que si no nos metiéramos en el agua, moriríamos abrasados.

Después de buscar alojamiento en una posada y dejar bien instalados los caballos de su caravana, los tres Polo se encaminaron hacia el puerto. Allí se veían ancladas varias naves. Eran de una sola vela, un mástil, un timón y una cubierta. Marco, ávido de saber, se acercó a uno de los mercaderes que ordenaba a sus hombres cómo debían cargar una de aquellas naves con sus fardos de mercancías. Le preguntó acerca del modo de navegar, de las características de las naves, y supo algo muy singular. Lo singular era que en aquella región no tenían hierro para fabricar los clavos que se necesitan en la construcción de las naves.

— ¿Y cómo se las arreglan? — preguntó Marco.

— Las naves se cosen con hilos hechos con la fibra de las cortezas de un árbol que se llama nuez de India — explicó el mercader.

— ¿Y eso es lo bastante fuerte?

— Ya lo creo. Las fibras se hacen macerar y se vuelven duras como cerdas. El cosido es resistente, porque además no se estropea con el agua salada. Y esa es una ventaja que no tienen los clavos.

Pero a Marco no le hizo ninguna gracia la idea de navegar en barcos que no estuviesen sólidamente clavados.

Cuando el muchacho se unió de nuevo a su padre y a su tío, éstos ya habían encontrado un mercader con el que iban a hacer los tratos del viaje. Pero en cuanto el buen hombre conoció las intenciones de los Polo, se echó atrás con las manos en la cabeza y mirándoles como si se trataran de unos locos visionarios.

— ¿Qué sucede? ¿He dicho alguna barbaridad? — preguntó Niccolo.

— Los emperadores Song mantienen lucha constante con los mongoles, y los mares están infestados de naves guerreras — les dijo el mercader.

— Entonces, ¿no podemos llegar a Pekín por mar?

— Yo no lo aconsejo, señor. Es muy peligroso.

— Está bien. Gracias, amigo — saludó Niccolo, alejándose en seguida del puerto. Y tras unos minutos de silencio, dijo:

— Bien, Marco, tú has ganado. Tendremos que viajar por el interior.

— Me alegro, padre — contestó sinceramente el muchacho.

Y los tres Polo, sonriendo satisfechos, regresaron a la posada, a fin de preparar el viaje hacia el Asia Central, es decir, que ahora tendrían que llegar a Extremo Oriente siguiendo la antigua ruta comercial llamada Ruta de la Seda.

Capítulo 7

Tierra adentro

Listos, pues, para proseguir por tierra el viaje, se dirigieron hacia el Norte para regresar al reino de Crema, del que habían salido varias jornadas antes, pero empleando un camino distinto, es decir que no volvieron a pasar por la llanura infestada de «caraunas» ni por la gigantesca montaña que tuvieron que escalar con tantas dificultades.

Una vez en Crema, tomaron el rumbo Norte, cabalgando durante tres días y tres noches por un árido desierto en el que no había más agua que una de color verde, salada y amarga. Antes de salir de la ciudad se proveyeron de agua en abundancia para todo el camino, pues les advirtieron:

— Quien bebe solamente una gota de esa agua del desierto tendrá terribles diarreas. Y quien come un granito de la sal que contiene le ocurrirá lo mismo.

Más a pesar de llevar abundante agua y algunas provisiones de boca, fueron tres días espantosos. Siempre en pleno desierto, sin un solo cobijo, sin una brizna de hierba para los caballos hambrientos, con un paisaje seco y un calor agobiante, y sin avistar una sola cabeza de ganado que pudiera llenar generosamente sus estómagos. ¡Qué tres días tan angustiosos! ¡Cuánta aridez! ¡Cuánta soledad! Sólo se encontraba un poco de alivio cuando al atardecer detenían su marcha y montaban el campamento para entregarse al descanso. Sólo entonces soplaba una leve brisa que refrescaba el pesado ambiente. Pero al amanecer, vuelta con el sol brillante y fuerte, la arena caliente y seca, la fatiga, la monotonía del paisaje, el hambre...

Al cabo de la tercera jornada los tres viajeros estaban auténticamente desesperados. Los caballos de carga, rendidos por el peso, el hambre y la sed, se negaban a caminar, y los tres Polo se veían y deseaban para obligarles a seguir adelante. La verdad es que tampoco ellos tenían ya fuerzas para caminar, y lo peor es que encima de tener que arrastrar sus cuerpos fatigados, tenían que agotarse arrastrando sus propias cabalgaduras y los animales de carga. Porque los Polo seguían viajando solos. Los nativos, quizá por superstición, se negaban a servirles.

Les parecía que aquello era el puro infierno. No podían ni siquiera imaginarse que existiera algo peor que las fatigas que estaban viviendo.

Pero todo tiene fin en la vida, y también aquellas tres duras jornadas tuvieron un grato final. Precisamente al amanecer del cuarto día, cuando apenas hubieron levantado el campamento y emprendieron la marcha, avistaron no demasiado lejos las esbeltas figuras de unas palmeras.

— ¡Un oasis! — exclamó Maffeo.

Ante aquella radiante promesa los Polo creyeron que la fatiga desaparecía, que sus cuerpos se hacían más ligeros y que los caballos también apresuraban su paso. Después de una media hora de camino, llegaron al oasis. Cuatro palmeras, algunos matorros y una pequeña fuente entre piedras... Pero a los Polo se les antojó el mismo Paraíso.

— ¡Creí que ya no existían lugares como éste! — dijo Niccolo.

— Realmente esto es una bendición del Cielo — comentó Marco, precipitándose hacia la fuente, donde sumergió toda la cabeza, sacándola luego chorreando y fresca, entre las risas de su padre y tío.

— Nos quedaremos aquí todo el día, hasta mañana al amanecer — decidió Niccolo. Bien merecido nos tenemos este descanso.

— Y bien que necesitamos reponer fuerzas, porque nos aguarda una prueba parecida a la soportada hasta hoy. Más allá de este oasis no se ve más que arena, nada distinto en el horizonte — dijo Marco.

— Bueno, no empecemos a amargarnos la existencia. Mañana será otro día — dijo Maffeo, a quien le pesaba ya tanta aventura.

Fue aquel día transcurrido en el oasis una jornada apacible y grata. Y lo mejor del caso es que, de vez en vez, atraídas por la promesa del frescor que se respiraba en aquel refugio, llegaban algunas aves, y Marco, excelente cazador, hizo buen acopio de ellas. En adelante, por lo menos, las penalidades les pillarían con el estómago bien repleto, y así serían más fáciles de sobrellevar.

En efecto, les aguardaban todavía, antes de encontrar una ciudad, cuatro jornadas tan agobiantes y monótonas como las tres pasadas. Pero el descanso que habían hecho y el estómago lleno facilitaron la cuestión, tal como habían imaginado. De vez en cuando hallaron manadas de asnos salvajes, lo que les hizo suponer que no

podía estar lejos algún lugar habitado, o por lo menos algún lugar que fuese menos inhóspito que el desierto.

Al término de estos cuatro días llegaron a la ciudad de Gobiam, rica en hierro, acero y añil. Aquí se detuvieron el tiempo suficiente de reponerse bien de todas las fatigas, tanto ellos como los caballos, necesitados de ese bienhechor reposo después de las duras cabalgadas por el desierto.

— Me ha dicho uno de esos marinos que tardaremos por lo menos ocho días en volver a encontrar un poblado. Después de Gobiam todo es desierto — anunció Marco.

— ¡Bonita noticia! — exclamó Maffeo. Si no fuese porque conozco bien el bienestar que nos espera en el reino de Cublai, me habría vuelto a Venecia más de cuatro veces. ¡Qué infierno de viaje! ¡Diantre!

— No te enfurezcas tanto, tío. A mí todo me parece bello. Hasta las jornadas en el desierto tienen su encanto — aseguró Marco.

Niccolo y Maffeo se miraron significativamente, pero nada dijeron. En el fondo Maffeo admiraba a Marco, porque el muchacho gozaba con todo, lo bueno y lo malo. Para él, tal como había dicho, todo tenía su gracia y su satisfacción de ser vivido. En cuanto a Niccolo se sentía realmente orgulloso de su hijo, de aquel joven fuerte que había heredado, e incluso aumentado, su mismo afán de aventura.

Cargaron un par de caballos con cantimploras grandes, se provieron de alimentos abundantes y pusieron en marcha la caravana, alejándose de Gobiam para internarse de nuevo en el desierto.

— Que Dios no nos deje de su mano — murmuró Maffeo al partir.

Tal como dijo el minero de Gobiam, tardaron ocho jornadas antes de llegar nuevamente a un lugar habitado. Fueron ocho días parecidos a los ya transcurridos. Agotadores, monótonos, ardientes, secos... No los describiremos para no hacer también monótono y árido este relato. Sin embargo, sí que diremos que a los Polo no les parecieron tan infernales como los anteriores. Tal vez era que ya se estaban acostumbrando.

Tras el desierto se abría una extensa llanura con hermosas ciudades, bellos jardines, clima templado, hombres y mujeres bien parecidos... Es decir, que aquello era un bello despertar después de una tremenda pesadilla de sol y arena. Tonocan,

Milice... eran los nombres de los soberbios parajes por los que ahora atravesaban. Daba gusto cabalgar por los jugosos llanos y los pintorescos valles, con los pastos abundantes para los caballos y las sabrosísimas frutas para ellos.

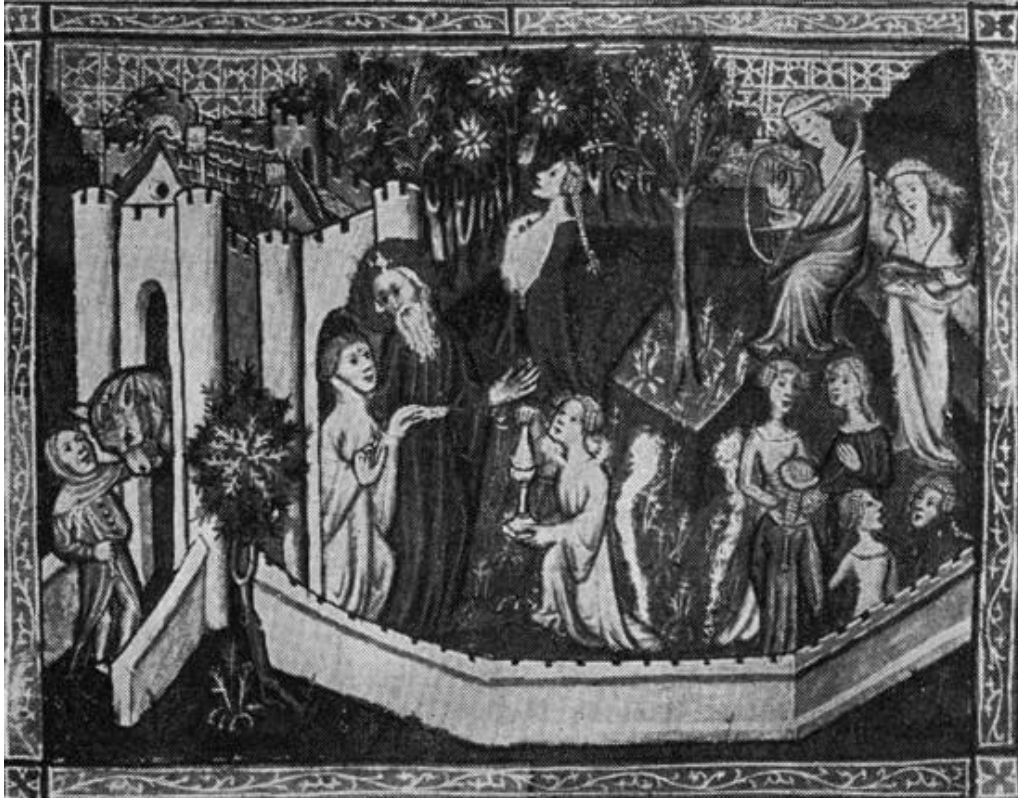


Figura 7. En Milice vivió el llamado «Viejo de la Montaña», jefe de una secta ismaeliana. Mantenía engañados a los jóvenes, drogándolos con haxix, convirtiéndolos en asesinos. (Biblioteca Bodlaina, Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Si de trecho en trecho encontraban zonas desérticas, eran éstas muy cortas y no era problema cruzarlas, porque como eran tantos los poblados que había por doquier, era cosa fácil hacer provisiones de agua y comida.

— Si todo fuese como esto daría gusto viajar — comentó Maffeo.

— Esto es lo más hermoso que se puede soñar — se entusiasmó Marco.

Supunga, bella ciudad de árboles y melones, los mejores del mundo. Los habitantes de Supunga tenían una habilidad especial para sazonar estos frutos. Los cortaban a tiras y los ponían a secar, y al cabo del tiempo, por la acción del sol y el aire, se volvían más dulces que la misma miel. El comercio de los melones era espléndido

en aquella región. Y los Polo, sagaces comerciantes, se dieron buena maña en aprender las operaciones de sazonomiento para llevar la novedad a Venecia, cuando pudieran regresar a ella.

Atrás quedaba Supunga, y delante aguardaban Balac y doce jornadas más de viaje sin hallar vivienda alguna. Andarían por la jornada octava o novena cuando ocurrió un emocionante suceso que pudo tener gravísimas consecuencias.

Como la caravana era larga, los Polo solían cabalgar siempre en el mismo orden. Niccolo abría el camino, Maffeo se situaba más o menos en el centro, y Marco cerraba la caravana, defendiendo con su audaz juventud todas las eventualidades que pudieran venir por la retaguardia. Todo marchaba bien. El paisaje era hermoso y no les faltaban ni agua, ni frutos, ni buena caza. Más he aquí que el día susodicho, hacia las primeras horas de la tarde, cuando todavía el sol alumbraba con sus rayos el camino, el joven Marco Polo oyó a su espalda un ruido sospechoso. Se volvió rápidamente, pero no vio nada ni a nadie. Pese a ello, recelaba, aunque no sabía de qué. Tenía la impresión de ser vigilado por unos ojos, cuya mirada pesaba sobre él con una fuerza extraña. Cruzaban en aquellos momentos por una especie de bosquecillo poco espeso. De pronto vio que se movían unos altos matorrales que había a su derecha. No tuvo ni siquiera tiempo de dar la voz de alarma a su padre y a su tío, porque un enorme león cayó encima de él, arrancándole de sobre el caballo y cayendo la fiera y Marco en tierra, fuertemente abrazados. Marco se apretaba contra el pecho del animal y rodeaba con los brazos su cuello, a fin de debilitar al león y evitar que sus garras hicieran presa en su carne.

Al ruido de la lucha, Niccolo y Maffeo se volvieron asustados, y sus ojos se agrandaron por el espanto cuando vieron a Marco y al león revolcándose en tierra en medio de una lucha cuerpo a cuerpo. El primer impulso de Niccolo fue echar mano del arco que llevaba a la espalda, para disparar contra el león, pero Maffeo le detuvo.

— ¿No ves que puedes herir al muchacho?

— ¿Qué vamos a hacer entonces? — preguntó inquieto Niccolo.

— Nada. Sólo podemos esperar. Tu hijo es fuerte y sabrá dominar a la fiera. Si vemos que no lo consigue, ya miraremos de ayudarle de algún modo. Pero ahora todavía no.

Con el corazón en un puño, los dos hermanos observaban atentamente los esfuerzos que hacía Marco por librarse del peligroso abrazo de la fiera. ¡Qué angustioso era contemplar impotentes aquella lucha infernal! «Y es mi propio hijo el que se juega la vida», pensaba Niccolo, sudando de inquietud.

En una de las revueltas, Marco pudo hacerse con el cuchillo de monte que llevaba en el cinto. Pero apenas el filo brilló al sol, un zarpazo del león se lo arrebató de la mano y lo echó lejos de sí, al tiempo que una sangre roja y espesa brotaba del brazo desgarrado de Marco.

— ¡Dios mío! — exclamó Niccolo—. ¡Hay que hacer algo!

— Cuídate de que los caballos no se alboroten — dijo Maffeo. Yo me ocuparé de tu hijo.

Y es que Maffeo comprendió que el nerviosismo de Niccolo sólo contribuiría a empeorar la situación de Marco. Le entretuvo con la excusa de los caballos, porque así su imaginación se distraería. Y, en efecto, Niccolo se apartó de allí, llevándose los caballos, que ya comenzaban a dar muestras de inquietud. Rápidamente, Maffeo cogió el cuchillo que la furia del león había tirado lejos y esperó el momento oportuno de intervenir.

Marco estaba agotado, y en cambio el león no daba señales de cansancio. No obstante, la juventud del muchacho se imponía. Era cuestión de amor propio el salvar la difícil situación. Sacó fuerzas de todos sus músculos, hizo el esfuerzo supremo ayudado por todo el cuerpo, y con rápido movimiento, consiguió que el animal diera con su espalda en tierra, quedando él encima y agarrándole vigorosamente. Entonces Maffeo se acercó y le tendió el cuchillo. Marco, pese al brazo herido que le impedía maniobrar con la soltura deseada, rasgó el aire con el filo del cuchillo y hundió la hoja hasta la empuñadura en el pecho del animal. De un ágil brinco se apartó del león, que quedó en tierra revolcándose de dolor. Otro cuchillo silbó en el aire y fue a hundirse certeramente en el corazón de la fiera, rematando así la obra de Marco, pues el león murió a poco. Fue un cuchillo lanzado por Maffeo, muy hábil en el manejo de las armas blancas.

— ¡Asunto liquidado! — exclamó Maffeo jocosamente.

Pero Marco no le oía. El cansancio y el dolor de la herida abierta en el brazo le hicieron desmayarse. Estaba tendido en el suelo, con las ropas destrozadas, la

carne surcada de arañazos, el rostro pálido, y el brazo sangrando. Había sido una lucha tremenda. Y aunque el calor de la pelea le había sostenido en pie hasta el final, el remate de la lucha dio al traste con las escasas fuerzas que quedaban en su vigoroso cuerpo de atleta.

Decidieron acampar en aquel mismo bosquecillo. Mientras Maffeo montaba las lonas, preparaba el descanso de los caballos y encendía una gran hoguera para evitar nuevas visitas de leones, de los que estaba plagada la región, Niccolo atendió a su hijo. Le curó la profunda herida del brazo, lavó con cuidado todos los arañazos del cuerpo y refrescó con agua las muchas contusiones que amorataban la carne. Apenas acababa de curarle y de cambiar los harapos por ropas nuevas, cuando Marco volvió en sí y clavó su mirada en el rostro de Niccolo.

— Ha sido horrible, ¿verdad, padre? — murmuró—. Creí que no podría contar esta aventura. Era todo un señor león.

— Pero tú has sido muy valiente, hijo mío. Jamás imaginé que pudiera pelearse con un león con la fiereza que tú lo has hecho. Eres extraordinario, y me siento orgulloso de ti. Pero no hables más, Marco. Tienes que descansar. Nos quedaremos aquí todo el tiempo que sea necesario.

Marco había cerrado de nuevo los ojos, quedando profundamente dormido. No echó de menos ni siquiera la comida. Un sueño apacible era el único descanso que su cuerpo necesitaba. Y durmió hasta bien entrada la mañana siguiente, despertando con nuevos bríos y alegre sonrisa en los labios. No quiso demorar la marcha. Se sentía lo suficiente fuerte para cabalgar. Pero, eso sí, Maffeo se empeñó en ocupar la retaguardia hasta que el brazo no curara del todo, pasando Marco a viajar en el centro de la caravana, lugar menos peligroso.

En las siguientes jornadas no hubo sucesos desagradables. Todo marchó bien. Parecía como si la muerte de su compañero obligara a los demás leones a respetar a los viajeros. Porque ninguno volvió a aparecer en su camino, a pesar de que la región seguía estando infestada de ellos.

Y llegaron a la comarca de Taycaz, con sus gigantescas montañas de sal, tierras salvajes, árboles cargados de frutos, trigales, viñedos y muchos poblados de gentes malvadas que no acogían con demasiado entusiasmo a los forasteros. Sólo se aplacaban sus instintos y cambiaba la fiera expresión de sus rostros cuando los Polo

les mostraban las mercancías que llevaban en su caravana, muchos de cuyos objetos y chucherías no conocían.



Figura 8. Durante todo el viaje los Polo comerciaban ventajosamente con los nativos. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Siete, ocho, nueve jornadas... y la provincia de Balascam, con sus yacimientos de rubíes, o «balasci» como les llamaban entonces, y plata. Los Polo no pudieron aprovecharse de esta riqueza minera porque había pena de muerte para todo el que intentase sacar rubíes del reino. Su gobernador decía que, como había tantos, perderían todo su valor si se exportaban con demasiada facilidad. Y tenía razón.

Los habitantes de Balascam eran muy buenos cazadores y excelentes curtidores de pieles, puesto que se vestían y calzaban con ellas. Allí las telas eran muy caras, y en cambio las pieles eran baratísimas porque la caza abundaba. Después de la marcha de los Polo se notó su huella, porque los avispados mercaderes cambiaron muchas de las telas que llevaban en su caravana, y que resultaban nuevas y exóticas para aquellas gentes, por un buen puñado de piedras preciosas y buenos fardos de ricas pieles curtidas. Los de Balascam quedaron felices, y los Polo se fueron mucho más satisfechos de su pingüe negocio.

Diez jornadas más y Bastiaz a la vista, con sus extraños habitantes que llevaban en las orejas zarcillos de oro, plata, perlas y piedras preciosas. Otras siete jornadas de

camino y la provincia de Chesimun. Las gentes de aquí eran los jefes de todos los idólatras del mundo. Por los caminos era frecuente hallar unos ermitaños que hacían gran abstinencia y no pecaban jamás por amor a sus ídolos. Y en las montañas de los alrededores se veían infinidad de abadías y monasterios de su falsa religión.

Ni en Bastiaz ni en Chesimun los Polo hicieron noche. En ninguno de sus poblados se encontraban a gusto. Preferían acampar al raso que quedarse a dormir entre aquellas gentes que tenían fama de homicidas y crueles. Permanecían con ellos el tiempo justo de hacer provisiones. Y luego reemprendían rápidamente la marcha. Pero, a pesar de los recelos que abrigaban, en ningún caso tuvieron contratiempos con aquellos hombres. Incluso parecían respetarles y venerarles. Tal vez los creyeron ídolos o mensajeros de ellos.

Después de Chesimun, el carácter y rostro de las gentes que hallaban en su camino cambiaron por completo. Eran seres buenos y de corazón valeroso, y llevaban en sus caras reflejada la sinceridad de sus sentimientos. En ellos no cabía la traición. Los Polo cabalgaron durante doce días por este paisaje plácido y hermoso que orillaba un río poco caudaloso y tranquilo. Fueron jornadas realmente agradables, en cuyas noches pudieron dormir en cómodo lecho y bajo techado.

Tres nuevas jornadas, y la provincia de Voca. Otras tres, y una montaña altísima que tuvieron que ascender hasta la cumbre. Pero lo hicieron fácilmente porque había buenos caminos, anchos y bien sombreados por copudos árboles. En la cumbre había una planicie entre dos montañas, por la que discurría un río caudaloso. Era aquel un panorama impresionante, sobrecogedor. Su grandiosidad asustaba. Parecía un paraje arrancado de algún cuento legendario. Era verde, brillante, jugoso, fresco, con el rumor constante de un agua cristalina, espumosa y juguetona, y la frondosidad de unos bosques que bordeaban el río. Había infinidad de bellos rincones, de pequeños y grandes paisajes de ensueño. Abundaba la caza, y llamaron la atención de los Polo unos carneros salvajes, muy grandes y con unos cuernos retorcidos que tenían unos seis palmos de largo. Sus saltos espectaculares y sus veloces carreras daban vistosidad a aquel ambiente agreste.

Por aquella hermosa planicie tuvieron que cabalgar durante doce días. No encontraron vivienda alguna, pero tropezaron con varios pastores, que llevaban hasta allí sus grandes rebaños atraídos por la exuberante vegetación. Los Polo

hicieron buena amistad con tan sencillas gentes, y compartieron generosamente las apetitosas provisiones que ellos llevaban y de las que, por desgracia, no abundaban en el bello paraje. Los agradecidos pastores les dieron, queriendo pagar de algún modo su amabilidad, unas curiosas escudillas, muy resistentes y trabajadas con extrañas filigranas, hechas con las astas de los carneros salvajes que tanto sorprendieron a los viajeros. Era un trabajo manual que entretenía los largos ocios de los pastores, confinados en aquella altura durante días y semanas.

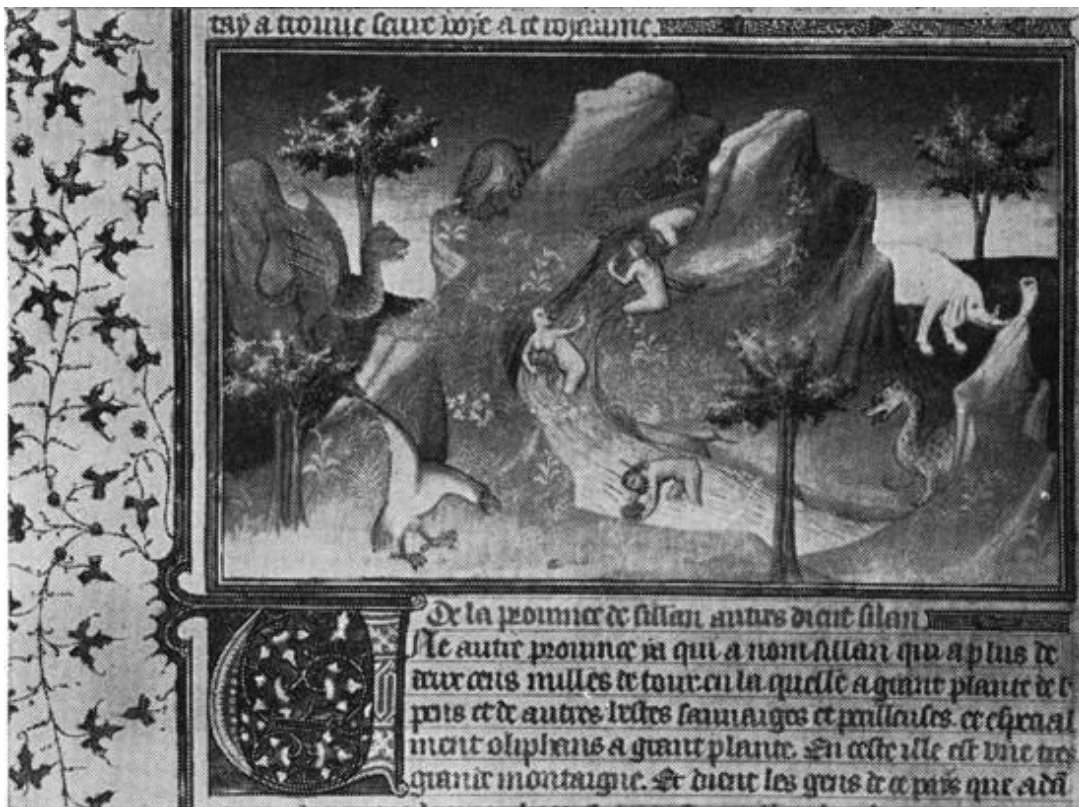


Figura 9. Uno de los bellos parajes, con extraños animales, descritos por Marco Polo en su Libro. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Pero no todo fue admirar bellos paisajes, charlar amablemente con simpáticos pastores y cabalgar bien y rápido. A pesar de la exuberancia que les rodeaba, cosa que hacía pensar en un clima amable, la altura del lugar era tanta que reinaba a todo lo largo de la planicie un frío espantoso. Las aves no se atrevían a volar hasta aquella cumbre, el fuego no calentaba como en los demás sitios, los alimentos tardaban mucho en cocer, y los cuerpos quedaban ateridos, pese a la gran cantidad de ropas de abrigo que llevaban encima. El frío de aquel llano era parecido a aquel

otro que padecieron al escalar la alta y escarpada montaña que dejaron atrás hacía ya varios meses. ¿La recordáis?

Durante el día aún podía resistirse. Galopaban todo lo aprisa que las piernas fatigadas de los caballos permitían, y este esfuerzo les hacía entrar en calor y les hacía olvidar un poco el helor que desgarraba sus carnes. Pero las noches eran terribles. La inactividad absoluta, la falta completa de sol, la poca fuerza del fuego... todo ayudaba a aumentar la frialdad del ambiente, y las horas se hacían largas y pesadas. Realmente fueron doce días de prueba, doce días de frío tan temibles como las jornadas ardientes transcurridas en el desierto. Unas veces por frío, otras veces por calor, pocas eran las ocasiones en que la caravana viajaba en completa paz con el mundo que le rodeaba.

Pero también, como el infierno del desierto se acabó un buen día, la punzante frialdad del hermoso llano terminó. Mas en verdad que no fue para bien. Ni mucho frío ni mucho calor, clima templado. Pero el paisaje varió totalmente, tomó unos perfiles abruptos y peligrosos. Montañas escarpadas, picachos difíciles, cuestas pronunciadas, escaladas casi imposibles, valles profundos, ríos que había que vadear con el agua hasta la cintura o más arriba... Y así durante cuarenta jornadas, encontrando sólo de vez en cuando algún poblado construido en las mismas montañas. Era aquélla la comarca llamada Belor. Sus gentes, salvajes y malvadas, se refugiaban en cavernas y covachas de paja abiertas en lo alto de las cumbres más inaccesibles. Vivían exclusivamente de la caza, se vestían con pieles de animales, y no conocían más ley que la de sus propios instintos animales.

Se harían interminables los sucesos que ocurrieron a los Polo durante estos cuarenta días. Puede decirse que cada jornada tenía su acontecimiento, y las más de las veces, claro está, era hartamente desagradable. Por ejemplo, aquel día en que, bajando una de las cuestas terriblemente pronunciadas, los cascos de uno de los caballos que iban casi al final de la caravana resbalaron sobre la tierra reseca, precipitándose el animal sobre el compañero que iba delante de él, y éste sobre el otro, y así sucesivamente hasta convertirse todo el convoy en una masa de hombres, animales y carga que rodaba monte abajo. Inútil es describir cómo llegaron al final de la cuesta. Las ropas eran harapos, los cuerpos estaban maltrechos, los caballos heridos, y algunos de tal gravedad, que los Polo tuvieron

que rematarlos y dejar sus cadáveres enterrados bajo un montón de piedras. Fue una verdadera catástrofe.

¿Y aquel otro día en que Marco fue la víctima de otro suceso? Fue al vadear un río que, a pesar de su poca profundidad, llevaba mucha corriente. La caravana comenzó a cruzarlo, después de buscar el punto menos caudaloso. El agua llegaba al vientre de los caballos. Se podía, pues, cruzar con relativa facilidad. Pero quiso la mala suerte que el caballo que montaba Marco tropezara con alguna roca que había en el lecho del río; sus patas se doblaron sin que llegasen a romperse, y el jinete salió despedido por los aires. Ante lo inesperado del hecho, Marco, que naturalmente estaba desprevenido, se vio saltando por encima de la cabeza de su cabalgadura y hundiéndose en el agua. Como llevaba bastante ropa encima, ésta le dificultaba los movimientos y le impedía nadar contra la corriente, que se lo llevaba río abajo.

— ¡Socorro! — gritó, para llamar la atención de su padre y de su tío, que estaban atentos a su propio camino y no se habían dado cuenta de sus peripecias.

— ¡Dios mío! — exclamó Niccolo al verle.

— ¡Diantre de muchacho! ¡No ganaremos para sustos! — dijo Maffeo—. El pobre Marco se mete en cada jaleo que luego no hay modo de sacarle.

— ¡Calla, majadero! — se enfadó Niccolo—. ¿Acaso lo hace por su gusto?

¡Qué había de ser por su gusto! Marco Polo se estaba convirtiendo en héroe aventurero a lo largo de la larga expedición asiática, pero sin proponérselo realmente. A él le agradaba vivir emociones nuevas, pero la verdad es que la vida le metía en cada jaleo, como decía su tío, que era más fuerte que las emociones más intensas.

Bueno, el caso es que, braceando y forcejeando contra el agua y contra las ropas que vestía, Marco no conseguía detener su vertiginosa carrera río abajo. Mas he aquí que el curso del río daba una revuelta brusca, inesperada, y justamente allí crecía en la orilla un gigantesco árbol, cuyas raíces quedaban buena parte al aire y saliendo por encima del agua. Todo fue verlo Marco y dar un gran salto, que le permitió agarrarse fuertemente a una de las raíces, quedando por fin varado, en espera de que su padre o su tío acabaran de ayudarle a subir a la orilla. No tardó en llegar Niccolo, quien con la ayuda de una cuerda resistente, sacó al muchacho hasta

tierra firme. De nuevo estaba a salvo, pero, como es lógico, muy cansado, tiritando de frío con su cuerpo chorreante, y con los brazos y piernas llenos de cardenales, causados por los golpes que se dio contra las rocas del fondo del río. Las consecuencias no fueron graves, pero el suceso no dejó de ser desagradable y peligroso.

Y no digamos de otra jornada en que vivieron el angustioso aliciente de verse rodeados por un numeroso grupo de habitantes salvajes de aquellas montañas. Les rodeaban en círculo, mirándolos con expresiones feroces, y empuñando con gesto decidido unas toscas pero afiladas lanzas que hicieron estremecer a los tres viajeros. El cerco se estrechaba. Los tres Polo se miraban sin saber qué hacer. De pronto, echando mano del ingenio que poseía y del que había hecho gala en más de una ocasión, a Marco se le ocurrió una gran idea. Procurando no levantar las sospechas de sus visitantes, se acercó a uno de los caballos de carga y abrió uno de los fardos. Contenía diversas chucherías sin valor que los mercaderes traían desde Venecia y a las que hasta el momento no concedieron utilidad alguna. Marco buscó y rebuscó lo que le interesaba. Niccolo y Maffeo le miraban sorprendidos, sin poder imaginar qué es lo que se proponía, pero no se atrevían a preguntar ni siquiera a moverse. Por fin, el rostro de Marco se iluminó. Acababa de encontrar lo que tan afanosamente buscaba. Eran unos espejitos muy pequeños y redondos, que apenas servían a las damas venecianas para admirar el retoque de sus labios o la expresión de su mirada. Niccolo y Maffeo seguían sin comprender.

Pero pronto lo comprendieron y no se cansaron de admirar la habilidosa inteligencia del muchacho. En efecto. Era aquélla una mañana radiante, en la que lucía un sol esplendoroso. En cuanto los rayos de ese sol se reflejaron en la pulida superficie de uno de los espejitos, éste lanzó al aire lo que vulgarmente se llama la «ratita», es decir, ese círculo brillante que deslumbra si da en los ojos y que baila por el espacio según los movimientos del espejito. El efecto fue instantáneo. Los salvajes, ignorantes y supersticiosos por naturaleza, se asustaron a la vista de «aquello» que corría solo por el aire. Unos escaparon despavoridos, y otros quedaron petrificados, como si unas fuertes raíces les ataran en la tierra. Marco repartió varios espejitos a su padre y a su tío, y las «ratitas» se multiplicaron, poblando el ambiente. Los ojos de los salvajes se agrandaban, sus rostros se contraían, y sus cuerpos se estiraban

recelosos. Pero el terror no los dejaba moverse. Era realmente cómica la situación. Y después de pasado el susto, los tres Polo tenían que hacer verdaderos esfuerzos para no estallar en carcajadas, viendo el terror que su estratagema había despertado en aquellos infelices. Pero no se podía abusar de la buena suerte. No era cosa de permanecer allí mucho tiempo, pues los salvajes podían cansarse de tener miedo y atacarles venciendo sus recelos. Así, pues, esparcieron por el suelo varios espejitos, colocándolos de manera que el sol siguiera reflejándose en todos ellos, con lo que las «ratitas» pululaban aún en el aire. Una vez hecho esto, montaron en sus respectivas cabalgaduras y emprendieron veloz galope, dejando a sus espaldas a los aterrorizados salvajes, quienes tardaron sus buenas horas antes de decidirse a ver qué eran realmente los prodigiosos objetos que los forasteros dejaron.

Cuando estuvieron lo bastante lejos para no temer que los pobres engañados les alcanzaran si decidían perseguirles, los tres Polo detuvieron su marcha y se retorcieron materialmente de risa, pensando en su ingenua fechoría.

— ¡Ha sido una idea genial! — exclamó Niccolo.

— Nunca me he reído tan a gusto como hoy — dijo Maffeo—. ¿Quién iba a pensar que los espejitos que trajimos de Venecia casi a regañadientes tenían que salvarnos la vida?

— Así es, porque no cabe duda de que nos hubieran matado sin piedad si no llegamos a acertar con esta estratagema — afirmó Marco.

En fin, el caso es que estaban sanos y salvos y que, en medio de angustiosas aventuras, podían contar ésta que, si bien comenzó con perfiles trágicos, derivó en una auténtica comedia divertida, gracias al ingenio de Marco Polo, el más aventurero de todos los aventureros.

Y dejemos ya esos cuarenta días de fatigas y penalidades, con sus pequeños y grandes sucesos, que llenaban de emoción la existencia de los tres viajeros. Al cabo de ellos, los Polo se vieron por fin fuera del laberíntico paisaje. Entonces les vino la calma, una calma de bonitas ciudades, hermosos jardines, extensos viñedos, grandes haciendas, gentes comerciantes, artesanas y mercaderes. Estaban en la provincia de Casciar. Y luego vino Samarcanda, Carcam, Cotan, Peym y Ciarcia... Para recorrer estas comarcas necesitaron muchas jornadas, pero no las detallamos porque nada importante ocurrió en ellas. Lo más característico que les llamó la

atención fue la calidad arenosa del suelo. Y es que el desierto estaba muy próximo. Desde Ciarcia, tras cinco jornadas de cabalgada por terreno arenoso, con aguas amargas unas veces y dulces otras, llegaron a una gran ciudad que estaba situada en la entrada misma del gran desierto. Aquí comenzaba la gran aventura desértica, que no era poca aventura, como veremos en seguida.

Capítulo 8

En el gran desierto

Lop era esta gran ciudad, nacida en la entrada del desierto. Era una ciudad ideal para el comercio. Todos los viajeros que querían atravesar la inmensa llanura arenosa tenían que aprovisionarse de víveres para muchísimos días, con lo que los habitantes de Lop hacían sus buenos negocios. Estos viajeros, que estaban dispuestos a emprender la gran aventura, solían descansar en Lop durante una semana, para acumular fuerzas y refrescar a sus cabalgaduras. Así es que también los Polo tuvieron que descansar en ella la semana reglamentaria.

Mientras messer Niccolo y messer Maffeo preparaban el viaje, que prometía ser largo y tal vez la parte más pesada de lo hecho hasta entonces, Marco recorría de punta a cabo la ciudad, sin dejar un solo rincón por escudriñar. Supo que la ciudad pertenecía al Gran Kan y que sus habitantes eran mahometanos. Conoció también sus costumbres e hizo amistad con mucha gente.

Si bien es cierto que a su padre y a su tío les hacía falta su ayuda, messer Niccolo no quería obligarle a que lo hiciera. Cuando su hermano se quejaba, alegaba que hacía aún muy poco tiempo que se conocían y no quería mostrarse duro con Marco, por temor a que lo atribuyese a falta de cariño. Deseaba ganar el afecto del muchacho, llenar el hueco que produjeron los quince años de ausencia. Por eso le permitía hacer lo que más le agradase. Y esto era, sin duda alguna, vagabundear por las calles y hablar con las gentes.

Una mañana, cuando Marco se disponía a dar su habitual paseo, su padre le llamó y le dijo:

— ¿Sabes una cosa, hijo? Hemos decidido unirnos a una caravana de mercaderes que saldrá dentro de un par de días para atravesar el desierto.

— ¡Estupendo, padre! Siempre será mejor ir acompañados de gentes habituadas a esta clase de viajes. Nosotros aún somos novatos.

— Me alegro de que estemos de acuerdo — sonrió satisfecho Niccolo. A partir de aquel momento, Marco, que ya conocía la ciudad palmo a palmo, dedicó su atención a los que iban a ser sus compañeros.

Y, entre todos ellos, hubo un anciano mercader al que chocó el insaciable afán de preguntar que tenía el mocetón latino y le mostró en seguida una deferencia especial. Era de trato amable y bondadoso.

— Habladme del desierto, por favor — pidió Marco.

— ¿No lo has visto nunca, hijo?

— Pues no. Es decir, para llegar hasta aquí hemos cruzado varias zonas desérticas y arenosas, en las que hemos padecido bastante. Pero éste dicen que es el Gran Desierto, y me impresiona conocerlo.

— Es muy grande. Para atravesarlo se necesitaría un año.

— ¿Vamos a tardar un año en llegar a otra ciudad habitada? — preguntó Marco entre asustado y emocionado.

— No, hijo. Que Alá nos guarde de semejante castigo. Hay caminos más cortos que los mercaderes de este país conocemos bien. Nosotros tardaremos un mes aproximadamente. Es el camino más corto de todos los conocidos. Es de esperar que sepamos seguirlo hasta el final.

— Un mes sin encontrar seres humanos... — murmuró Marco.

— Es posible que hallemos otras caravanas que van o vienen — replicó el anciano. De no ser así, viajaremos todo un mes sin ver más que montañas, dunas y valles arenosos. Ni un pájaro ni un animal, porque en todo el desierto no hay nada comestible, y las bestias no se arriesgan a morir de hambre. De vez en cuando, se encuentra un oasis con algunas palmeras y un poco de agua buena, tan poca que no basta para aprovisionar a cincuenta personas con sus cabalgaduras y bestias de carga. Pero no todo es aridez en el desierto. También tiene sus encantos, aunque éstos sean peligrosos.

— ¿Qué encantos son éstos? — preguntó Marco intrigado.

— Pues verás. Cuando alguien se queda rezagado durante la noche, es decir, se aparta de su caravana, bien sea para dormir o por otra causa cualquiera, al querer reunirse de nuevo con sus compañeros oye voces en el aire, que le parecen las de sus mismos amigos, y muchas veces oye incluso su propio nombre. Esto produce tal desconcierto que el viajero acaba por extraviarse y perder por completo el rumbo en la inmensidad de la arena. A quienes les sucede tal fenómeno no vuelve a vérselos jamás, porque al llegar el día, el sol los abrasa y los mata.

— ¿Es posible? — inquirió Marco, subyugado por el relato.

— Desde luego. Son muchos los que así han perdido la vida, y muy pocos los que han podido salvarse. Otras veces, en lugar de voces, se oyen instrumentos que resuenan en el aire, y sobre todo tambores. Es un fenómeno extraño que nadie se explica, pero que es cierto.

Marco Polo estaba maravillado. ¡Qué gran fascinación la de aquella inmensa llanura desértica! Estaba deseando verse en ella, aunque en el fondo de su corazón le aterrizzaba la idea de que pudiera perderse y ser pasto del sol. Los días siguientes no vivió pensando en todo cuanto le había relatado el anciano mercader.

Por fin, la caravana, abastecida para más de un mes para hombres y animales, se puso en marcha adentrándose en el Gran Desierto. Los Polo se dejaban guiar por sus compañeros. Y éstos, habituados a viajar por el desierto, decidieron cabalgar con las sombras de la noche y descansar cuando el sol lanzara sus ardientes rayos sobre la arena. Es decir, que se ponían en marcha al atardecer y no detenían su camino hasta el siguiente amanecer, cuando el sol asomaba en el horizonte. El resto del día descansaban bajo las lonas montadas en mitad de la llanura arenosa. De este modo evitaban todas las fatigas que producía el cabalgar bajo el sol abrasador que agotaba a jinetes y monturas.

— ¡Es una excelente idea!, exclamó Niccolo. ¿Cómo no se nos ocurriría a nosotros antes?

— Es la novedad, padre. Nosotros no estamos acostumbrados.

Marco Polo cabalgaba casi siempre junto al anciano mercader, que no se cansaba de relatarle historias y sucesos acaecidos en el desierto. Y cada día, después de comer en el campamento, cuando los demás se retiraban a descansar, Marco se tendía al lado del anciano y aún le preguntaba más y más. Preguntaba y escuchaba, hasta que el mercader, sonriendo bondadoso y con ojos soñolientos, decía:

— Es hora de dormir, hijo. Que Alá te proteja.

— Que descanséis, buen amigo.

El mercader se dormía al instante, pero Marco aún quedaba un buen rato sumido en sus pensamientos.

Un día, llevarían ya unas veinte jornadas de camino, cuando al amanecer distinguieron a lo lejos las gallardas siluetas de un grupo de palmeras, que al

parecer formaban un pequeño pero espléndido bosque. El corazón de todos los viajeros dio un brinco en el pecho ante la promesa de un descanso bajo la sombra protectora de las palmeras. Era el segundo oasis que hallaban en su ruta, y aquél llegaba en un buen momento, porque eran muchos los que ya mostraban cierta desazón y fatiga. Los mercaderes decidieron seguir cabalgando hasta llegar al oasis, pese a que el sol comenzaba a dejarse sentir.

— ¿No se tratará de eso que llaman espejismo? — preguntó Marco.

— No, hijo, el sol todavía no ha calentado lo bastante nuestras cabezas para que todos veamos visiones en la arena. Esas palmeras que ves son un auténtico oasis — aseguró el anciano mercader.

Y realmente lo era. Cuando la caravana llegó al pequeño paraíso, jinetes y monturas estaban más fatigados que de costumbre. Habían cabalgado hasta entrada la mañana, y el sol no perdonaba tal audacia. Pero bien valía el esfuerzo el poder entregarse al reposo con la tranquilidad de saberse protegidos por verdadera sombra y no por una simple lona levantada sobre la arena caliente.

Lo primero que hicieron los viajeros fue llenar sus cantimploras vacías, y luego refrescaron sus cuerpos en la escasa medida que permitía la poca agua que allí había. También hicieron provisiones de dátiles, de los que había en cantidades por el suelo y en lo alto de las palmeras. Fue aquél un día plácido, de completo reposo, de bienestar absoluto para el cuerpo y el espíritu...

Al atardecer, envuelto ya el oasis en las primeras sombras de la noche y mecidas las anchas hojas de las palmeras por los primeros soplos de una brisa que llegaba cargada de arenilla, la caravana levantó el campamento con gran tristeza y se puso en movimiento. Los rostros de los mercaderes árabes permanecían inexpresivos, raramente demostraban sus sentimientos. Para ellos era natural y casi una costumbre el viajar por el desierto, encontrar y dejar un oasis, sufrir los efectos del sol, de la sed y de la fatiga... Pero los Polo, y sobre todo Marco, reflejaban en sus miradas, al dejar atrás el oasis que tan generosamente los había acogido en aquel amable alto en el camino, una profunda nostalgia. Era como si les doliese abandonar el lugar donde habían sido dichosos durante unas horas, después de haber vivido largas jornadas de penalidades. Mas la caravana ya estaba en marcha,

y no era cosa de rezagarse, entre otras cuestiones porque toda su fortuna, cargada sobre los lomos de sus bestias de carga, se alejaba también con los demás.

Pero estaba visto que los Polo no podían cruzar el Gran Desierto sin que alguna desgracia les ocurriese. En el poco tiempo que se entretuvieron dando el último adiós al oasis, tiempo que a ellos les pareció apenas unos segundos, la caravana había desaparecido tragada por las sombras que en un instante se habían hecho negras y profundas como boca de lobo.

— ¡Santo Dios! — Exclamó aterrorizado Maffeo—. ¡De ésta sí que no salimos! ¿A quién se le ocurre detenerse con sentimentalismos?

— ¡Cállate de una vez, hermano! — gritó Niccolo que estaba totalmente dominado por el nerviosismo de la desesperación.

— No os asustéis tan pronto — calmó Marco—. La caravana no puede estar muy lejos. La encontraremos en seguida. Ya lo veréis.

Animados con esta confianza, se pusieron en camino. Todo eran sombras y arena. No se veía ni un ser viviente, ni la más pequeña huella del paso de la caravana. La leve brisa que se levantaba por las noches borraba pronto las huellas que las cabalgaduras dejaban en la arena. Nada podía servirles de guía. Los Polo, escudriñando con fervor la oscuridad, cabalgaban siempre adelante, sin perder la esperanza de hallar a sus compañeros. Pero la caravana parecía haber sido tragada por los abismos insondables del desierto. El nerviosismo obligaba a los Polo a espolear cada vez con más fuerza a sus caballos, deseando ardientemente tragar leguas y leguas en un desesperado afán de acercarse a los que se alejaron. Pero cuanto más galopaban más desolador era el paisaje. Dunas y más dunas arenosas, montículos, valles... Hacía ya varias horas que el oasis había quedado atrás, y en el panorama ni un solo punto de referencia que los orientase. ¡Estaban perdidos sin remedio!

De pronto, el aire les llevó el eco lejano de una voz que gritaba:

— «¡Marcoooo!» Los Polo detuvieron sus monturas. Los tres se miraron estupefactos, sin saber qué hacer ni qué decir. La voz volvió a escucharse un poco más cerca.

— ¡Es el anciano mercader! — gritó al fin Marco, loco de alegría.

Y los tres estallaron en histéricas carcajadas, al tiempo que golpeaban furiosamente los ijares de sus caballos, que emprendieron loca carrera hacia el lugar de donde provenía la voz.

Fue una larga cabalgada. A pequeños intervalos, la voz volvía a escucharse. Unas veces parecía acercarse, y otras se escuchaba más lejos. Pero los Polo no advertían tales diferencias. Estaban como locos. Sólo se daban cuenta de que la voz seguía llamándolos y de que galopando llegarían a alcanzarla. Pero el tiempo transcurría y el horizonte se mantenía tan desesperante y monótono como en un principio. El mercader que gritaba no aparecía por parte alguna.

Bruscamente y ante la mayor de sus sorpresas, apareció ante ellos, perfilado ya por las luces de un amanecer, el oasis que habían abandonado la noche anterior.

— ¡Santo Cielo! ¡Hemos vuelto al mismo sitio!

Estaban materialmente deshechos y moralmente destrozados. La fatiga rendía sus cuerpos, y la desesperación agotaba sus espíritus. ¡Qué situación tan terrible! Era la peor de las muchas que vivieron hasta entonces. Porque en aquellos instantes no veían, por más que pensaban, una solución. Habían cabalgado con infinito afán durante toda la noche para ir a parar al mismo sitio. Y claro, ahora ya no se atrevían a volver a salir del oasis, y mucho menos teniendo en cuenta que el sol comenzaba a alzarse en el cielo, amenazándoles con la tortura de sus rayos. ¿Qué sería de ellos? No tenían provisiones. Todo se fue con la caravana. Allí había agua y algunos dátiles. No era suficiente, pero peor sería nada.

— Bueno, al fin y al cabo, estamos en sitio tranquilo — dijo Marco—. Peor hubiera sido perdernos en medio de la arena.

— ¡Tu tranquilidad me asombra, querido sobrino! ¡Parece como si estuvieses de vacaciones! — gruñó irónicamente Maffeo, tal vez el más asustado de todos.

— No es eso, tío. Es que no he perdido la esperanza de salvarnos. — Ya me dirás qué piensas hacer.

— Pues no lo sé todavía, pero algo haremos.

Cuando el sol estuvo en todo lo alto y la furia del calor llegaba al máximo, Marco Polo montó en su caballo con la intención de alejarse del oasis.

— ¿Dónde vas, hijo? — inquirió asustado su padre.

— A explorar los alrededores. Tal vez encuentre algo que pueda sernos útil, ahora que el sol alumbra toda la llanura.

— No te alejes demasiado, Marco — pidió Niccolo.

— No temas, padre. No perderé de vista estas palmeras. Ellas me dirán en todo momento dónde está el oasis y cuál es el camino que debo seguir para volver.

Y dicho esto, se alejó al galope de su caballo. Niccolo y Maffeo quedaron allí, con el temor en su corazón y también, ¡por qué no!, con la secreta esperanza de que diesen resultado las exploraciones de Marco. Pero el resultado fue nulo. Marco llevaba mucho tiempo cabalgando de un lado a otro, en busca de cualquier indicio y sin perder ni un momento de vista las palmeras. El sol quemaba como nunca. Las gruesas ropas que vestía se pegaban al cuerpo. El sudor resbalaba por su rostro, igual como si una lluvia fina le azotara. Los ojos le brillaban febrilmente, plenos de ansiedad. Los labios estaban reseco y la boca se mantenía abierta, como si esperase el regalo de un rocío o un sople de aire. La cabeza le ardía; tenía la impresión de que iba a estallarle de un momento a otro. Todo el cuerpo le pesaba de una manera extraña. Sentía una flaccidez total, una carencia absoluta de fuerzas, que apenas le permitían mantenerse sobre el caballo. Y tampoco éste estaba mejor que su jinete. Por momentos perdía la seguridad en sus piernas, siéndole cada vez más penoso sostener el peso de Marco sobre su lomo y seguir cabalgando a través de la llanura sin fin. Aquélla era una pesadilla de sol y arena.

Marco no podría decir exactamente cuántas horas estuvo cabalgando, sólo sabía que hubo un momento en que su caballo se negó a continuar. Las patas del bruto se doblaron, cayendo de rodillas sobre la arena ardiente. Y Marco tuvo que desmontar y sacar la; escasas fuerzas que quedaban en su cuerpo para ayudar al caballo levantarse. Hombre y animal, arrastrándose materialmente, emprendieron el regreso hacia aquellas lejanas palmeras, en cuya airosa figura Marco tenía clavadas con ansiedad sus brillantes pupilas, por temor a que desaparecieran de su vista.

Tuvieron que salir a su encuentro messer Niccolo y messer Maffeo, porque cuando estaba ya próximo al oasis, el muchacho se desmayó, cayendo de bruces sobre la arena. Y a su lado, sin fuerzas también; respiraba con entrecortados bufidos el noble bruto que le acompañó en la inútil aventura.

De nuevo bajo la grata sombra del oasis y después de la caricia fresca del agua sobre el cuerpo abrasado, Marco Polo tomó en sí.

— ¿Por qué lo has hecho, hijo? ¿Por qué no has vuelto antes de que te ocurriera esto? — inquirió ansioso Niccolo.

— Quería encontrar algo... Pero es inútil, padre. Estamos perdidos en el desierto...

— susurró—. No se ve nada en todo el horizonte.

Las horas pasaron lentas, angustiosas y desesperadas. A cada minuto que transcurría se alejaban más de la esperanza que en un principio les alentaba. La soledad era agobiante. La certeza de saberse perdidos y la incapacidad de hacer algo en pro de su salvación les torturaba de manera punzante.

Llegó la noche. Los tres Polo tenían los ojos enrojecidos por la falta de sueño y los cuerpos rendidos. A pesar de ello no dejaban de pasear arriba y abajo del oasis, como temiendo que al quedarse quietos les llegara la muerte. Estaban como enloquecidos. De pronto, de la oscuridad que les rodeaba brotó una voz, aquella misma voz que la noche anterior gritó:

— «¡Marcoooo!» El sonido era el mismo, el tono el mismo. También ahora estaba lejana, pero se acercaba lentamente. Y se oía una y otra vez, repetida con insistencia.

— ¡Si no calla esa maldita voz me volveré loco! — gritó Marco—. ¡No quiero volver a ser víctima de ese maléfico fenómeno!

Y se tapaba los oídos con desesperación. Pero la voz se acercaba, sin cansarse de gritar su nombre. Ahora ya llegaba muy clara, y mezclada con un rumor sordo, apagado, pero perceptible claramente.

— ¡Son los tambores! — gritó Marco—. ¡Son los tambores de que habló el mercader! ¡Voy a enloquecer! ¡Decidles que callen, padre!

Niccolo y Maffeo añadían a su desesperación la de ver al muchacho en aquel estado de ofuscación. También ellos se sabían víctimas del mismo fenómeno y procuraban ahogar el ruido, distrayéndose con sus rápidos paseos. Pero Marco no podía dominarse. La voz era ya tan cercana que se oía allí mismo, a pocos metros.

— ¡Que Alá os guarde!

Los tres Polo detuvieron en seco su agitado ir y venir, se miraron sorprendidos y luego se volvieron hacia el lugar de dónde salió la voz. El anciano mercader estaba

allí, acompañado de otros varios mercaderes de los que formaban la perdida caravana.

—¡Es un espejismo! — gritó Marco— . ¡No les hagáis caso, padre!

— Mi joven y noble amigo — murmuró el anciano, acercándose a Marco— , no somos espejismos. Has sufrido mucho, lo imagino, pero ya todo acabó. Créeme, estoy a tu lado. Hemos venido a buscaros. No nos dimos cuenta de vuestra desaparición hasta el momento de acampar. Ya vi que no estabas a mi lado durante el camino, pero no se me ocurrió pensar que te habías perdido. Y cuando esta mañana detuvimos nuestra marcha y montamos el campamento, me extrañó que no vinieras en busca de mis relatos. Te busqué, y al no hallarte, ni tampoco a tu padre ni a tu tío, comprendí lo sucedido. En seguida he rogado al jefe de la caravana me permitiera regresar en busca de los tres latinos, y me lo ha concedido, con la condición de que esperase a media tarde para evitar la fatiga del sol. Y aquí estoy con un buen guía, que conoce el desierto como nadie, y con unos buenos amigos. Ya no tenéis nada que temer.

A lo largo de la explicación que el anciano les dio, los Polo fueron dándose cuenta de que no soñaban, de que los seres que veían eran reales. Y cuando el mercader calló, como explosión lógica de su angustia contenida, de las largas horas en tensión, de la desesperación acumulada en sus pechos durante el tiempo de infinita soledad y abandono, los tres latinos estallaron en histéricas y convulsivas carcajadas que hicieron estremecer de miedo a quienes acababan de salvarlos. Y luego las risas degeneraron en llanto. Gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de los Polo, sin que se preocuparan de secarlas.

Por fin, pasada la crisis nerviosa, el anciano mercader y sus compañeros ayudaron a los Polo a montar sobre sus caballos y juntos emprendieron el camino. Al cabo de una jornada de marcha encontraron al resto de la caravana, que tan generosamente les aguardaba en un campamento levantado en mitad del desierto. Su salvación fue un prodigio conseguido por la gracia de Dios y la bondad de aquellos árabes que se consideraban hermanos de cuantos emprendían con ellos una ruta por el desierto, haciendo de la suerte de unos la suerte de todos. Era la ley del desierto, una ley que todos respetaban, aunque a veces el sol y la arena, aliados en la trágica pesadilla, les negaran ese derecho.

Después de unas diez jornadas más de camino, en las que nada nuevo ocurrió, la caravana llegó a las puertas de la ciudad de Sachion. Era la salida del desierto. Era el fin de aquel influjo peligroso, de aquella fascinación extraña que ejercía la llanura arenosa sobre el viajero. Ninguno de los Polo, pero mucho menos el joven Marco, olvidarían la terrible experiencia vivida. Había sido un suplicio demasiado doloroso y amargo.

Cuando los Polo se despidieron de sus salvadores y amigos, pues cada uno tomaba rumbos distintos, les colmaron de regalos, como muestra de eterna gratitud por la generosidad con que los trataron. En especial fueron espléndidos con el anciano mercader, que se despidió con viva emoción del que había sido su mejor amigo durante el viaje, de Marco Polo.

— Que Alá guíe siempre tus pasos, noble latino — le dijo.

— Lo mismo os deseo, sabio amigo. Y ojalá el destino vuelva a cruzar algún día nuestras sendas, para que podamos recordar juntos esta aventura inolvidable — replicó Marco, con la voz rota por la emoción.

Capítulo 9

Última etapa

Atrás quedaba el Gran Desierto y su espantosa monotonía. Atrás quedaba la tremenda aventura, y delante había un nuevo paisaje, con ciudades y jardines, con seres humanos y animales vivientes.

Sachion pertenecía a la provincia de Tangut, que era extensa, noble y rica. Por azares de todo punto inexplicables, los Polo permanecieron en esta provincia durante un año. Quizá, y es la única razón comprensible que hallamos, es que, después de la depresiva excursión por el desierto, quisieron resarcirse a conciencia, hartándose de ver gentes, de comer bien y de vivir con cierta comodidad. El caso es que permanecieron allí doce largos meses, pero, eso sí, sin parar demasiado tiempo en una misma ciudad o poblado. Recorrieron toda la provincia de punta a cabo. Sachion, Camul, Chingitalas, Succur, Ezima... fueron algunas de las muchas ciudades visitadas, sin olvidar la noble y grande ciudad de Campiciu, que era la capital de la provincia.

Ahora se nos ocurre que otra posible razón para obligarles a permanecer allí durante un año era el afán de los hermanos Polo de realizar sus magníficos negocios. Realmente sabemos que ni Niccolo ni Maffeo descuidaron por un solo instante su auténtica profesión de mercaderes, profesión que se complementaba en aquel viaje con la de embajadores del Gran Kan. La cuestión es que vivieron a sus anchas, realizando ventajosas transacciones, mientras Marco saciaba su ansia de saber.

Aprendió Marco, durante aquel año de relativa paz y vida sedentaria, los usos, costumbres y lenguas orientales, es decir, perfeccionó sus conocimientos, porque a lo largo del viaje ya había aprendido a desenvolverse con soltura. Aprendió también que en Oriente medían el tiempo por lunaciones; conoció a muchos ídolos, aunque jamás se dejó influenciar por extrañas religiones, permaneciendo fiel a sus creencias cristianas. En fin, que para los tres Polo fue un año aprovechado, pese a que seguimos sin comprender los verdaderos motivos de aquella larga pausa en la marcha.

Ezima era la ciudad de la que se partía para cruzar un nuevo desierto, en cuyo camino se invertían nada menos que cuarenta jornadas. Allí había muchos camellos y otros animales de carga, así como abundantes alimentos para que el viajero pudiese proveerse cumplidamente de todo lo necesario.



Figura 10. A lo largo de su viaje, el joven Polo aprende todas las costumbres y las lenguas orientales. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Ezima era muy rica y exuberante de vegetación. Los Polo organizaron en ella la caravana que debían conducir al otro extremo del desierto. Eran ya expertos en estas peligrosas lides. No obstante, contrataron los servicios de buenos guías y camelleros y confiaron plenamente en sus consejos. No querían exponerse a un fracaso tan amargo como el vivido. Y una vez listos los preparativos, la larga caravana abandonó el seguro refugio de Ezima para internarse en el árido desierto sin fin.

No vamos a seguirles durante las cuarenta jornadas. Ya sabemos qué es lo que sucede en el desierto. Sólo diremos que en esta ocasión, si bien la fatiga y las penalidades fueron grandes, hay que reconocer que lo fueron menos que al cruzar el Gran Desierto. Tal vez la costumbre, tal vez la experiencia, les hicieron soslayar

los peligros más destacados en un viaje desértico. Así es que volvemos a reunirnos con los Polo cuando entraron en la ciudad de Karakorum.

En Karakorum se instaló y vivió el primer Kan, llamado Cinghys. Aquí ya vivían tártaros. En todo el ambiente se respiraba, según afirmaba messer Niccolo a su hijo, la cercana influencia de la corte de Cublai Kan, que cada día estaba más próxima a ellos.

No lejos de esta ciudad estaban los Montes Altai, donde eran enterrados, siguiendo una antigua tradición, los cuerpos de todos los señores de los tártaros, aunque la muerte los hubiera sorprendido a cien jornadas de distancia. Era obligado llevarlos hasta allí. Y se cumplía.

La proximidad de la meta prometida hacía que Marco sintiera más viva que nunca su curiosidad, que las cabalgadas le pareciesen menos fatigosas, que deseara, en fin, que el tiempo transcurriese veloz.

Al salir de Karakorum entraron en la llanura de Bancu, que tenía unas cuarenta jornadas de extensión. Las gentes de allí eran salvajes, pero pacíficas, y vivían de la caza y el pastoreo. En toda la llanura hacía un frío espantoso en cuanto empezaban los primeros días de invierno. Y como en general era una llanura rica en pastos y caza, pero extremadamente pobre en telas, objetos y otros alimentos tan necesarios para el cuerpo, los Polo aprovecharon su necesidad de tener que cruzarla de punta a cabo para realizar buenos negocios. Facilitaron a los habitantes del llano todos los artículos y alimentos que les hacían falta, y recibieron a cambio riquísimas pieles y otras materias que para los nativos no tenían ningún valor, y en cambio eran muy estimados por los avispados mercaderes.

Al término de la llanura de Bancu les aguardaba una magnífica sorpresa. Apenas la larga caravana penetró en el último de los poblados, les salió al encuentro un mensajero tártaro, ricamente ataviado y seguido de una pequeña pero lujosa comitiva. El mensajero se adelantó hacia ellos y les saludó con profundas reverencias que le obligaban casi a tocar el suelo con la frente.

— Mi señor, el gran Cublai Kan — dijo —, me envía a daros la bienvenida a su país. Desea que los tres latinos gocen de perfecta salud y que los años transcurridos no hayan cambiado su afecto hacia él.

Niccolo recordó entonces que aquel mensajero era uno de los importantes barones que rodeaban en todo momento a Cublai.

— Mucho nos place que el Gran Kan haya sido tan gentil con sus humildes servidores — repuso el mayor de los Polo—. Agradecemos esta cordial bienvenida y esperamos hallar a nuestro señor con el mismo espíritu generoso con que le dejamos al partir de su lado. El Gran Kan sabe ser siempre un gran rey. Pero, dime, ¿cómo ha conocido nuestra llegada?

— Todo lo que ocurre en el país llega a oídos del Gran Kan, eso ya lo sabes, señor. Y la noticia de que vosotros estabais de camino hacia su capital le llenó de gran contento, pues mi señor creía que sus amigos latinos habían muerto en la delicada misión que les encomendó. Por eso me ha enviado, porque quiere que su pueblo conozca vuestra fidelidad y os agasaje como merecéis.

La última etapa del viaje se convirtió, pues, en un rosario de agasajos y honores que obligaba a Marco a mantener constantemente abiertos de asombro sus ojos curiosos. Las originales fiestas que se organizaban en su honor le divertían y pasmaban. Los singulares regalos que les ofrecían despertaban su ansia de conocer a fondo las costumbres tártaras, que, después de conocer tantas y tantas costumbres orientales, venían a abrir un nuevo camino en su mente. La comitiva que acompañaba a los Polo les acreditaba como amigos privilegiados del señor de los tártaros, y por eso se inclinaban a su paso en señal de respeto. Era emocionante sentirse casi venerado por aquellas gentes. Al menos así lo creía Marco Polo.

En su camino hacia Catay, la actual China, pasaron por muchas ciudades, en las que ya queda dicho les hicieron objeto de grandes festejos y honores. Erguil, Singui... En esta ciudad supo que el fragante almizcle era una especie de bolsa que ciertos animales parecidos a la gacela tenían entre la carne y la piel del ombligo. Se apresaba vivo al animal y se le cortaba esta bolsa con toda la piel. Era el mejor almizcle del mundo, según le aseguraron.

Egrigaia ; Calatia ; la provincia de Tenduc, en donde radicó la corte del Preste Juan, cuando éste fue señor de los tártaros en los comienzos de la dinastía de los Kanes, de la que Cublai era el sexto descendiente; Sindatui ; Ciagan Nor... fueron nombres que correspondían a lugares visitados por los Polo en su camino. En esta última

ciudad llamó la atención de Marco un espléndido palacio, una auténtica joya arquitectónica, modelo de grandes maravillas.

— Es propiedad del Gran Kan — le explicaron—. Tendrás ocasión de visitarlo por dentro, señor. Cublai Kan vive gustoso en Ciagan Nor y en este palacio, porque en él hay un lago y una extensa ribera donde se crían muchas grullas. Y hay también una hermosa explanada donde viven gran cantidad de faisanes, perdices y otros muchos pájaros.

— ¿Es buen cazador el Gran Kan? — preguntó el joven Polo.

— Muchísimo. La caza es su diversión favorita. Ya lo verás, señor. Cerca de Ciagan Nor hay un valle en el que el Gran Kan ha hecho construir muchos pabellones, donde hace criar infinidad de perdices reales, que luego se entretiene en cazar. Varios hombres las guardan y vigilan su crianza. Cublai es generoso cuando de la caza se trata.

Marco Polo anhelaba conocer a aquel personaje del que todos hablaban con respeto, afecto y veneración. Y este anhelo le hacía cabalgar a la cabeza de la comitiva, escudriñando el horizonte con el secreto afán de descubrir antes que nadie las puertas de la ciudad, que se abrirían de par en par para dar paso a los nobles amigos latinos del Gran Kan, entre los que se contaba por gracia de su padre. Sólo tres jornadas y la comitiva avistaría Chang-fou, la residencia veraniega en donde los aguardaba Cublai.

Capítulo 10

La corte de Cublai Kan

Corría el año 1275. Niccolo, Maffeo y Marco Polo, que entonces contaba ya veintiún años, llegaron a la corte de Cublai Kan, instalada en Chang-fou. La noticia de que los viajeros estaban a las puertas de la ciudad corrió de una parte a otra con gran rapidez. Un mensajero avisó al Gran Kan, quien se puso muy contento y hasta emocionado. Deseaba ver de nuevo a sus viejos amigos, sabios y nobles varones latinos. Inmediatamente de saber la noticia ordenó que se congregasen en su palacio todos los cortesanos, para dar la bienvenida a los ilustres viajeros.

El palacio era de mármol y piedras nobles. Estaba rodeado por una muralla de quince millas y en su interior había ríos, fuentes, prados, jardines y animales de todas clases, sobre todo ciervos, corzos y gamos.

Mientras recorrían el camino que iba desde la entrada de las murallas hasta el edificio del palacio, Marco, que cabalgaba junto al mensajero que había salido a recibirlos jornadas atrás, lo contemplaba todo con admiración. Le parecía mentira que aquel pequeño mundo pudiera ser exclusivo de un solo hombre.

— Una vez por semana el Gran Kan pasea por este prado amurallado — le explicó el mensajero—. Cuando lo hace lleva un leopardo en la grupa de su caballo. El leopardo que lleva mi señor está domesticado. Y así, cuando quiere cazar alguno de los animales que corretean por el prado, lo suelta y deja que aprese a la pieza. Luego mi señor la da de comer a los gerifaltes y halcones que están en muda, de los que tiene más de doscientos.

Marco Polo escuchaba y miraba atentamente. En un momento quería captar todos los detalles que le rodeaban. No quería perderse nada.

En cuanto los Polo pisaron el umbral del soberbio palacio fueron llevados a presencia del Gran Kan. Cruzaron infinidad de salones y estancias totalmente dorados y ricamente decorados. Por doquier se adivinaba un derroche casi imposible de imaginar. Todo era riqueza y lujo. Porque el señor de los tártaros disponía de todas las comodidades habidas en la época y lugar en que le tocó reinar. Marco Polo creía estar soñando, no podía creer que fuese real todo lo que veía. Aquello era una maravilla, algo que la mente de un occidental jamás se atrevería a imaginar.



Figura 11. Los Polo entregan al Gran Kan las cartas y mensajes papales. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Ya ante la imponente presencia de Cublai, los Polo se arrodillaron e hicieron profundas reverencias, al estilo tártaro.

— Levantaos, nobles amigos — pidió el Gran Kan— . Mucho me alegra vuestra llegada, que creí no se produciría jamás. ¿Cómo habéis tardado tanto en volver a mi lado?

— El deseo de cumplir vuestra embajada ha sido el principal culpable de nuestro retraso, señor, además de las muchas dificultades que ha ofrecido el larguísimo viaje — explicó Niccolo.

— Y dime, ¿quién es ese noble joven que os acompaña? — preguntó, señalando a Marco que se mantenía en un segundo plano.

— Es vuestro súbdito y mi hijo — contestó Niccolo, muy ufano.

— Sea bien venido a mi país. Mucho me place que hayas traído a tu hijo, amigo. Ello es muestra de que os agrada todo cuanto aquí habéis visto, hecho y oído — dijo el Gran Kan.

— Así es, señor. Por eso os prometimos volver, y lo hemos cumplido.

Luego Cublai preguntó por la embajada que les había encomendado, y los Polo le informaron detalladamente de todos sus pasos y gestiones, entregándole también las cartas y regalos del Pontífice, así como el aceite del Sepulcro de Jerusalén.

— Habéis sido unos buenos y nobles embajadores de mi persona, correspondiendo a mi confianza. Mientras permanezcáis en mi corte, cosa que deseo sea para siempre, disfrutaréis de más honores que ningún otro barón, porque los merecéis. Y lo digo aquí, delante de mi corte, para que quede bien entendido por todos.

— Gracias, señor. Tus palabras nos halagan y conmueven.

Por orden del Gran Kan se organizaron grandes y solemnes festejos en toda la ciudad de Chang-fou, para celebrar el regreso feliz de los latinos.

Cublai aprovechó algunas pausas de estos festejos para conversar con Marco, y quedó tan prendado de su sabiduría, buen decir e inteligencia clara y cultivada, que se prometió hacer uso de aquellas cualidades en bien de su persona y su reino, convirtiéndole desde aquel momento en su favorito. Marco Polo fue en adelante el personaje más destacado, incluso más que su padre y su tío, de la corte del Gran Kan.

Una vez terminados los festejos en honor de los latinos, la vida tártara volvió a la normalidad. Pero el caso es que en la corte no acababan nunca las fiestas, pues los cortesanos no tenían otra misión que agasajar y distraer de continuo al señor. Que si danzas, que si banquetes, que si luchas, que si cacerías... El palacio era una pura fiesta.

Los hermanos Polo vivían plácidamente, entregados a su pasión favorita de negociar, en cortos viajes que realizaban, aparte de las pequeñas misiones que les encargaba Cublai, siempre dentro de sus dominios, y muy cerca de su persona. En cambio, el señor de los tártaros no consentía nunca en separarse de Marco, instándole a que le hablara de Occidente y de todo cuanto sabía y él ignoraba.

Los ratos que le dejaba libre la curiosidad casi agobiante de Cublai, Marco los pasaba recorriendo aquel mundo en miniatura, del que iba descubriendo todas sus

bellezas paso a paso. Vio un soberbio palacio de cañas, recubiertas de oro, que era desmontable y que el Gran Kan habitaba durante junio, julio y agosto, los meses de más calor.



Figura 12. Una partida de ajedrez en los jardines del palacio de Cublai. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Vio las cuadras reales, donde pudo admirar los caballos y yeguas blancos como la nieve, que eran los favoritos de Cublai y de los que había miles y miles de ejemplares soberbios. Supo que la leche de aquellas yeguas blancas era bebida solamente por las personas de la familia imperial, y unas pocas personas más que contrajeron tal privilegio por méritos de guerra.

Lentamente, pero con seguridad, Marco Polo iba asimilando las costumbres tártaras y las leyes que regían en la corte. Los barones nobles se brindaban siempre gustosos a informarle acerca de lo que deseaba. Y un buen día, Marco pidió a uno de ellos que le hablara del Gran Kan.

— Como ya debes saber, Cublai significa «Señor de los señores». Es un nombre justo, porque Cublai es el más poderoso señor en gentes, tierras y tesoros de cuantos le han precedido. Todos sus súbditos nos sentimos muy orgullosos de él, porque sabe gobernar como nadie a los tártaros. Y además de buen gobernante, es excelente guerrero. Antes de reinar, lo cual no hizo hasta el año 1256, Cublai estuvo al frente del ejército, donde demostró ser un gran caballero y muy valeroso con las armas. Desde que es señor absoluto de todos los tártaros, por derecho, no ha peleado porque en el país reina la paz. Pero si alguna vez ésta se rompe y se organizan pequeñas escaramuzas, son sus hijos o los barones quienes pelean, siguiendo sus directas órdenes.

— ¿Cuántas mujeres legítimas tiene? — preguntó Marco, recordando que había visto muchas en la corte, pero sin saber su legitimidad.

— Tiene cuatro, que se llaman emperatrices. Cada una de ellas tiene su cortejo, compuesto por unas mil personas. Sí, no te asustes, señor. La corte de Cublai Kan es la más espléndida y fabulosa que puedas hallar en el mundo entero.

— ¿Y cuántos hijos tiene?

— Veintidós varones. El mayor, que era el futuro Kan, murió, pero dejó un hijo llamado Temur, y a éste le corresponde el derecho de ser Gran Kan y señor de todo el Imperio. Es un hombre sabio y valiente. De los otros hijos, siete son reyes de reinos inmensos y poderosos.

Hay que aclarar que cuando Marco Polo llegó a la corte tártara, Cublai contaba ya más de sesenta años. Así se explica que tuviera hijos y nietos mayores, capaces de gobernar por su cuenta reinos importantes.

La residencia veraniega no encerraba ya ningún secreto para Marco Polo. Conocía todos sus rincones, sus miles de servidores y cortesanos, sus costumbres, las ceremonias y ritos a realizar durante los tres meses de estancia allí, y conocía casi perfectamente el carácter del Gran Kan.

Llegó el 28 de agosto, fin de la temporada en Chang-fou. El próximo destino era Khanbalu, la actual Pekín, ciudad donde residía la verdadera corte de Cublai Kan.

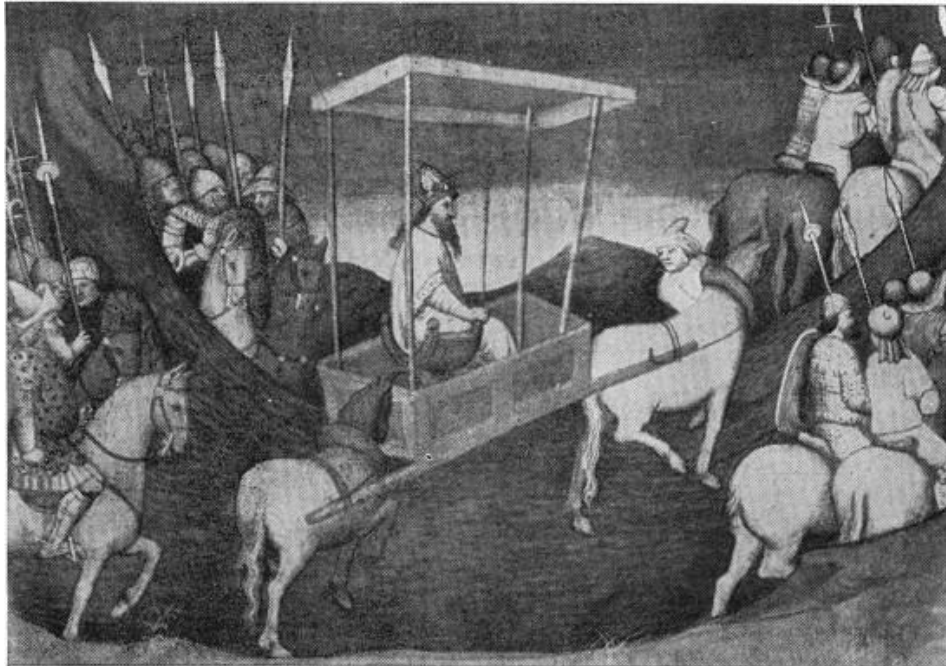


Figura 13. El Gran Kan viaja con su fastuoso séquito, a través de su imperio. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Khanbalu era una ciudad que hizo construir el Gran Kan para instalar en ella sus fabulosos palacios y riquezas. Era muy grande y estaba fortificada con muros almenados y blancos. Tenía diez puertas, y en cada una había un palacio colosal. La verdad es que Khanbalu tenía tantos palacios, que apenas se podían contar ni describir. Pero el que más llamó la atención a Marco Polo fue uno que había en el centro de la ciudad con una campana muy grande, que tocaba tres veces por la tarde. Cuando se oían sus repiques, todos los ciudadanos sabían que ya no podían circular por las calles sin una gran necesidad, como, por ejemplo, para atender a algún enfermo o cuidar a una mujer que fuese a dar a luz.

El palacio del Gran Kan merecía mención aparte. Éste era tan fantástico, que Marco Polo, en sus relatos, no encontraba palabras justas para dar una idea de su magnitud. Era un recinto cuadrado que tenía una muralla de una milla por lado. En tal perímetro se abrían varios pabellones en donde se guardaban todos los enseres necesarios para el ejército y la guerra. Había también en esta muralla varias puertas. La central sólo se abría para dar paso el Gran Kan.



Figura 14. Maravillosa fiesta que se organizó en la corte tártara para celebrar el cumpleaños del Gran Kan, y a la que asistieron los Polo como invitados de honor. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Dentro de este recinto había otra muralla, y a su alrededor se alzaban otros ocho pabellones, en los que asimismo se guardaban utensilios y enseres diversos. Y también había, claro está, varias puertas.

Entre ambas murallas se extendían bellas praderas y alamedas, con ciervos blancos, gamos, gacelas, almizcleros y otros animales salvajes y hermosos. En la parte norte

había un gran lago con variedad de peces, cruzado por un río muy ancho, pero con rejas de hierro que impedían que los peces huyesen río abajo. Más al norte se elevaba una explanada cubierta de árboles de hojas perennes.



Figura 15. El Gran Cublai Kan es transportado a lomos de blancos elefantes, en una cacería, según un grabado antiguo.

Cuando el Gran Kan tiene noticia de un árbol nuevo, extraño y bello, lo hace trasplantar con todas sus raíces y mucha tierra a esta colina — explicaron a Marco. Si el árbol es muy grande y de difícil traslado, lo hace transportar por elefantes. Ahí puedes encontrar los árboles más hermosos del mundo, por raros que sean, porque para Cublai no hay nada imposible.

Marco Polo estaba fascinado por todo lo que veía.

— A esta colina se la llama Monte Verde — siguieron explicándole— , porque el Gran Kan hizo cubrir todo el suelo con malaquita, que ya sabes es muy verde. Y aquel palacio que ves en la cumbre, señor, es para comodidad y recreo de Cublai. El que se alza a su lado es la residencia de Temur, el nieto del Gran Kan, que tiene sus mismas costumbres.

En el centro del doble recinto de murallas se erguía el edificio del palacio de Cublai. Era majestuoso, enorme, bello y original. El techo era altísimo, y todo él estaba cubierto de oro y plata, así como las paredes de salas y dependencias. En el interior

todo era riqueza, todo deslumbraba y sorprendía. El comedor era tan grande que en él podían comer hasta seis mil personas a la vez. Y tenía el palacio tantas habitaciones que había que verlo para creerlo. El tejado de palacio era de color rojo, azul, verde y otros tonos vivos, brillantemente barnizados, tanto que refulgían como el oro o el cristal. Desde lejos, resplandecía como un ascua, como un pedazo de sol arrancado del cielo y trasladado a la tierra. La mente más exaltada no podía imaginar tal obra.



*Figura 16. La tienda del Gran Kan, señor de los tártaros. (Biblioteca Nacional. Paris.)
(Fotografía de Arborio Mella.)*

En la corte de Khanbalu cada día se experimentaban nuevas emociones. No eran precisas las fechas señaladas para que Marco Polo sintiera despertarse su curiosidad por algo nuevo y distinto en cada jornada. Pero no cabe duda que las fechas en que se celebraba algo especial, Khanbalu se convertía para Marco Polo en una ciudad de cuento. Y así sucedió en el cumpleaños del Gran Kan, con un despliegue fastuoso de cortesanos y súbditos, reunidos en originales ceremonias. Y lo mismo ocurrió en la llamada Fiesta Blanca del primero de febrero, día en que los tártaros celebraban el principio de año. Era la Fiesta Blanca algo así como el actual árbol de Navidad o día de Reyes celebrados en Occidente. Todo el mundo se regalaba y se deseaba salud y

prosperidad. Pero en el país de Cublai todo era celebrado sin poner límites a la imaginación. Por eso la Fiesta Blanca era algo indescriptible. ¡ Ah! Y no hay que olvidar que aquel día todo era blanco como la nieve. Vestidos, adornos, regalos, caballos... Khanbalu se vestía de pureza para recibir el nuevo año.

— Los tártaros saben vivir, padre — dijo Marco a Niccolò— . Occidente jamás celebrará fiestas y banquetes como los de hoy. Cublai Kan ha derrochado una verdadera fortuna, un tesoro que podría mantener durante varios años a toda una ciudad europea sin que nadie trabajase.

¡Es fabuloso! Oro, plata, perlas, sedas, cristales, vajillas, caballos, elefantes, manjares, bebidas, diversiones, nobles, plebeyos y soldados... Todo se contaba por miles.

— Oriente es muy rico, Marco, mucho más de lo que creen nuestros compatriotas. Y el día que podamos contar todo lo que hemos visto, dirán que mentimos o que somos locos. Realmente es difícil de creer tanto esplendor.

El arte de la cacería era otro punto impresionante en la corte tártara. Cublai poseía miles y miles de leopardos, lobos cervales, leones, águilas y mastines, amaestrados todos para la caza de toda clase de animales, por salvajes y grandes que fueran. Ninguno que fuese deseado por el Gran Kan escapaba de las zarpas, garras o colmillos de estas fieras que Cublai dominaba con tanta maestría como a los hombres. El espectáculo de una cacería era sobrecogedor.

Y para cuando quería cazar pájaros en la ribera, tenía miles de gerifaltes, halcones y azores que le obedecían ciegamente. Estas cacerías de aves tenían lugar en Tarcarmodu, donde, por arte del inimitable poder del Gran Kan, surgía una gigantesca ciudad para instalar a Cublai, a su séquito y a todos los halconeros y oficiales con sus familias. No era un campamento corriente, sino que estaba construido a base de maderas olorosas, dorados, pieles de león, de armiño y de cebellina. Es decir, que ni en los campamentos de caza se olvidaba Cublai de que su corte era la más suntuosa que existía en el mundo entero.

Poco más queda por decir acerca de lo mucho que vio y aprendió Marco Polo en la corte de Cublai Kan, salvo que la organización tártara era perfecta. Todo en ella estaba previsto. Se disponía en Khanbalu de una Casa de la Moneda, en donde se socorría al necesitado. El Gran Kan vigilaba constantemente, por medio de sus

mensajeros, la buena marcha de las haciendas de todos sus súbditos. Si por alguna causa sufrían perjuicios materiales, él los indemnizaba para que nadie muriese de hambre o frío. Cublai no quería desgracias en su Imperio. En la misma ciudad de Khanbalu socorría diariamente, durante todo el año, a más de treinta mil familias pobres. Jamás negaba el pan a nadie que acudiese a pedirlo. De este modo reinaba en todo el país la más completa alegría, y todos veneraban al gran señor de los tártaros como a un verdadero ídolo.

— ¡Cuántos reyes de Occidente quisieran esta fidelidad de sus súbditos! — decía Marco, hablando con su padre y tío.

— Con todo su atraso respecto a nuestra civilización, los tártaros nos dan una buena lección que muchos deberíamos aprender — afirmaba Niccolo, cada día más satisfecho de vivir en la corte de Cublai Kan.

Capítulo 11

Embajador del Gran Kan

A los veintidós años Marco Polo conocía ya perfectamente las costumbres, lengua y escritura tártaras. Era un hombre de gran talento, sagaz y hábil en el trato con toda clase de gentes, fuesen de elevada categoría o simples soldados y humildes mercaderes.



Figura 14. Marco Polo en presencia de Cublai, rodeado de la fabulosa corte. (Cuadro de Tranquillo Cremona. Galería de Arte Moderno. Roma.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Con la gran libertad que disfrutaba en la corte y el trato especial que le dispensaba Cublai, el joven Polo había observado que éste estaba seriamente disgustado con los diversos embajadores que mandaba a solventar asuntos en regiones alejadas de su Imperio, a las que el propio Kan no había ido ni iría nunca. Estaba disgustado porque a su regreso les hacía mil preguntas acerca de todo lo relativo a sus súbditos y reinos, a fin de hacerse una idea de lo que no conocía. Pero los embajadores, poco hábiles y menos observadores, no sabían dar razón de nada, excepto del asunto que les había llevado a tan lejanos lugares. Cublai Kan montaba en cólera y aseguraba furioso que aquellos embajadores eran tontos de remate. Y

por más que se esforzaba en hacerles comprender que deseaba conocer las costumbres de su país y saber todo cuanto sucedía y existía en él, los embajadores fracasaban en su intento una y otra vez.



Figura 18. Marco Polo, de regreso de una de sus embajadas, da cuenta al Gran Kan de todo lo que ha hecho, visto y oído. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Marco Polo se decía a sí mismo que no era tan difícil complacer los deseos del señor, porque al tiempo que se aprendía para informar a Cublai, se aprendía para uno mismo. Y eso era tan bello que bien valía la pena de pasar la vida viajando,

sólo por conocer y ver cosas nuevas. Y pensaba, además, que de buena gana ocuparía el lugar de aquellos inútiles embajadores para recorrer las inmensas tierras del Gran Kan y narrar luego todo lo visto y oído.

Un buen día, Marco Polo recibió la orden de presentarse ante Cublai. Y Marco, como súbdito que era desde que vivía en la corte, acudió.

— Desde que estás a mi lado has demostrado una gran sabiduría e inteligencia que mucho me han satisfecho — comenzó el señor—.

Vives para aprender, y eso me agrada, porque también a mí me domina la misma inquietud, como ya sabes. Me agrada saber siempre cosas nuevas acerca de mi Imperio, a muchos de cuyos rincones no he llegado nunca, ni creo llegar a causa de mi edad avanzada. He pensado largo tiempo cómo resolver este deseo infinito de saber, que mis embajadores no saben calmar, y al fin he pensado que tú podrías cumplir las misiones de confianza, las más delicadas que requiere mi gobierno.

Los ojos de Marco Polo se iluminaron. Hacía un año largo que permanecía inactivo en la corte, y ya estaba deseando emprender nuevos viajes. Las palabras de Cublai le abrían esta posibilidad. Podría viajar con todas las ventajas de su parte.

— Tus palabras me hacen gran honor, y puesto que depositas tu estimada confianza en mi persona, procuraré servirte con la máxima lealtad, inteligencia y exactitud.

— No lo dudo, Marco Polo. Más tarde te daré detalles sobre la primera embajada que has de realizar. Ahora puedes retirarte para disponer el viaje, y ten en cuenta que será largo. Pide cuanto quieras, que en todo serás obedecido y complacido.

— Gracias, señor. Con tu permiso, me retiro.

Tras una respetuosa reverencia, Marco Polo abandonó el salón del trono. Y apenas estuvo fuera de él, echó a correr como un niño, cruzando como un rayo los salones y estancias ante el asombro de los demás cortesanos. Llegó a sus aposentos lujosos, y allí encontró a Niccolo y Maffeo, a quienes contó con todo detalle su entrevista con Cublai. Los hermanos Polo se emocionaron mucho al comprobar el afecto en que tenía el Gran Kan al joven Marco, y se sintieron muy orgullosos del muchacho.

Marco Polo comenzó a disponer todo lo necesario para aquella su primera embajada, la primera de una larga serie que tachonarían de rotundos éxitos los diecisiete años que permaneció en la corte de Cublai.

Resulta del todo punto imposible, por falta de datos exactos, seguirle paso a paso en todas las expediciones, detallando cada una por separado. En capítulos aparte le acompañaremos en estos viajes haciendo un relato general y seguido, como si se tratase de una única expedición a través de las muchas tierras visitadas. Porque de todas ellas dejó constancia en su Libro, pero sin especificar en qué embajada las vio y conoció sus costumbres.

Lo que ahora haremos es verle partir al frente de una lujosa comitiva, acreditado como embajador del Gran Kan, respetado y venerado como un gran señor. Y luego daremos un salto en el tiempo, un salto de seis meses, y volveremos a encontrarle cuando regresaba a palacio, una vez cumplida la primera embajada.

Marco Polo, con toda la pompa de un noble señor, como a su partida, se presentó en el salón del trono, donde aguardaban Cublai Kan y sus cortesanos. El joven viajero llevaba escrito en sus diarios y en su memoria todo lo visto y oído en su expedición. Después de saludar respetuosamente, pasó a dar cuenta del resultado de la misión que Cublai le encargó, y luego comenzó a narrar con palabra fácil y desenvuelta todas las maravillas conocidas en los seis meses. Estuvo hablando durante varias horas. Tanto el Gran Kan como los cortesanos escuchaban en silencio, sin apenas atreverse a respirar para no romper el encanto de los relatos del joven Polo. Tan bien y tan bello relataba.

Cuando hubo terminado, el Gran Kan estalló en un sinfín de felicitaciones que reflejaban la profunda admiración que le inspiraba Marco.

Y también dio permiso a los cortesanos para que expresaran su opinión, pues ninguno podía hablar sin el consentimiento del señor. El salón del trono se llenó de voces entusiastas y aclamaciones. Marco Polo era el héroe de la corte tártara.

— Ninguno de mis embajadores supo nunca cumplir tan perfectamente una misión — dijo el Gran Kan, después de ordenar silencio—. Y es tanta mi satisfacción, que te nombro mi primer embajador, para lo que disfrutarás de los más altos honores y privilegios que jamás se han concedido en mi corte. Marco Polo, desde hoy eres el primer personaje de Khanbalu.

— Agradezco tu infinita bondad, señor, y sólo puedo corresponder diciendo que será un honor para mí servirte como hasta hoy y cumplir con la mejor voluntad las embajadas que tengas a bien encargarme.



Figura 19. Entre las quinientas deidades de Cantón, figura esta estatua, que, según una tradición china, representa a Marco Polo.

A partir de aquel momento, las embajadas se sucedieron de manera continua. Apenas permanecía en la corte. Marco Polo llegó a conocer en estos viajes toda Asia, excepto Arabia, Siberia y Japón, aunque también de este último dio noticias con el nombre de Cipango.

Su fama se extendió por el Imperio. De tal modo se hizo conocido el nombre de Marco Polo, que en la actual Asia se sigue recordando y venerando mucho más que en Occidente. En las tierras que pisó por aquel entonces se levantan monumentos y arcos en su nombre, y existen calles que ostentan el título de Marco Polo como un

honor inestimable. Así como para Occidente fue sólo un excepcional viajero, para Oriente fue un hombre extraordinario, un personaje único, casi un ídolo para todos. Marco Polo no morirá jamás en Oriente.

Durante su estancia en la corte del señor de los tártaros, éste le concedió tantos honores que los cortesanos y demás embajadores relegados sintieron nacer gran envidia en su corazón. Marco Polo tuvo que ser muy prudente para evitar las intrigas palaciegas y no provocar serios contratiempos en la corte, que hubiesen disgustado al siempre justo, noble y sabio Cublai Kan.

Capítulo 12

Por tierras de China

Vamos ahora a realizar el viaje prometido. Tal como hemos dicho, imaginaremos que Marco Polo hizo un larguísimo viaje a través de todo el Imperio tártaro, en vez de varias expediciones más o menos cortas.

A unas diez millas de Khanbalu, cabalgando hacia poniente, Marco Polo y su séquito llegaron al río Pulisanghin. Estaba cruzado por un soberbio puente de mármol, por el que iban y venían constantemente los mercaderes con sus ricas caravanas. Estos mercaderes, cuando veían al joven latino, se arrodillaban y tocaban el suelo con la frente, igual que si viesen al más noble de los señores tártaros. Tal era el respeto que le tenían. Pero Marco, que era sencillo y afable, hablaba con todos y se preocupaba por sus problemas y sus negocios.



Figura 20. Marco Polo en uno de sus viajes por mar, al realizar una embajada para el Gran Kan. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

¡Cuántas veces, al ver a algún anciano mercader que apenas se sostenía sobre sus flacas piernas, Marco desmontó y le obligó a cabalgar sobre su propia montura para cruzar algún lugar difícil o inhóspito!

Dejando atrás el fantástico puente sobre el Pulisanghin, llegaban las ciudades de Giogui y de Tianfú, con hermosos poblados en sus alrededores, viñas, árboles frutales, abundantes morales, criaderos de gusanos de seda, abadías, albergues y gentes comerciantes y artesanas.

Millas y millas de paisaje espléndido, rico y exuberante. Y la noble comitiva vio cortado su paso por un nuevo río. Era éste el Caramoran, nombre mogol del Río Amarillo u Hoang-Ho, río muy caudaloso que sobrecogió el ánimo del joven explorador. El Caramoran era tan ancho que no se podía cruzar por puente alguno. La única solución era hacerlo en embarcaciones especiales, que para tal caso estaban dispuestas en las riberas. Así, pues, Marco Polo y su comitiva se instalaron en las navecillas, y los vigorosos remeros comenzaron a impulsarlas río adentro. Parecerá mentira si decimos que el viaje fluvial de una orilla a otra duró dos días, pero es cierto. El Caramoran era muy ancho, ya lo hemos dicho.

A todo lo largo de las márgenes del río se alzaban muchas ciudades y poblados pintorescos, y en las siempre frescas y verdes riberas crecía en abundancia el jengibre y vivían infinidad de pájaros exóticos. Mientras duró el viaje y en todo lo que le alcanzó la vista, Marco Polo admiró este hermoso paisaje, lleno de vida y paz.

Pero la tranquilidad del viaje fluvial se vio truncada por un suceso desagradable que llenó de consternación a Marco y su comitiva. Fue al llegar la primera noche. Marco se retiró al pequeño camarín que había a bordo para descansar, y lo mismo hicieron los demás nobles en sus respectivas navecillas. También algunos de los guardias y remeros estaban durmiendo, mientras los de turno seguían remando y vigilando. La noche era clara. En el cielo brillaban algunas estrellas. Y el ambiente era bastante caluroso, sin llegar a la exageración. Todo era silencio. Sólo el batir de los remos en el agua interrumpía aquella bendita paz. Y sólo algún que otro chillido de las aves llegaba desde las lejanas orillas, pero tan apagado que apenas se distinguía.

De pronto, y cuando menos se esperaba, el aire se rasgó con un grito angustioso. En el primer momento se creyó que era uno de esos chillidos de las aves. Pero no. El grito había sido humano y se oyó muy cerca. Marco Polo y el resto de los barones salieron fuera de los camarines e indagaron. En la obscuridad de la noche era difícil

saber qué sucedía. Pero pronto se dieron cuenta de que en una de las navecillas reinaba una agitación anormal.

— ¡Pronto! ¡Acercaos a esa nave! — ordenó Marco a sus remeros—. ¡Quiero saber qué sucede ahí!

Los remeros obedecieron en seguida. El timonel viró el rumbo, y la nave se acercó rápidamente a la otra. Cuando aún las separaba bastante distancia, Marco Polo dio un gran salto y cayó en la cubierta de la nave agitada por algún suceso importante.

— ¿Qué ha ocurrido? — preguntó inquieto.

La respuesta fue señalarle a un hombre, uno de los remeros, que yacía en tierra. Pero sus ojos se agrandaron de terror cuando vieron que en el cuello del infeliz había enroscada una serpiente que parecía mirarles a todos con la sarcástica ironía del que acaba de vencer en una peligrosa lid y muestra orgulloso su trofeo.

— ¿Y por qué no le quitáis de encima ese bicho? ¡Hay que salvarle en seguida! — gritó.

— Está muerto — respondieron a coro, como un canto fúnebre

La serpiente, al parecer, no era venenosa, pero con la fuerza de su cuerpo anillado era capaz de estrangular con pasmosa facilidad. El pobre remero descansaba tranquilamente. Nada hacía sospechar que en la navecilla se había colado semejante enemigo. Lo más seguro es que cuando estaba amarrada en la orilla, la serpiente se deslizó en su interior y permaneció escondida en cualquier rincón hasta que llegase el momento de hacer su fructífera aparición. Sorprendió al pobre hombre, quien no despertó hasta que el viscoso cuerpo de la serpiente había ya hecho presa en su cuello y era demasiado tarde para salvarse. Fue horrible. Y lo peor es que nadie se atrevía a matar al bicho, por temor a ser nueva víctima de sus peligrosas bromas.

Marco Polo comprendió que era preciso actuar rápidamente si no querían que la serpiente abandonase el cuello del muerto y se colocase en algún otro rincón del que fuese imposible sacarla. Lentamente se acercó hacia el muerto, con sus ojos fijos en el bicho que cada vez se erguía con más altivez.

— ¡Cuidado, señor! ¿Qué vas a hacer? — le preguntaron los de su séquito, muy asustados.

Marco no respondió. Siguió avanzando poco a poco. Dominaba sus nervios y su miedo, tensaba todos sus músculos, preparándose para cualquier imprevisto. La serpiente se erguía y erguía, como intuyendo el peligro. Con rápido movimiento, Marco Polo agarró con fuerza el escurridizo cuerpo de la serpiente, que con la misma rapidez se le enroscó a todo lo largo del brazo. Los guardias del séquito hicieron acción de acudir en su ayuda, pero un gesto de la cabeza de Marco les obligó a permanecer quietos. En la mano del joven explorador brillaba el filo del cuchillo que siempre llevaba al cinto, y antes de que la serpiente apretara su brazo impidiendo que la sangre de Polo circulase, éste se armó de serenidad y cortó en redondo la sibilante cabeza del bicho que aún se erguía desafiadora. Todo ocurrió en unos segundos.

Tan pronto como la asquerosa cabeza cayó al suelo, la presión del cuerpo anillado desapareció y Marco Polo lo lanzó por la borda al agua. En seguida se le acercaron los guardias y demás nobles, y uno de los remeros, hombre fuerte y bregado, dio un sabio masaje en el brazo de Marco, avivando la circulación.

El doloroso incidente acabó así. El cuerpo del muerto fue cubierto con mantas, en espera de que se le pudiera enterrar en la orilla.

El resto del viaje por el río no tuvo más sucesos destacados. Pero en todas las embarcaciones se comentaba con fervor la valentía y serenidad del joven embajador, que tan limpiamente supo salvar lo que podía ser un gran peligro. Y es que Marco Polo era así: un aventurero de corazón generoso y noble.

Al otro lado del Caramoran, cuando Marco Polo y su comitiva desembarcaron, tras el hermoso y a la vez desdichado viaje de dos días por el río, se hallaron en el reino de Quengianfu.

Ceñía la corona por aquel entonces un hijo del Gran Kan llamado Mangalai, quien recibió con todos los honores al embajador de su padre. Huelga decir que la corte de Mangalai era digno reflejo de la de Cublai. Palacio maravilloso, tesoros incalculables, salones de oro bruñido, decoraciones fantásticas, fuentes de colores, jardines de ensueño...

Tras el alto en la corte de Mangalai, la comitiva se puso de nuevo en marcha. Cuncum, Ambalet Mangi...



Figura 21. Marco Polo hablando con uno de los reyes sometidos a Cublai, en uno de sus viajes de inspección. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

En esta provincia abundaba la caza mayor. Marco Polo y su séquito se entregaban con placer a grandes cacerías que estaban cuajadas de pequeños sucesos emocionantes, como aquel en que el propio Marco se perdió en una espesura persiguiendo a un oso, al que estaba seguro de haber herido. Cabalgó largas horas en persecución de la pieza, y finalmente la halló tendida en tierra, en medio de un gran charco de sangre. Cuando Marco se acercó muy ufano a comprobar su puntería, para después tocar el cuerno y dar aviso a los monteros para que vinieran

a buscar la pieza cobrada, recibió la más desagradable de las sorpresas. Apenas tocó con la diestra el pecho herido del animal, éste se irguió bruscamente, como si el contacto de su mano le despertase de un sueño. Marco se echó hacia atrás, pero el oso se le acercó al tiempo que gruñía amenazador. Mas el pobre animal había perdido mucha sangre y pudo soportar por poco tiempo su actitud hostil. Las patas le flaquearon y nuevamente dio con su corpachón en el suelo, momento que Marco aprovechó para rematarle con su cuchillo.

— ¡Uffff! ¡Vaya susto que me ha dado! — exclamó Marco, secándose el sudor de la frente.

Una vez repuesto de este susto pasajero, tocó el cuerno y los monteros llegaron al instante, cargando en una parihuela de cañas el cuerpo del oso. Fue un pequeño suceso sin consecuencias, pero muchos como éste ayudaban a llenar de vida y aliciente la existencia viajera de Marco.

¡Ah! Y también hay que decir que todas estas jornadas de caza acababan con espléndidos banquetes, en los que se daba buena cuenta de las piezas cobradas. Así es que todo acababa alegremente, por fortuna. Sindafu fue otra provincia visitada, con su pintoresco mercado instalado en un soberbio puente de mármol que se tendía sobre las aguas dulces de un ancho río. Para cruzar este río había que pagar tributos de peaje, y también para vender mercancías en su zoco, todo lo cual iba a llenar generosamente las arcas repletas de Cublai. Después de Sindafu y de Tibet se encontraban una porción de aldeas miserables, arruinadas por una reciente guerra que tuvo lugar en aquellos contornos. Tan miserables eran, que Marco Polo ordenó pernoctar en un campamento levantado en las afueras, seguro de que disfrutaría así de más comodidades que refugiándose en alguna posada. Y apuntó muy bien en su memoria que era preciso informar ampliamente al Gran Kan acerca del estado de aquellas aldeas, para mejorar su situación.

Era ya de noche y todos se disponían a cenar y dormir. Varios hombres, dirigidos por un guía nativo, cortaron gruesas cañas de bambú y encendieron un buen fuego. Apenas las llamas prendieron en las cañas se organizó tal estallido que los guardias, nobles y demás hombres del séquito corrieron despavoridos de un lado a otro del campamento, empuñando sus armas y preguntándose qué sucedía.

— ¿Qué significa esto? — gritó Marco saliendo de su lujosa tienda.

— No hay que alarmarse, señor — le dijo el guía nativo—. Estos estampidos provienen de la fogata que hemos encendido. Es que las cañas son verdes, ¿sabes, señor?, y el fuego las retuerce y las hace estallar con ese estrépito que tanto asusta y que se escucha hasta cinco millas más lejos de aquí. Los nativos ya no hacemos caso al oír tales ruidos.

— No comprendo por qué no habéis quemado cañas secas — dijo Marco, un tanto airado con el guía que tan sumiso se le explicaba.

— Se hace ex profeso el quemar las verdes, señor. Con el estrépito que arman, asustan a las fieras y evitan que ataquen el campamento. Hay muchas fieras salvajes por estos contornos, señor.

— Podías haber avisado antes, muchacho — sonrió Marco—. Esta es una costumbre curiosa que desconocíamos. Por lo menos creí que nos atacaban miles de enemigos... ¡Vamos! ¡Todos a sus puestos! ¡No ha sido nada!

¡Ah! Pero la tranquilidad fue sólo momentánea, porque no tardaron en darse cuenta los guardias del séquito que los caballos, asustados por el estruendo, habían roto las cañas del cercado y habían escapado enloquecidos a través del bosque. Por suerte no fueron todos, sino unos pocos, los que estaban en el cercado más próximo a la hoguera. Los hombres se lanzaron en su persecución. Fue una tarea larga y laboriosa, con algunos percances de poca importancia, pero al fin se logró reunir nuevamente a todos los fugitivos y encerrarlos en el cercado, recién reparado y reforzado. Pero como el bambú seguía crepitando, los caballos se alborotaban y amenazaban con saltar otra vez el cerco.

Marco interrogó al guía, y éste, ayudado por varios hombres, puso el remedio que todos los mercaderes empleaban, pero que él había olvidado de indicar antes. Ataron las cuatro patas de todos y cada uno de los caballos, les vendaron los ojos y les taparon las orejas. Así el bambú podía hacer de las suyas, porque ellos no se enteraban de nada, y si se enteraban no podían escapar.

Y después de acostumbrarse al estrépito de tan original defensa, el campamento entero durmió plácidamente, porque ninguna fiera se atrevió a turbar su descanso. A la mañana siguiente, continuó el peregrinaje de Marco Polo y su séquito. Y en todos los altos que hicieron a campo abierto, en aquella peligrosa región de Tíbet emplearon la curiosa y sencilla arma de los bambúes verdes.



Figura 22. Varios de los animales descritos por Marco Polo en su Libro de Viajes. (Biblioteca Nacional. Paris.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Gaindú, Caragia, Lad... He aquí nuevas provincias y ciudades. Todas muy ricas. Pepitas de oro en los numerosos ríos, ricos corales, magníficas perlas extraídas de un gran lago, soberbias turquesas incrustadas en una gigantesca montaña, importantísimas salinas...

En Caragia, reino gobernado por un hijo del Gran Kan, que recibió espléndidamente a Marco, y en su misma capital, el joven Polo fue espectador de algo insólito para él.

Cabalgaba con algunos oficiales de su séquito cuando pasaron cerca del tenderete de un carnicero que estaba despedazando en aquellos momentos un cordero. Marco vio que un anciano mendigo se acercaba al tenderete y alargaba la mano pidiendo limosna. Cuando del pecho abierto del cordero salió el hígado, el carnicero lo cortó y lo entregó al mendigo, quien se lo comió en un abrir y cerrar de ojos, sin más aliño que la sangre que chorreaba.

— ¿Qué porquería está haciendo ese hombre? — preguntó horrorizado Marco al carnicero.

— Es la costumbre, señor — respondió el hombre—. En nuestra región la carne se come cruda. Te aseguro que es un bocado excelente. Es la manera de que conserve toda su substancia, sin que el fuego le robe su parte.

— Pues ha sido muy repugnante ver a ese anciano comerse el hígado recién salido del animal muerto — replicó Marco, con el estómago revuelto.

— Hay otros que la condimentan con salsa de ajo. Y los nobles se la hacen picar muy menuda, la sazonan con especias y se la comen tan ricamente. Si probaras la carne cruda te agradecería mucho, señor.

— No, amigo mío, prefiero un buen asado — sonrió Marco, alejándose del tenderete, donde quedó el carnicero sin comprender que a alguien pudiera gustarle más la carne asada que cruda. ¡Cuestión de costumbres!

Y la lujosa caravana, después de aquel descanso en la capital de Caragia, en el propio palacio del rey, prosiguió su camino por las tierras de China.

La próxima etapa fue Zardandan. Apenas entraron en la ciudad, a Marco Polo le llamó la atención ver a las mujeres cargadas con cántaros, conduciendo carros, guiando varios animales, tejiendo, vendiendo en las puertas de su casa, en una palabra, trabajando en todos los oficios. Mientras que, por el contrario, los hombres paseaban, jugaban, charlaban y reían tranquilamente. Marco preguntó a uno de aquellos hombres.

— En esta región trabajan sólo las mujeres, señor — le respondió el interrogado—. Lo hacen ayudadas por los esclavos que ponemos a su disposición. Los hombres somos, caballeros y sólo podemos servir en el ejército. Cuando no hay guerra, no tenemos trabajo.

— Y el oro que lleváis en los dientes, ¿qué significa?

— Símbolo de nobleza, señor. Todos los hombres llevamos los dientes enfundados en oro. Las mujeres no pueden hacerlo así.

Marco Polo se despidió del buen hombre, quien le saludó con profundas reverencias, y se alejó sonriendo divertido. La verdad es que descubría costumbres para todos los gustos. Unas resultaban repulsivas, como la de comerse la carne cruda tan a lo vivo, otras en cambio eran de lo más pintorescas.

Millas y más millas, jornadas y más jornadas. Unas eran agradables y bellas, con recuerdos bonitos; otras eran difíciles y penosas, con sucesos desdichados. Mien, con su soberbio mausoleo de oro y plata dedicado a la memoria de un difunto rey; Bengala, ciudad que estaba a punto de someterse al Gran Kan; Chaugigu, con sus hombres y mujeres totalmente tatuados para aparecer más hermosos; Amu, con sus mujeres que llevaban en brazos y piernas brazaletes de oro y plata riquísimos, y con sus hombres que los llevaban aún más valiosos; Toloma, con sus nativos de piel muy morena y de espíritu guerrero. Todos estos eran nombres que quedaban grabados para siempre en la mente de Marco Polo, porque en todos esos lugares vivió horas inolvidables.

Estas últimas provincias y ciudades lindaban ya con la India. Tal vez por eso sus características semejaban a las de los indios. Marco Polo las recorrió en el transcurso de varias expediciones, en las que siguió siempre el mismo rumbo. Pero visitó otras muchas ciudades en la dirección contraria a la que hasta ahora hemos seguido. Volvamos hacia atrás y hallaremos nuevas rutas y nuevos horizontes, abiertos a la curiosidad del viajero infatigable.

Cianglu, Cinangli, Codifu, Singiu-Matu, Lingiu, Pigni, Yule Siju... eran otros nombres que añadir a la larga lista de las ciudades conocidas por Marco Polo, y en las que siempre hallaba curiosidades dignas de ser relatadas luego a Cublai, con gran deleite de éste.

A dos jornadas de Yule Siju se encontraba el río Caramoran, que ya conocemos bien. ¿Recordáis el incidente de la serpiente? ¿Y recordáis también el buen efecto que causó el valor del joven Polo? Pues bien, cruzando el Caramoran por otra parte distinta a la que entonces conocimos, se hallaba la poderosa región de Mangi, una de las mejores que poseía el Gran Kan. Todas sus ciudades eran inexpugnables, porque estaban rodeadas de fosos anchos y profundos. Marco Polo tuvo que visitar con frecuencia esa región, porque era una de las favoritas de Cublai y vigilaba muy de cerca todo lo que a ella concernía, para lo que confiaba a Marco, continuas e importantes embajadas.

Coingangiu, Pauchin, Cayu, Tigiú, Tingiu... Esta última ciudad del Mangi era grande, bonita y rica. De ella dependían otras veintisiete ciudades, todas de gran importancia comercial. Marco Polo tuvo ocasión de conocer muy a fondo esta ciudad

de Tingiu, porque el Gran Kan le nombró gobernador de ella, cargo que ocupó durante tres años con gran satisfacción de Cublai, cada día más orgulloso de contar con la ayuda y la amistad de Marco.

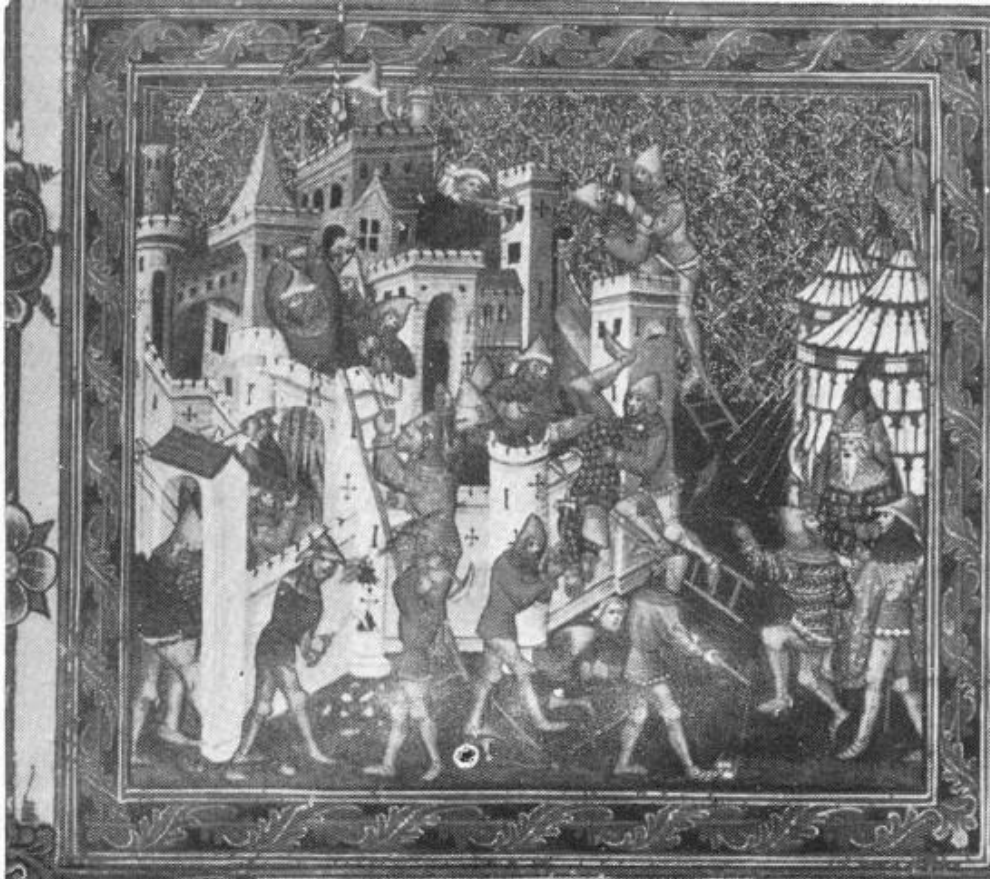


Figura 23. Los soldados de Cublai atacan la ciudad de Saianfu, de la provincia del Mangi, todavía no sometida. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Porque Cublai parecía haber olvidado por completo que él era un extranjero, que había llegado de tierras lejanas. Sí, Marco Polo había asimilado con tanta inteligencia las costumbres y lenguas tártaras, que el propio Kan aseguraba que era más eficaz su colaboración que la de muchos barones naturales del país. Por eso no es de extrañar que, además de las importantes embajadas a que le enviaba, le confiase también los cargos de gobernador, almirante y otros varios, sin tener en cuenta su calidad de extranjero.

Y tampoco es extraño que a lo largo de los años que estuvo a su servicio, le encargase la peligrosa misión, llena de responsabilidades, de atravesar por dos veces, con un destacamento de tropas, las cordilleras que separan Yunnan de Birmania, aun en la actualidad poco seguras.

Y sigamos con nuestro itinerario. ¡Ah! Ahora vamos a penetrar en una ciudad muy importante, en cuya conquista tuvieron parte activísima y eficaz Niccolo, Maffeo y Marco Polo. Era la ciudad de Saianfu, de la que dependían otras doce, tan ricas como ella.

Vamos a hacer un poco de historia. Todo el Mangi se había rendido al poder del Gran Kan, pero la ciudad de Saianfu seguía inconquistada. Estada sitiada, pero sólo por el lado norte, pues por el sur estaba defendida por un lago muy profundo, que procuraba a la ciudad abundante comida para que fuese imposible rendirla por hambre. En este estado absurdo de sitio se mantuvo durante tres años, sin dar trazas de querer rendirse. Cublai Kan, acostumbrado a vencer rápidamente todas las situaciones difíciles, por imposible que pareciesen, estaba furioso ante la firmeza inquebrantable de Saianfu. Estaba tan cansado de esperar sin resultado, que iba a dar orden a su ejército de que se retirase, para esperar mejor ocasión de conquistarla o buscar otra solución. Pero he aquí que intervinieron los tres Polo.

— Señor — dijo Marco, entrando un buen día en el salón del trono, seguido por Niccolo y Maffeo—, en uno de los últimos viajes que han realizado mi padre y mi tío a través de tu Imperio, conocieron a un cristiano nestoriano, que es inteligente e ingenioso. Le invitaron a venir a tu corte, porque creyeron que en algún momento podía serte útil. Hasta hoy no han querido molestarte ni han creído oportuno presentarte al cristiano, pero ahora creemos que ha llegado el momento de emplear sus servicios.

— Explícate — apremió Cublai, muy interesado—. Ya sabes que confío plenamente en tus palabras e ideas.

— Gracias, señor — murmuró Marco, inclinándose ligeramente. Pues bien, este cristiano ha dado en muchos momentos pruebas de gran lealtad y profunda amistad, así como de agradecimiento por el buen trato que siempre le hemos dado. Por eso pensamos que ahora pondrá toda su inteligencia a tu servicio, si así se lo pedimos. Sabemos que el cristiano es capaz de construir unas máquinas de guerra

que siempre dan la victoria, o al menos así lo afirma él. Sólo esperamos que des la orden y en seguida empezará a trabajar.

Como es lógico, Cublai dio la orden inmediatamente, dando instrucciones para que fuesen facilitados al cristiano todos los materiales que necesitase. El buen hombre comenzó a trabajar a ritmo rápido. Tenía a sus órdenes una brigada de obreros que le obedecían en todo. Cublai, los Polo, los cortesanos y el ejército estaban intrigadísimos. Deseaban ver pronto aquellas máquinas desconocidas por ellos.

Pasaron los días, y al cabo quedaron terminadas tres máquinas, que no eran otra cosa que catapultas rudimentarias, pero de proporciones gigantescas, pues podían disparar piedras hasta de trescientas libras. El cristiano hizo algunas demostraciones en una extensa llanura, y Cublai quedó maravillado de los efectos de aquellos extraños artefactos. Así es que dio orden inmediata de que fuesen trasladados a las puertas de Saianfu, emplazadas en lugares estratégicos y empleadas sin pérdida de tiempo.

Cuando comenzaron a dispararse las máquinas, las tres a un tiempo, Saianfu se vio ametrallada por una lluvia de piedras enormes. Los edificios caían convertidos en ruinas, y eran muchos los que perdían la vida bajo los escombros o bajo el mismo peso de las piedras disparadas. Esto era muy distinto del cerco pacífico que hasta entonces había impuesto el ejército del Gran Kan a la ciudad. Las gentes se aterrorizaron ante aquel terrible peligro que significaban los ataques de unas máquinas que desconocían y a las que no sabían cómo combatir. El gobernador y sus consejeros se reunieron, y tras largas deliberaciones, decidieron entregar la ciudad a Cublai Kan, tal como habían hecho todas las demás.

El éxito fue del cristiano nestoriano y de sus impulsores, los Polo. El Gran Kan estaba tan satisfecho, que colmó de honores al primero y concedió muchos más privilegios de los que ya disfrutaban a los segundos. Además, la victoria se celebró con grandes fiestas y banquetes, señalando en la historia de Cublai una fecha importante.

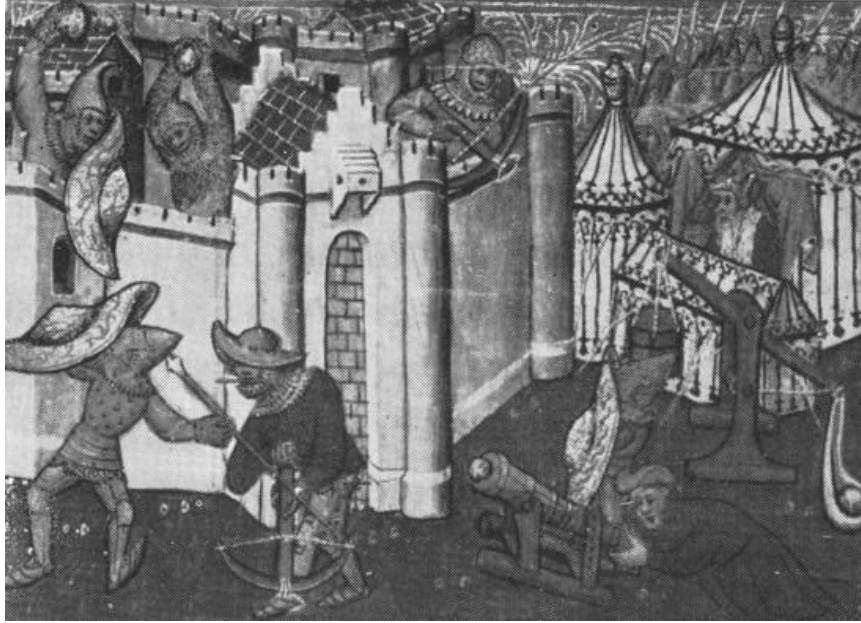


Figura 23. Saianfu es sometida gracias a las catapultas ideadas por un cristiano nestoriano, protegido de Marco Polo. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Saianfu pasó así a formar parte del grandioso Imperio tártaro. No lejos de ella estaba el puerto fluvial de Singiu. Y más allá se encontraba la ciudad de Chiagui, centro arrocero y de otros cereales, consumidos casi enteramente por la corte de Cublai, en Khanbalu. Y luego venían Cinghianfú, Sugiu, Ingiu, Unghin, Cianghi y Quinsay, nombre éste cuya traducción es «la ciudad del cielo». Y es que Quinsay, que era la capital del reino Mangi, era la más maravillosa ciudad del mundo, según propias palabras de Marco Polo.

Quinsay estaba rodeada de agua, y por eso tenía doce mil puentes de piedra que permitían el acceso a su interior. Por debajo de ellos podían pasar hasta dos galeras. Los hombres de posición vivían como auténticos reyes, y las mujeres eran agasajadas como seres angélicos. Tenía bellos palacios, casas hermosas y fantásticos monasterios y abadías con ídolos riquísimos. Tenía también maravillosos lagos, como arrancados de un sueño, con islas y palacios fabulosos en el centro. Tenía jardines de ensueño, con flores fragantes y aves exóticas. Tenía todas las calles empedradas con ladrillos pulidos, por los que se cabalgaba sin enlodarse. Tenía tres mil baños de ricos mármoles y piedras de colores. Quinsay era, en fin, lo que ahora llamaríamos una auténtica ciudad de «Las Mil y Una Noches». Era algo

que no se podía ni siquiera imaginar en el más fantástico de los sueños. Porque por mucho que se quisiese, no existía mente humana capaz de imaginar tales riquezas y esplendores. Marco Polo quedó fascinado y pasó largas temporadas en Quinsay, porque le atraía de una manera poderosa el suave encanto de sus gentes y su ambiente.

Nombraremos otras ciudades visitadas por Marco para no ser ingratos, pero nada importante ocurrió al viajero en ellas. Tanpigiu, Nugui, Chegni, Ciafia, Cugiu... Todas ellas pertenecían a Quinsay.

Y luego venía un nuevo reino Mangi, que era el de Chonca. Y con él nuevas ciudades, con sus respectivas costumbres y peculiaridades. Quelinfu, Ungue, la capital Fugiu, y el importante puerto de Zaiton, el gran emporio del comercio, de donde partían la mayor parte de las mercancías de China hacia Occidente y de donde partiría algún día Marco Polo para regresar a la vieja Europa.

A través de todos estos viajes por el Imperio de Cublai, Marco Polo comprendió que no era difícil para el Gran Kan mantener el lujo exagerado de su corte. ¿Por qué? Pues porque hemos conocido muchas de las ciudades que componían el Imperio, pero hemos silenciado otras muchas que formaban territorios de cientos y cientos de ciudades, villas y poblados. Todos, sin excepción, pagaban fuertes tributos a Cublai. Además, éste cobraba sobre todas las mercancías que circulaban por los ríos, que llegaban a los puertos y que se vendían en los mercados. Ningún cargamento escapaba a la vigilancia de los camarlingos reales. Y también Cublai era propietario de todas las riquezas que encerraba el suelo de su Imperio, riquezas que la naturaleza ofrecía con generosidad. Pues bien, fácil es imaginar que así no resultaba difícil llenar copiosamente las arcas, y sin ningún esfuerzo por su parte. Por eso Cublai Kan, señor de todos los tártaros, dueño de los más lejanos confines, era el monarca más poderoso del mundo entero. Nadie le podía igualar, porque había sabido ganarse la fidelidad de todos sus millones de súbditos. Era un ejemplo a imitar en Occidente.

Capítulo 13

Nostalgia

En varias ocasiones, messer Niccolo, messer Maffeo y messer Marco Polo hablaron a Cublai Kan acerca del deseo que tenían de regresar a Venecia. Les dominaba a veces una cierta nostalgia de la patria, durante tantos años olvidada. Y guardaban en su corazón el ansia secreta de relatar a sus compatriotas cuanto habían visto y vivido en aquel mundo de fábula, de gastar generosamente las enormes fortunas ganadas con su esfuerzo y su lealtad al Gran Kan, y de disfrutar un poco de paz y alegría junto a sus parientes, a orillas de los canales venecianos. Los hermanos Polo, además, se sentían ya viejos y por nada del mundo deseaban morir en Tartaria, a tantas y tantas leguas de su vieja patria. No. Tenían que volver a Venecia. Ya era tiempo de hacerlo. Pero la respuesta del anciano Cublai, enérgico y autoritario todavía, era siempre la misma:

— Estoy demasiado satisfecho de vuestra compañía para permitir que me abandonéis. Si lo que queréis son más riquezas, y más honores y más privilegios, os los concederé. No os negaré nada de cuanto pidáis. Pero no os dejaré partir. Sería una ingratitud por vuestra parte.

— No es eso, señor. Tú sabes bien que no somos ingratos, y también sabes que nunca te hemos pedido nada. Hemos aceptado lo que tu generosidad ha querido darnos, y por ello jamás olvidaremos tu nombre por años que vivamos. Pero ahora tenemos que volver a nuestro hogar de Venecia, allá en tierra de cristianos.

— No puede ser. Tengo una nueva embajada para Marco.

Una y otra vez, las razones de los Polo se estrellaban contra la obstinación y el afecto del Gran Kan. Era inútil querer convencerle.

Corría el año 1291. Hacía casi diecisiete años que los Polo vivían en la corte fastuosa de Cublai, sirviéndole con fidelidad e inteligencia. Por aquel tiempo murió la reina Bolgara, que era esposa de Argón, señor de Levante. Antes de morir, la reina dejó dicho que Argón no podía elegir nueva esposa si no era de su linaje. Y con tal fin, Argón mandó tres embajadores al Gran Kan, con un fastuoso cortejo y con el ruego de que él mismo señalara quién debía ser esa nueva esposa del mismo linaje que Bolgara.

Cublai acogió la llegada de los tres embajadores con gran alegría, porque le traían noticias de aquellas tierras lejanas. Y después de satisfecha su curiosidad, se apresuró a cumplir los deseos de Argón. Eligió como su nueva esposa a la reina Cocacin, joven y hermosa. Esta debería partir inmediatamente con los tres embajadores hacia Azerbaidján, donde se desposaría. La joven reina acató sin replicar la voluntad de Cublai, su señor y pariente, disponiéndose a preparar el largo viaje.

Precisamente por aquellos mismos días Marco Polo regresó a Khanbalu después de realizar una de sus embajadas. Como tenía por costumbre, relató con palabra ágil y amena todo lo relativo a la embajada y a las novedades y detalles descubiertos. Lo hizo también, como siempre, en presencia de toda la corte, incluidos los embajadores de Argón, huéspedes distinguidos de Cublai. Y fue tal el deleite que les produjo la narración del viaje, que inmediatamente pidieron al Gran Kan que permitiese al latino acompañarles en el viaje de regreso a la señoría de Argón, para que pudiese permanecer una temporada en la corte de éste. Fue tan brusca esta petición, tan repentina, que pilló de sorpresa al sagaz Cublai. Pero en seguida le vino a la mente el recuerdo de las muchas veces que los Polo le habían solicitado permiso para volver a su patria. Recapitó unos minutos, durante los que en el salón se hizo un silencio expectante. Le resultaba penoso acceder. Más al fin, era tanto el afecto que profesaba a los latinos, que decidió sacrificar su egoísmo para complacerles.

— Aunque con gran pena y poca voluntad, otorgo el permiso que se me solicita. Y para justificar en mi corazón esta partida que tanto me apena, os ordeno que acompañéis, como embajadores personales míos, a la reina Cocacin y a los tres embajadores de Argón hasta su señoría.

Los ojos de Cublai brillaban. Eran unas lágrimas que querían salir, pero su extraordinario carácter no las dejaba. Resultaba curioso el gran cariño que aquel hombre había llegado a profesar a sus amigos latinos, y en especial a Marco. Era un cariño sincero y hondo.

— Mucho nos apena también esta separación, mi señor — dijo Marco, alzando su voz por encima de un murmullo sordo que se extendió por el salón—. Y sabemos agradecer la bondad que nos dispensa este permiso, que tanto cuesta arrancarte

del corazón. Pero son muchos años de ausencia de la patria, señor, y aunque habíamos llegado a creer que éramos tres tártaros más entre vosotros, la verdad es que Venecia, el «palazzo», los parientes y los recuerdos nos aguardan.



Figura 25. El Gran Kan entrega a los Polo su tabla de oro, que les acreditará como amigos y embajadores suyos. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

— Porque comprendo todo eso, accedo a la petición, pero lo hago con una condición. Os pido que cuando hayáis visto cuanto ahora os hace sentir nostalgia y hayáis abrazado a vuestros familiares, volváis a mi corte. Aquí os esperaremos siempre con verdadera alegría y afecto.

— Te aseguro que será como tú deseas, señor — afirmó Marco—. Volveremos a Khanbalu tan pronto como nos sea posible.

— En ese caso, que el viaje os colme de felicidad.

— Y que tú quedes en paz y alegría, mi señor y amigo.

En el corazón de los Polo se mezclaban sentimientos distintos. Saltaba la alegría natural que entrañaba la preparación del regreso a Venecia, y se confundía con la pena de dejar atrás los diecisiete años vividos en la corte de Cublai Kan, agasajados como príncipes, venerados como sabios y distinguidos por el soberano con el mayor de los afectos.

El Gran Kan ordenó que en el puerto de Zaiton se aparejasen catorce naves para los viajeros. Eran naves gigantescas, con gran velamen y recios remos. Y en su interior podía hallarse todo lo necesario para viajar durante dos años sin preocupaciones de víveres ni comodidades. Si Cublai no fue jamás escaso con sus amigos latinos, ¿iba a serlo ahora que los despedía quién sabe si para siempre? No. El Gran Kan demostró su extraordinaria categoría y nobleza, llenando aquellas naves, además de las provisiones, con fabulosas riquezas que quería se llevaran los Polo como recuerdo de su estancia en la corte. Y estas riquezas venían a unirse a las que ellos ya habían conquistado con su esfuerzo y tesón, con sus negocios y viajes.

Fue también voluntad de Cublai trasladarse a la ciudad de Zaiton, donde se instaló en un magnífico palacio, a fin de apurar hasta el último momento el deleite de la compañía de los latinos y despedirles personalmente cuando llegase el momento.

Y cuando le llegó la noticia de que las naves estaban preparadas para zarpar, las provisiones y riquezas a bordo, así como las setecientas personas que deberían navegar en ellas, el Gran Kan ordenó a los Polo que fuesen a su presencia.

— Os entrego dos tablas de oro — les dijo—. En ellas dispongo que podéis viajar libremente por todas mis tierras y que en todas partes se os entregue lo que necesitéis y pidáis.

— Gracias, señor. Una vez más das muestra de una generosidad hacia nuestras personas que nos halaga y abrumba al mismo tiempo.

— Cumplid la promesa que me habéis hecho y corresponderéis a esa generosidad en la medida que yo deseo — repuso Cublai en un murmullo.

— Así será, señor.

Los tres Polo se inclinaron profundamente, tocando con su frente el brillante suelo del salón. Era la última vez que saludaban con tal pleitesía al Gran Kan de Tartaria.

Cuando se alzaron y miraron a Cublai, vieron que dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas arrugadas de aquel gran soberano, quien no se molestó en secarlas.

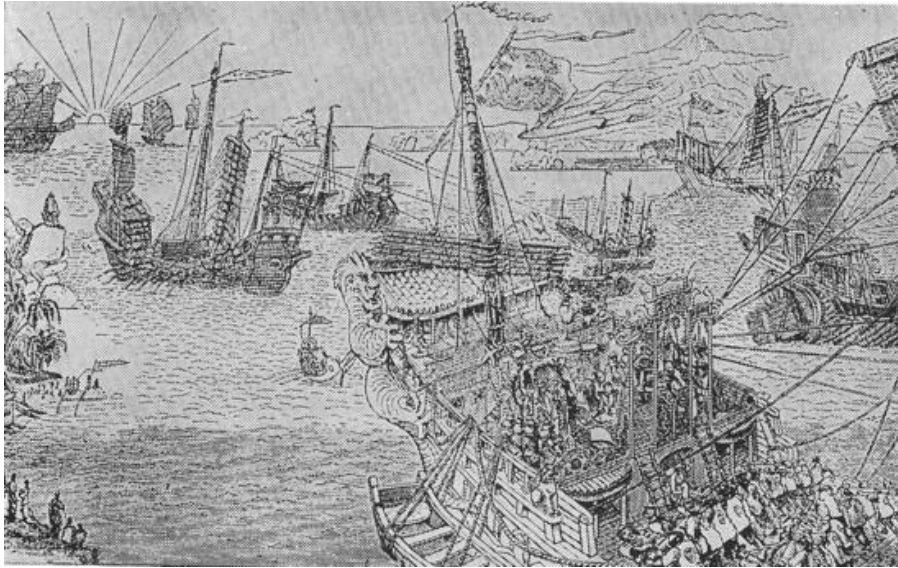


Figura 26. Las naves, aparejadas por orden del Gran Kan, zarpan del puerto de Zaiton, llevando a bordo a los Polo, de regreso a su patria, según un grabado de la época.

Con un movimiento de la mano les indicó que se marcharan. No quería prolongar la pena de la despedida y dar muestras de su debilidad. Los Polo obedecieron, y cuando estuvieron fuera del salón, se dieron cuenta de que también por sus mejillas se deslizaban unas lágrimas. Diecisiete años de vida no podían dejarse atrás sin dolor.

Una hora más tarde, con todas las velas desplegadas al viento, catorce naves abandonaban el puerto de Zaiton, rumbo sur. A bordo, tres hombres contemplaban con un nudo en el corazón cómo se alejaba la tierra en la que tanto gozaron y penaron, la tierra que habían llegado a querer como suya.

Desde una de las altas torres de palacio, Cublai Kan, gran señor de los tártaros, contemplaba también cómo se perdían en el horizonte las blancas siluetas de unas velas que le robaban la compañía de unos hombres que supieron ganar su corazón, a fuerza de bondad, lealtad e inteligencia. Cublai se sentía solo, pero en su espíritu guardó la esperanza de que tal vez algún día volvería a ver a sus amigos latinos.

Capítulo 14

Viaje escoltado

De Zaiton a Ceilán

Después de tres meses de navegar por el océano, las naves llegaron a la isla de Java. Era una isla muy extensa y riquísima. Pero los Polo y sus acompañantes no pudieron sacar ningún provecho, porque no era tributaria del Gran Kan. Realmente su presencia fue acogida con recelo por los nativos, y como sus rostros no demostraban el menor deseo de entablar amistad, los viajeros decidieron izar velas y hacerse a la mar. Para los Polo, su calidad de embajadores del Gran Kan era en la isla peligrosa, porque Cublai era considerado enemigo del rey de Java. Así es que hicieron bien en abandonar pronto el lugar.

Sondur, Condur, Loac, Petam, Malavir... fueron islas riquísimas que encontraron en su recorrido. En algunas los acogieron con honores, porque eran tributarias del Gran Kan, pero en otras se les mostraron hostiles y tuvieron que abandonarlas rápidamente.

Navegando siempre hacia el sudeste, hallaron la isla de Java la Menor. Era inmensa y estaba dividida en ocho reinos, todos dependientes de Cublai, pero con su propio rey, su propio idioma y sus fabulosos tesoros. De los ocho reinos, Marco Polo visitó seis.

En uno de estos reinos, el de Basman, de gentes en extremo salvajes, Marco Polo vivió un episodio desgraciado.

Con un pequeño séquito bien aprovisionado y pertrechado, Marco se internó en la selva para visitar algunos poblados. Ni su padre ni su tío quisieron acompañarle, porque ya les habían dicho que eran peligrosas tales excursiones. En la selva abundaban los elefantes salvajes, los rinocerontes, los halcones y los monos. Pero con su audaz espíritu, Marco no quiso hacerles caso y partió selva adentro. Caminaban lentamente, vigilando a todas partes y escudriñando los menores movimientos del follaje. Conforme se internaban, el corazón de los acompañantes de Marco sentía que el miedo era cada vez más fuerte, y entonces caminaban aún con más cautela. En cambio, Marco se sentía por momentos más valiente, riéndose en su fuero interno de los temores de los demás.

Llevaban una hora larga de camino y no habían tropezado con ninguna fiera ni con ningún ser humano. Ya era una suerte, sin embargo, que nada desagradable hubiese sucedido. Pero apenas acababan de pensar, cada uno para sus adentros, que la suerte los acompañaba, cuando vieron que en el otro extremo del llano, al que salían entonces, asomaba la gigantesca corpulencia de un elefante.

— ¡Que nadie haga un solo movimiento! — ordenó Marco.

Nadie podía moverse, ésa es la verdad. Era tal el terror que tenían que no hubiesen sido capaces de nada. El elefante no se paseaba tranquilamente, sino que recorría de un lado a otro el llano en carreras desenfrenadas, haciendo que la tierra retumbase bajo sus descomunales patas. Y cada vez que pasaba por delante de los expedicionarios, éstos se replegaban un poco más, apiñándose en grupo, como si quisieran protegerse unos a otros. Pero hubo un nativo, un muchacho de los que se brindó a guiarlos a través de la selva, que estaba como loco. Temblaba de pies a cabeza, y sus manos se agarrotaban empuñando la afilada lanza.

Dicen que a veces el miedo nos hace valientes. Y eso es lo que debió de sucederle a aquel nativo. Porque en una de las carreras del elefante, cuando el animal iba a pasar delante del apiñado grupo, el muchacho salió al centro del llano lanza en ristre, y arrojó el arma contra el corpachón del elefante. Y después huyó gesticulando y gritando despavorido. Pero quiso la mala fortuna que la lanza se clavara en el costado del animal, hiriéndole apenas, pues casi no llegó a penetrar la gruesa piel. Y entonces el elefante se revolvió furioso y emprendió la persecución de su atacante. Fueron sólo unos segundos. Las cuatro patas, gruesas e impresionantes como cuatro columnas, pisotearon el cuerpo del infeliz muchacho, que quedó hecho un guiñapo.

Los expedicionarios no pudieron hacer nada. Todo había sido demasiado rápido. Y cuando comprendieron que la muerte llegaba para aquel joven nativo, se cubrieron espantados el rostro para no ver el momento desdichado. Cuando volvieron a oír que la tierra retumbaba, miraron al llano y vieron que el elefante, tal vez calmada su inquietud con aquella muerte, se alejaba satisfecho selva adentro. En el centro de la inmensa llanura quedaba el cuerpo destrozado del que fue cobarde y valiente. Lo recogieron en una parihuela, y tristemente regresó la comitiva hacia la costa, renunciando a sus exploraciones para siempre. Había sido una experiencia

demasiado dolorosa. Con una muerte bastaba para convencerse del peligro que existía. Marco Polo tardó mucho tiempo en acallar su conciencia, porque se sentía responsable de la muerte del nativo. Si él no se hubiese empeñado en internarse en la selva... Pero el destino es así.

El reino de Samarca, en la isla de Java la Menor, tiene gran importancia en este viaje, porque los Polo y sus acompañantes tuvieron que permanecer en él una larga temporada.

Iban a desembarcar para echar un vistazo a este reino cuando se desarrolló bruscamente, en pocos minutos, un tremendo temporal. Lo primero que hicieron los Polo fue poner a salvo a la reina Cocacin, a los embajadores y al séquito, quienes quedaron en tierra firme, así como los ancianos hermanos, pues así lo dispuso Marco. En cambio, él dirigió todas las operaciones de ancla y amarre de las naves, asesorado por los expertos oficiales. Todos los esfuerzos fueron inútiles por salvar una de las naves que se estrelló contra la costa y quedó hecha pedazos, hundiéndose todo su cargamento y perdiendo la vida algunos hombres.

— No hay que pensar en navegar por ahora, señor -le dijo un marinero—. Perderíamos todas las naves. Y el temporal tardará en amainar. Tenemos para muchos días o tal vez semanas.

— Entonces, nos instalaremos en tierra firme, en la misma costa — decidió Marco Polo.

El audaz viajero, erigido en jefe por voluntad de quienes le acompañaban, incluida la reina Cocacin, que le respetaba como a nadie, dispuso que bajaran a tierra a todos los hombres disponibles y empezaran a construir recios castillos de madera. Si la estancia en Samarca prometía ser larga, lo mejor era procurarse comodidades. Mientras la reina, los embajadores y los demás se instalaban de nuevo en las naves, bien ancladas, aunque todavía a merced de las impetuosas olas, los hombres trabajaban febrilmente en tierra. La tarea era dura, pero la esperanza de un refugio en aquella tierra salvaje y hostil los animaba a redoblar sus fuerzas.

Se construían cinco castillos con gruesos troncos, de modo que pudieran albergarse en ellos todos los que viajaban en las naves. Fue trabajo de varias jornadas. Y cuando ya los castillos estaban a punto de rematarse, Marco destacó a varios grupos de hombres para que empezaran a abrir grandes fosos alrededor de las

fortalezas, de manera que los extremos tocasen el litoral, para que el agua pudiese llenarlos y aislarlos por completo del exterior.



Figura 27. Marco Polo inspecciona el trabajo de recolección de unos indígenas, en una de las islas que visitó. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Cuando todo estuvo listo, los viajeros se trasladaron a los castillos y se instalaron con relativa comodidad. En las naves no quedó nadie, pero día y noche un vigía estaba alerta en lo alto de uno de los castillos, para evitar que los nativos las tomaran por asalto.

Tuvieron que permanecer en aquel refugio improvisado durante cinco meses, sin apenas salir más que para procurarse algunos alimentos que ofrecía la naturaleza de los contornos, como pescado, arroz y cocos. Los nativos no los molestaron. Hasta parece que incluso los respetaron, creyéndoles seres privilegiados. Vivieron con cierta paz y reposo. Pero cuando al cabo de los cinco meses, vieron que el tiempo volvía a su calma y que de nuevo podían hacerse a la mar, sintieron una inmensa alegría. Era un gran alivio para todos el poder abandonar por fin aquellas tierras. Y como despedida, celebraron un banquete colectivo, el último de tierra

firme. Después, se trasladaron a las naves, cortaron amarras, levaron anclas y desplegaron las velas. Una brisa suave los empujó mar adentro. Java la Menor y sus peripecias quedaban atrás.

Negueram, Gama, otras islas chiquitas y salvajes, Sumatra... Todas iban quedando lejos. Y por fin, al pie mismo de la India, la isla de Ceilán, el centro comercial más importante del Océano Indico. Era una isla riquísima, cuajada de piedras preciosas. Su rey se llamaba Sedemai.

Este soberano, de tez morena y cuerpo raquítico, acogió amablemente a los viajeros, a pesar de que él no era tributario del Gran Kan. Y para demostrarles su cordialidad les enseñó el fabuloso tesoro real. Era indescriptible, pero las miradas de todos quedaron prendidas en un rubí, rojo como el fuego, sin una sola mancha, de casi un palmo de largo y grueso como el brazo de un hombre. No había palabras para expresar qué impresión producía aquella joya, porque era algo fantástico y sobrecogedor.

Sedemai guardó nuevamente su tesoro, asegurando que nadie en el mundo podría comprar aquel rubí, porque su precio era incalculable. Y tenía razón. No existía fortuna capaz de pagar tal maravilla. Aparte de que Sedemai no quería desprenderse tampoco de su famoso rubí. Con el ánimo impresionado aún por la riqueza admirada, los viajeros prosiguieron su ruta, abandonando Ceilán en busca de nuevos horizontes.

La India

Maabar fue la primera provincia india a la que llegaron las naves viajeras. E inmediatamente quedó fascinado Marco Polo por los -pescadores de perlas, quienes en el mes de abril y parte de mayo se dedicaban a tan arriesgado trabajo. Marco pasó largas horas observándolos y llegó a admirarles profundamente, porque en verdad que era un trabajo agotador, duro, difícil y peligroso. Y a cambio sólo recibían unos miserables sueldos, mientras el rey, los mercaderes y los encantadores de peces se enriquecían a su costa. Aquella profesión arruinaba la salud. Los pescadores de perlas parecían viejos en la flor de la edad. Pero, a pesar de todo, era una profesión que daba trabajo a muchas pobres gentes, que lo hacían si no querían morir de hambre por falta de tarea mejor.

El rey de Maabar obsequió con fiestas y banquetes a los viajeros, regalándoles bellos presentes. Pero los viajeros se sintieron incómodos entre aquellas gentes porque los obligaban a sentarse siempre en el suelo. Sí. Los hindúes aseguraban que los hombres estamos hechos de tierra y a ella debemos volver. Por eso comenzaban por sentarse en ella.

En una pequeña ciudad de Maabar estaba enterrado Santo Tomás apóstol. Las peregrinaciones cristianas al lugar eran continuas. Y los Polo, dejando en la capital a la reina Cocacin, a los embajadores y demás séquito, fueron a visitar la tumba. Marco se llevó un puñadito de tierra rojiza del sitio donde fue muerto el santo, pues decían que era milagrosa y curaba a los enfermos. Fue una reliquia que guardó el veneciano con fervor hasta el fin de sus días.

Durante las embajadas que Marco Polo realizó al servicio del Gran Kan tuvo ocasión de conocer diversas provincias de la India, además de las que ahora visitaba en su viaje marítimo. Pero la verdad es que nada importante le ocurrió en ellas, salvo que aprendió las costumbres más extrañas, conoció a gentes singulares, y hasta llegó a hablar alguna de sus lenguas. Sus nombres fueron Lar, donde conoció a los ascetas hindúes que vivían más de cien años; Coilu, Melibar, Gufarat, Tana, Cambaet, Chesmacora y otros muchos, pues visitó toda la India del interior, conociéndola tan bien como a la misma China.

Siguiendo su ruta, tocaron en otros puertos indios, menos importantes que Maabar. Pero en todos ellos, Marco Polo escuchó de labios de ancianos mercaderes relatos fantásticos que se referían a infinidad de islas diseminadas por el océano y a las que él no fue nunca. Las islas Malle, Famelle, Scotra, Madagascar, Zanzíbar y otras.

De buena gana hubiera ido navegando mar adentro, en busca de aquellas islas que le fascinaban, pero tenía una misión que cumplir. Y Marco Polo, los ancianos hermanos Polo, la reina Cocacin, los embajadores de Argón, el numeroso séquito y la marinería de las colosales naves, siguiendo rumbo norte, saltaron desde la exótica, misteriosa, colorista y atractiva India hasta la ciudad de Calatu, situada en el golfo de su nombre, que se supone debería ser el actual Golfo de Omán.

Calatu era ya tierra conocida. La meta del viaje se acercaba. Y el corazón de todos los viajeros se animaba profundamente.

Camino de Armenia

Calatu era un puerto de gran movimiento. La ciudad estaba situada en la angosta abertura del golfo, por lo que ninguna nave podría entrar en él sin la autorización expresa de la ciudad. Así es que el tráfico era constante.



Figura 28. Original versión del desembarco de los Polo en Ormuz, famosa y comercial ciudad del Golfo Pérsico. (Biblioteca Nacional. París.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Nuestros viajeros, a bordo de sus grandes naves, entraron en el golfo, tras los trámites de reglamento, pero siguieron navegando golfo adentro, para detenerse trescientas millas más allá de Calatu. Era el puerto de Ormuz, destino final de su viaje por mar.

La llegada a Ormuz produjo en los Polo una viva emoción. No podían olvidar, pese a los muchos años transcurridos, que en aquella ciudad había cambiado su ruta cuando apenas estaban al comienzo de la aventura. Recordemos que fue aquí donde la guerra contra los emperadores Song les impidió embarcarse para llegar a China y tuvieron que formar caravana para cabalgar tierra adentro, con lo que sin duda su viaje creció en emoción, aventuras, peligros y dificultades.

— En el fondo fue una suerte. Hay que reconocerlo — afirmó el anciano Niccolo, asomado a la borda de la nave—. Si entonces nos hubiésemos embarcado, tal vez

nunca habríamos conocido la ruta del interior. En cambio, ahora conocernos la de tierra y la del mar.

Los Polo estaban satisfechos de la existencia vivida. Ahora sólo les faltaba para completar su dicha volver a ver Venecia, con sus románticos canales y sus edificios cargados de historia. En cuanto a ellos, el afecto que los unía, podía afirmarse que era hondo y sincero. Aquella primera separación de quince años se había llenado con esta veintena larga de años compartiendo estrechamente las mismas emociones, los mismos peligros, las mismas alegrías e idénticos sinsabores.

Marco Polo no quería perder tiempo. El viaje debía proseguir en seguida. Hacía años que habían partido de Khanbalu con la misión de acompañar a la reina Cocacin, y ésta tenía que llegar cuanto antes a su destino. Bastante les habían entretenido las dificultades del viaje, para detenerse aún más en sentimentalismos.

La apasionante vida marinera terminó en Ormuz. Las fantásticas naves equipadas por el Gran Kan tenían que regresar a la China, después de reponer víveres y concederse cierto descanso. Irían al mando de sus oficiales, a los que los Polo encargaron respetuosos saludos para Cublai. Respecto al fabuloso séquito que los acompañó hasta allí, seguiría con ellos, viajando por tierra, hasta llegar a Azerbaidján, destino de la reina Cocacin y los embajadores.

Organizaron una fabulosa caravana, que llamaba la atención a su paso por las ciudades y villas. Cabalgaban todos sobre soberbios corceles persas, excepto la soberana, que viajaba en riquísima litera, al igual que sus damas. Y además, una larga y soberbia recua de mulas llevaba sobre sus lomos los espléndidos tesoros que pertenecían a los Polo.

La fastuosa comitiva atravesó toda Persia, en dirección norte, y penetró en la región de las Armenias. En Azerbaidján, meta de su viaje y de la misión encomendada por el Gran Kan, les aguardaban con grandes preparativos de fiestas. Y cuando al fin llegaron los viajeros, después de tres años largos de haber abandonado el puerto chino de Zaiton, la ciudad estalló en una ruidosa alegría, símbolo de cordial bienvenida. Pero a los Polo, a la reina Cocacin y a los embajadores y séquito les aguardaba una lamentable noticia.

— Yo soy el rey Acatu, sucesor de Argón — les informó el monarca que les dio la bienvenida con grandes fiestas y honores—. Argón murió en el año 1291.

— Justo cuando nosotros partíamos de China, camino de esta señoría, para rendir cuenta de la embajada que Argón mandó al Gran Kan — dijo Marco Polo.

— Conozco bien el motivo de la embajada y yo me hago sucesor de ella — replicó Acatu—. Me alegra muchísimo que la elegida por mi señor Cublai Kan haya sido una joven de tan delicada belleza como es la reina Cocacin, señora a quien se recibe en mi corte con los honores que merece y con el deseo de hacerla mi esposa, si ella no se opone.

Una gentil reverencia de la hermosa Cocacin aprobó las palabras del rey Acatu. Marco Polo y sus compañeros se alegraron de que su misión hubiese tenido un final feliz, pese al triste contratiempo de la muerte de Argón.

Los Polo tuvieron ocasión de presenciar la ceremonia nupcial que unió para siempre las vidas de Cocacin y Acatu, reyes que formaban en verdad una bonita pareja. Permanecieron en la corte de Azerbaidján durante tres meses. Todo el tiempo fue una serie de fiestas y banquetes, organizados en honor de los latinos, quienes llegaron a sentirse muy unidos con Acatu por una firme y serena amistad.

Marco Polo deleitaba a los soberanos y a su corte con los relatos que tan fluidamente salían de sus labios, y de buena gana Acatu no le hubiera dejado partir jamás. Pero cuando los Polo se sintieron repuestos de todas las fatigas, volvió a acuciarles la nostalgia de la patria, que ya estaba más próxima. Y decidieron partir, no sin antes recibir de Acatu infinidad de regalos valiosos, con los que quiso demostrar su amistad y gratitud, añadiendo a ellos una prueba quizá más importante que los mismos regalos.

— Habéis enriquecido mi corte con vuestra estancia en ella — les dijo—, y quiero demostraros de manera clara el afecto que os habéis ganado durante estos tres meses. Puesto que vais a partir hacia vuestro país, os entrego cuatro tablas de oro, en las que ordeno que en todo mi territorio seáis servidos y honrados como amigos favoritos del Gran Kan y míos, y que se os entregue todo cuanto os haga falta y pidáis. Espero que así el viaje os sea grato y fácil.

— Gracias, señor — repuso Marco, en nombre de los tres—. Nunca olvidaremos las infinitas atenciones que hemos recibido en tu corte, y te aseguramos que puedes contar para siempre y para todo con nuestra leal amistad.

La despedida fue emotiva, sentida. Acatu, Cocacin y la corte entera les profesaban gran afecto. Pero tenían que marchar, y prometiendo volver si algún día el destino así lo quería, los Polo se pusieron nuevamente en camino, llevando un lujoso séquito que los acompañaría mientras viajasen por las tierras de Acatu.

Capítulo 15

Regreso

Tal como ordenó el rey Acatu en las tablas de oro, los tres viajeros fueron acogidos con muestras de veneración en todos los puntos y lugares de su ruta de regreso a Venecia.

La escolta de caballeros y guardias llegaba en algunos momentos a pasar de cuatrocientos jinetes. No es extraño, pues, que los respetasen como a auténticos príncipes.

El viaje no fue difícil. Sin grandes rodeos ni peligros, llegaron al puerto de Trebisonda. Y aquí se terminó la misión de la lujosa escolta, la que se despidió de los latinos y emprendió el regreso a Azerbaidján. Los Polo, entonces, embarcaron con todos sus tesoros en varias naves que fletaron ex profeso y pusieron rumbo a Constantinopla.

Cuando volvieron a pisar tierra firme, sintieron que el corazón se les ensanchaba. Ya casi estaban en casa. Venecia estaba cerca, aunque no tanto como hubieran deseado. Pero no dilataremos más el viaje, porque en esta etapa no hubo sucesos interesantes. Daremos un salto en tiempo y distancia y nos encontraremos ya en Venecia.

Era el año 1295. Hacía veinticuatro años que los Polo habían abandonado la ciudad italiana para lanzarse a la aventura de su fabuloso viaje. Al partir, los hermanos Niccolo y Maffeo eran unos hombres todavía jóvenes y vigorosos, con ansias de ver cosas nuevas. Ahora, al regresar, eran un par de ancianos, que no deseaban más que descansar y morir en su patria. Y en cuanto a Marco, era un muchacho de diecisiete años fogosos cuando dejó el «palazzo» para marchar a la China con su padre y su tío. Y el que regresaba era un hombre de cuarenta y un años. Según un retrato que se conserva de Marco, podemos saber cómo era entonces y adivinar cómo fue en su juventud. El retrato nos presenta a un hombre cuarentón, de ojos claros, cabeza muy expresiva, con rasgos llenos de vida y actitud bondadosa. Sus ojos brillaban dominadores, como iluminados por una luz interior que guió su vida por los más diversos caminos. Y sus cabellos y su cerrada barba nos dicen que tal

vez su color era rubio, un rubio sostenido, aunque ya en el retrato se adivinan unas canas muy marcadas.



Figura 29. Espectacular arribada de las fabulosas naves de los Polo a su patria natal. (Biblioteca Bodleiana. Oxford.) (Fotografía de Arborio Mella.)

Pues bien, después de veinticuatro años, regresando tan distintos a como se fueron, ¿quién podía reconocerlos? Además, en su afán de llegar cuanto antes al «palazzo» y ver a sus familiares, no se preocuparon de cambiar sus ropas. Iban mal vestidos, con atuendos tártaros, estropeados por el apresuramiento y la fatiga del viaje. Y para colmo de desdichas apenas recordaban su lengua nativa. La hablaban con esfuerzo y con un marcado acento extranjero, con un acento que resultaba desconocido e incomprensible para los venecianos.

Con todas estas circunstancias desfavorables, porque hay que advertir que no llevaban consigo el fabuloso cargamento de riquezas, sino que lo dejaron a buen recaudo en las afueras de la ciudad, les tomaron por vulgares aventureros que querían apropiarse de la fortuna que aún quedaba y del hogar de los Polo,

patrimonio que había pasado a poder de los parientes próximos, creyendo que los tres viajeros murieron en tierras extrañas.

Pero tres hombres audaces, que supieron traficar ventajosamente con chinos y tártaros, cristianos y judíos, indios y persas, salvajes y civilizados, no ignoraban cómo había que tratar a sus compatriotas.



Figura 30. Retrato de Marco Polo, según un grabado antiguo. (Fotografía de Arborio Mello.)

— Para negar nuestra personalidad y quitarnos todo derecho a nuestros bienes, alegan la sospecha de que somos unos miserables que queremos usurpar el patrimonio de los Polo — se dijo Niccolo—. Pues bien, creo que disponemos de medios sobrados para borrar de sus mentes tal sospecha. Y vamos a emplearlos.

Organizaron un gran banquete al que invitaron a todos sus parientes. Estos acudieron con los recelos consabidos, pero con picante curiosidad por saber cómo acabaría todo aquello que consideraban una absurda farsa. El primer golpe fue de gran efecto, pues se vieron recibidos amablemente por los tres «extranjeros», quienes habían alquilado para el caso un soberbio palacio. Los tres iban ataviados con fantásticos atuendos orientales, que impresionaron a los atónitos invitados. Y no quedaron menos maravillados al comprobar la riqueza suntuosa de la mesa dispuesta para el banquete. Cada uno de los invitados tenía un criado que le atendía en sus menores deseos. No faltaban los más caros y exquisitos manjares que pudieran hallarse en la ciudad y fuera de ella, así como el mejor de los vinos, que corría generosamente.

Apenas se dio fin al primer plato, los «extranjeros» pidieron permiso para retirarse unos instantes. Lo hicieron a la estancia contigua, y cuando volvieron a aparecer ante sus invitados, lucían sendos vestidos más lujosos que los anteriores. Éstos los llevaban en la mano, y con gesto de majestuosa generosidad, los rasgaron y entregaron a la servidumbre para que aprovechara las piedras preciosas que los adornaban.

Para los mercaderes venecianos, avaros de sus riquezas, fue aquél un gesto de incomprensible derroche. Se miraron unos a otros, sin atreverse a decir nada.

Pero los Polo seguían con su plan. A cada nuevo plato que se servía, ellos se retiraban para reaparecer al poco más lujosamente ataviados, hasta el punto que sus parientes estaban tan impresionados, a pesar suyo, que no tenían ni siquiera apetito. Sólo esperaban para ver qué nueva sorpresa les reservaban aquellos tres hombres, quienes no se cansaban de repartir entre los sorprendidos criados sus riquísimos atavíos, con gesto de indiferencia total.

Y cuando al final del banquete aparecieron por última vez, lo hicieron llevando en las manos los raídos trajes de viaje que tan mal efecto causaron en sus parientes. Ante la curiosidad de éstos, que ya no sabían qué esperar, los tres Polo rasgaron los forros de los viejos trajes y sacaron de ellos un tesoro incalculable de piedras valiosas, un tesoro que los venecianos no creyeron pudiera existir como propiedad de una sola persona.

Los Polo, fieles a su generosidad, comenzaron a repartir las gemas entre aquellos incrédulos parientes, quienes al recibirlas en sus manos temblorosas, caían de rodillas, lanzando exclamaciones de júbilo y admiración.

— ¿Aún dudáis de nuestra personalidad? — preguntó Marco Polo—. ¿Aún no creéis que seamos los Polo que partimos de Venecia para ir a la corte del Gran Kan, el más poderoso señor del mundo? ¿Qué más necesitáis para convencerlos? Podemos enseñaros más maravillas, pero creo que por hoy ya basta. ¿No es así?

Desde luego que bastaba. No se podían resistir demasiadas emociones de aquella clase. Los egoístas parientes se volvieron crédulos y sumisos. Todo eran abrazos y recuerdos. Todos querían ser los más allegados. Ya no existía duda alguna de su identidad, o por lo menos valía la pena de desterrarlas todas, con tal de saberse parientes de personajes tan inmensamente ricos.

Niccolo, Maffeo y Marco Polo pudieron al fin tomar posesión del viejo «palazzo» que los vio nacer. La familia se desvivía por atenderlos y agasajarlos, y la mejor sociedad de Venecia se disputaba el honor de tener entre los invitados a sus fiestas a los tres intrépidos viajeros. La vida parecía sonreírles plenamente. Pero existía una espina que los Polo llevaban clavada en su corazón. Todo el mundo escuchaba complacido las historias que relataban acerca del lejano Oriente, pero nadie quería creer que fuesen verdaderas. Les tomaban por imaginativos e ilusorios, y acabaron por llamar a su «palazzo» «la corte del Milione», porque decían que ellos todo lo contaban por millones. Y Marco Polo, el que más podía contar y relatar, recibió el nombre de messer Marco Milione, que todos pronunciaban con cierto tono de ironía. La sinceridad de aquellos tres hombres no fue reconocida hasta siglos después, cuando la civilización occidental descubrió por sí misma los fabulosos tesoros que ellos describieron.

Pese a esto, la vida de los Polo transcurría plácidamente. Y es un hecho que ninguno de ellos volvió a Oriente, porque poco tiempo después de llegar a Venecia tuvieron la triste noticia de que Cublai Kan había muerto, quedando así relevados de la promesa que le hicieron al partir. Oriente quedaba, pues, convertido en un inolvidable recuerdo del pasado.

Capítulo 16

El libro y las últimas noticias

Hacia el año 1296-1297, la ciudad de Venecia emprendió una guerra contra Génova, por cuestiones de supremacía comercial en el mar. Como sea que era reconocido el valor que Marco Polo había demostrado navegando desde los confines de China, país desconocido por entonces, hasta las costas de Ormuz, se decidió confiarle el mando de una nave de guerra. Marco, habituado ya a una vida tranquila, estuvo a punto de negarse, pero la conciencia le dijo que si había corrido tantas aventuras con el único afán de saciar su espíritu audaz, no era justo negar ahora a la patria la ayuda que se le pedía. Y accedió a gobernar aquella nave.

Pero la campaña fue totalmente desgraciada para los venecianos. Sufrieron la más espantosa de las derrotas. Y Marco Polo fue hecho prisionero, en aguas de Dalmacia, y trasladado a Génova, donde le encerraron en una de sus cárceles.

Para Marco Polo era aquella una situación penosa, pero había conocido tantas y tantas a lo largo de su azarosa vida, que logró adaptarse pronto al ambiente. En honor a la verdad, le trataron con bastante respeto, porque supo captarse en seguida la admiración de cuantos le rodeaban al comenzar a relatar los singulares avatares de su existencia. Fueron muchos los genoveses que desfilaron por la cárcel, atraídos por su fama y con el único deseo de escuchar sus narraciones. Pero a Marco Polo le fatigaba repetir una y otra vez los sucesos de su vida, y un buen día sorprendió a su compañero de velada, un paisano llamado Rusticello, que estaba allí desde el año 1284, con estas palabras:

— ¿Sabes una cosa? He decidido trasladar al papel todas las cosas maravillosas que he visto y he oído, y que tanto gustan de escuchar las gentes. Así podrán leerlas siempre que quieran y a mí me evitarán el tener que repetir las tantas veces.

— ¡Magnífica idea! — exclamó Rusticello.

— Los forzados ocios a que me obliga la prisión alteran mis nervios, y pienso que si al menos dedico las horas a este trabajo, recopilando mis experiencias en un libro y relatándolas por última vez, estaré más distraído. Pero yo no soy escritor, y como sé que tú compones muy bellos poemas, he pensado que tú escribas con buen estilo ese libro que yo te iré dictando. ¿De acuerdo?

— De acuerdo. Estoy dispuesto a empezar en seguida.

Marco Polo pidió que le remitieran desde Venecia los diarios que había escrito en sus viajes, explicando para qué los quería. Las autoridades de la prisión accedieron, y los diarios le fueron remitidos.



Figura 31. La ruta marcada con punto y raya es el itinerario que siguió Marco Polo (1271-1295), en sus fantásticos viajes a través del desconocido Oriente. La indicada con rayas cortas, es la seguida anteriormente (1253-1256) por Guillermo de Ruysbroeck, misionero francés que precedió a Marco Polo en los viajes por algunos de aquellos territorios.

Tan pronto como llegaron a su poder aquel montón de apuntes, garabateados aprisa y a veces sin ilación alguna, comenzó a dictar el precioso documento que se convertiría en valiosa reliquia para la posteridad. En muchas ocasiones, Rusticello paraba de escribir y preguntaba:

— ¿Estáis seguro de no equivocaron en estas cifras?

— Todo lo que digo es cierto. No me equivoco en nada.

Y a Rusticello le costaba creer, pero seguía escribiendo.

Y a cuantos genoveses acudían aún a la cárcel para oír de labios de Marco Polo sus relatos, éste les respondía:

— Leed luego el libro, y sabréis tanto como yo mismo.

El libro quedó terminado en el año 1298. Y poco después, se firmó la paz entre Venecia y Génova, restituyéndosele a Marco Polo su preciada libertad. Aquel encarcelamiento fue como si el destino lo hubiera previsto para que el viajero pudiese escribir su libro, pues de otro modo quizá nunca lo hubiese hecho, y el mundo habría perdido un documento de gran importancia histórica y la constancia de una gesta titánica realizada por un hombre extraordinario: Marco Polo.

Ultimas noticias

A poco de regresar a Venecia, después de recobrada su libertad, cuando ya era un hombre de edad madura, Marco Polo pensó por vez primera en formar un hogar que fuese realmente suyo, es decir, pensó en la alegría de hallar una buena esposa y tener unos hijos.

La elegida de su corazón fue una noble dama llamada Donata Badoer, de quien Marco recibió el regalo de tres hermosas hijas: Fantina, Bellela y Moreta. Con el paso del tiempo las tres se casaron, pero sólo Fantina tuvo hijos, con lo que Marco Polo todavía llegó a tiempo de ser esposo, padre y abuelo.

La incredulidad contemporánea que hizo víctima a Marco Polo, negándose a reconocer su mérito extraordinario y despreocupándose, por lo tanto, de reunir los datos de su vida, nos sumen ahora en una oscuridad que nadie puede iluminar. Es la oscuridad que borra por completo la que debió ser grata y apacible vida familiar de Marco Polo.

Se sabe, sin embargo, que el 9 de enero de 1324, cuando contaba setenta años de edad aproximadamente, firmó su testamento. Y se sabe también que en el año 1325 ya había muerto, siendo sepultado en la iglesia de San Lorenzo. Por lo tanto, su muerte debió de ocurrir entre esas dos fechas que nos ha legado la Historia. ¡Ah! Y también nos ha legado una pequeña, pero importante y significativa noticia.

En el último trance, cuando apenas podía hablar, sus amigos y familiares se esforzaron en persuadirle de que, por el bien de su alma, se retractara de las

exageraciones escritas en su libro. Pero el anciano los rechazó a todos, sonriendo bondadoso y afirmando sin cesar:

— No he contado ni la mitad de lo que hubiera podido decir.

Y murió rodeado aún de incrédulos. Tal fue la ingratitud de su época. Fue tanta que, incluso cuando se reconstruyó la iglesia de San Lorenzo en la que había sido enterrado, se perdió el lugar de su tumba, y en la actualidad se ignora dónde reposan los restos de aquel hombre extraordinario, de aquel genio viajero, de aquel ilustre explorador.

Para cerrar esta biografía con un broche justo y digno de tal personaje, un broche que definiera la esencia de su vida y reflejara toda la grandeza de su personalidad, nada nos parece más acertado que las propias palabras que él escribió al comienzo de su libro:

«...Y sabed realmente que, desde que Nuestro Señor Dios creó a Adán, nuestro primer padre, no ha habido hombre alguno, cristiano ni pagano, ni gente alguna del mundo, que tanto viese e investigase de las diversas partes del mundo y de sus maravillas, como ha hecho este messer Marco Polo...

Escrito en el año del Señor de 1298.»

FIN